RABIA
STEPHEN KING



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

ASÍ, SE ENTIENDE QUE CUANDO
AUMENTAMOS EL NÚMERO DE VARIABLES,
LOS AXIOMAS EN SÍ NO SUFREN CAMBIOS.

SEÑORA JEAN UNDERWOOD

MAESTRA, MAESTRA, TOCA LA CAMPANA,
MI LECCIÓN TE RECITARÉ MAÑANA,
Y CUANDO LLEGUE EL FINAL DEL DÍA
HABRÉ APRENDIDO MÁS DE LO QUE DEBÍA.

CANCIONCILLA ESCOLAR, C. 1880

STEPHEN KING
HABLA SOBRE LAS NOVELAS QUE PUBLICÓ
CON EL SEUDÓNIMO DE
RICHARD BACHMAN

«Entre 1977 y 1984 publiqué cinco novelas con el seudónimo de Richard Bachman –acaba de confesar Stephen King–. Hubo dos razones por las cuales al fin me relacionaron con Bachman: en primer lugar, porque los cuatro libros iniciales estaban dedicados a personas próximas a mí, y en segundo lugar, porque mi nombre apareció en los formularios del registro de propiedad uno de los libros. Ahora la gente me pregunta por qué lo hice, y aparentemente no tengo respuestas muy satisfactorias. Por suerte no he matado a nadie, ¿verdad?»

Mientras King firmaba unas novelas con su nombre auténtico, y otras con su seudónimo, también tenía conciencia de que su promedio de obras publicadas supe-raba los límites de lo normal. En el prólogo que escribió para una edición conjunta de cuatro novelas de «Richard Bachman», Stephen King explicó: «Las cifras habían llegado a una cota muy elevada. Eso influyó. A veces me siento como si hubiera plantado un modesto paquete de palabras y hubiese visto crecer una especie de planta mágica... o un jardín descontrolado de libros (¡MÁS DE CUARENTA MILLONES DE EJEMPLARES EN CIRCULACIÓN!, como se complace en proclamar mi editor).»

King ha adjudicado precisamente a su editor el nacimiento de «Richard Bachman», y lo ha hecho con una alegoría típicamente hilarante y desenfadada: «Yo no creía estar saturando el mercado como Stephen King... pero mis editores si lo pensaban. Bachman se convirtió en un elemento de transacción, para ellos y para mí. Mis “editores de Stephen King” se comportaron como una esposa frígida que sólo desea entregarse una o dos veces al año, y que

le pide a su marido permanentemente cachondo que se busque una prostituta de lujo. Era a Bachman a quien yo recurría cuando necesitaba desahogarme. Sin embargo, eso no explica por qué experimentaba la incesante necesidad de publicar lo que escribía aunque no precisara dinero.»

Stephen King considera que sus novelas firmadas con seudónimo son sinceras: «Por lo menos, las escribí con el corazón, y con una energía que ahora sólo puedo imaginar en sueños.» Y añade, para terminar, que quizá habría publicado las cinco novelas con su propio nombre «si hubiera conocido un poco mejor el mundo editorial... Sólo las publiqué entonces (y permito que se reediten ahora) porque siguen siendo mis amigas.

1

La mañana en que la armé era espléndida; una magnífica mañana de mayo. La hacían magnífica el hecho de que no hubiera vomitado el desayuno y la presencia de la ardilla que había captado mi atención durante la clase de álgebra II.

Estaba sentado en la fila más alejada de la puerta, la más próxima a la ventana, y acababa de ver a la ardilla en el césped. El césped de la Escuela Secundaria de Placerville es de primera calidad. No hay en él nada que lo estropee. Se extiende hasta las paredes del edificio y dice: ¡Muy buenas! Nadie —al menos en los cuatro cursos que he pasado en la ESP— ha intentado nunca separarlo del edificio con macizos de flores o hileras de pinos jóvenes o cualquier otra chorrada por el estilo. Llega justo hasta los cimientos de hormigón y crece allí, guste o no. Es cierto que hace un par de años, en una reunión ciudadana, una vieja propuso que el ayuntamiento levantara frente al colegio un pabellón, con su monumento y todo, en memoria de los muchachos que habían estudiado en la Escuela Secundaria de Placerville y muerto en alguna guerra. Mi amigo Joe McKennedy, que asistió a la reunión, me contó que la propuesta no había encontrado más que inconvenientes. Ojalá hubiera estado allí. Por lo que explicó Joe, fue muy divertida. Se celebró hace un par de años. Creo recordar que fue aproximadamente en esa época cuando empecé a perder el control.

2

De modo que ahí estaba la ardilla, correteando por la hierba a las 9.05 de la mañana, a menos de tres metros de donde yo me encontraba escuchando a la señora Underwood, que repasaba los conceptos fundamentales del álgebra en el día siguiente a un examen terrible que, al parecer, sólo habíamos aprobado Ted Jones y yo. Mi mirada estaba fija en ella; en la ardilla, no en la señora Underwood.

Esta escribió en la pizarra: «a = 16».

—Señorita Cross —dijo, dándose la vuelta—, haga el favor de explicarnos qué significa esa ecuación.

—Significa que «a» es igual a dieciséis —respondió Sandra.

Mientras tanto, la ardilla corría por el césped de un lado a otro, con la cola en alto y unos ojillos negros que brillaban como perdigones. Un animal lustroso y gordo. Últimamente debía de haber tomado más y mejores desayunos que yo, aunque el de esa mañana se había asentado en mis tripas ligero y satisfactorio como nunca. No sufría retortijones ni acidez de estómago. Me había sentado muy bien.

—Bueno, no está mal —dijo la señora Underwood—, pero falta algo, ¿verdad? Claro que sí. ¿Alguien quiere explicar con más detalle esta fascinante ecuación?

Levanté la mano, pero la maestra señaló a Billy Sawyer.

—Ocho más ocho —balbuceó éste.

—Explíquese.

—Quiero decir que puede ser... —añadió Billy, inseguro. Sus dedos acariciaron las letras grabadas en la superficie del pupitre: SM A DK, MIERDA, TOMMY 73—. Veamos, si se suman ocho y ocho, entonces...

—¿Quiere que le deje mi libro? —inquirió la señora Underwood con una sonrisa vivaracha.

El desayuno empezó a revolverse en mi estómago, de modo que me fijé de nuevo en la ardilla durante un rato más. La sonrisa de la maestra me recordó las fauces del escualo que aparecía en *Tiburón.*

Carol Granger levantó la mano. La señora Underwood asintió con la cabeza.

—¿No se refiere a que ocho más ocho cumple también la exigencia de exactitud de la ecuación?

—No sé a qué se refiere su compañero —replicó la señora Underwood.

Todos prorrumpieron en carcajadas.

—¿Podría encontrarse alguna otra manera en que se cumpliera también la exigencia de exactitud?

Carol inició la respuesta, y en ese preciso instante se oyó un aviso por el intercomunicador:

«Charles Decker, al despacho, por favor. Charles Decker. Gracias.»

Dirigí la mirada hacia la señora Underwood, quien hizo un gesto de asentimiento. Empezaba a notar el estómago encogido y viejo. Me puse en pie y salí de la clase. Cuando lo hice, la ardilla todavía estaba retozando.

Me hallaba ya a mitad del pasillo cuando me pareció que la señora Underwood venía hacia mí con las manos en alto, como dos garras retorcidas, y su gran sonrisa de tiburón. Aquí no queremos muchachos como tú... Los chicos como tú deben estar en Greenmantle... O en el reformatorio... O en el sanatorio para enfermos mentales peligrosos... De modo que ¡vete! ¡Fuera! ¡Fuera!

Di media vuelta, llevándome la mano al bolsillo trasero en busca de la llave inglesa que ya no guardaba allí. El desayuno se había convertido en una bola dura y ardiente en mi

estómago. Pero no tuve miedo, ni siquiera al ver que no estaba allí. He leído demasiados libros.

3

Me detuve en el baño para orinar y comer unas galletas saladas. Siempre llevo unas pocas en una bolsita. Cuando tienes el estómago mal, a veces unas galletas obran maravillas. Cien mil mujeres embarazadas no pueden estar equivocadas. Pensé en Sandra Cross, cuya respuesta en clase unos minutos antes había sido correcta, aunque incompleta. Me pregunté cómo había perdido los botones. Siempre se le desprendían de las blusas, las faldas y, cierta vez que la había llevado a un baile de la escuela, había perdido el botón de la cintura de los téjanos, que casi se le habían caído. Antes de que se diera cuenta de ello, la cremallera se le había abierto hasta la mitad, descubriendo unas braguitas blancas que resultaban muy incitantes. Aquellas braguitas eran ajustadas, blancas, limpias. Eran inmaculadas. Se ceñían a su bajo vientre con dulce suavidad y formaban pequeñas arrugas mientras hablaba... hasta que advirtió lo que ocurría y echó a correr hacia el baño de las chicas, dejándome con el recuerdo de las braguitas perfectas. Sandra era una buena chica, y si hasta aquel momento lo había imaginado, por Dios que entonces lo descubrí,
porque todos sabemos que las buenas chicas usan braguitas blancas, no esa mierda neoyorquina que se vende en Placerville, Mame.

El señor Denver irrumpió furtivamente en mis pensamientos, apartando de ellos a Sandra y sus braguitas prístinas. Resulta imposible detener los pensamientos; el maldito asunto siempre sigue presente. Yo sentía una gran simpatía por Sandy, aunque ella nunca alcanzaría a comprender las ecuaciones de segundo grado. Si los señores Denver y Grace decidían enviarme a Greenmantle, quizá no volvería a ver a Sandy. Y eso sería terrible.

Me levanté del inodoro, me sacudí las migajas de las galletas, echándolas dentro de la taza, y tiré de la cadena. Los retretes de las escuelas secundarias son siempre iguales; hacen un ruido semejante al de un 747 al despegar. Siempre me ha repelido tirar de esas cadenas porque pienso que el ruido es claramente audible en la clase contigua y que todo el mundo se dirá: Bueno, ahí va otra descarga. Siempre he creído que un hombre debe estar a solas con lo que mi madre insistía en llamar «limonada y chocolate» cuando yo era pequeño. El retrete debería ser una especie de confesionario. Pero te frustran. Siempre te frustran. No puedes ni sonarte la nariz sin que se enteren. Siempre tiene que enterarse alguien, siempre tiene que asomarse alguien furtivamente. Y hay personas como los señores Denver y Grace que incluso reciben un sueldo por hacerlo.

La puerta del baño se cerró con un quejido a mi espalda y me encontré en el vestíbulo. Me detuve y miré alrededor. Sólo se oía el zumbido adormecedor que indicaba que volvía a ser miércoles, miércoles por la mañana, las nueve y diez, todo el mundo atrapado un día más en la espléndida telaraña pegajosa de mamá educación.

Volví al baño y saqué el rotulador. Me disponía a escribir en la pared algo ocurrente, como «Sandra Cross lleva braguitas blancas», cuando vi mi rostro en el espejo. Tenía dos medias lunas moradas bajo los ojos, que estaban muy abiertos y blancos, las aletas de la nariz un tanto levantadas, y la boca formaba una línea blanca, retorcida.

Escribí «come mierda» en la pared hasta que el rotulador escapó de entre mis tensos dedos. Cayó al suelo y le di una patada.

Se produjo un sonido detrás de mí. No me volví. Cerrando los ojos, respiré profunda y lentamente hasta que recuperé el control. Luego me dirigí escalera arriba.

4

Las oficinas de administración de la Escuela Secundaria de Placerville se hallan en la tercera planta, junto a la sala de estudio, la biblioteca y el aula 300, donde se imparte la clase de mecanografía. Al cruzar la puerta del piso desde la escalera, lo primero que se oye es el continuo tacata-cata, que sólo se detiene cuando el timbre pone fin a la clase o la señora Green tiene algo que decir. Sospecho que normalmente no dice gran cosa, pues las máquinas de escribir apenas se detienen. Hay treinta en la clase, un pelotón de Underwoods grises con cicatrices de combate. Están marcadas con números para que cada alumno sepa cuál es la suya. El ruido no cesa jamás, taca-tacata, tacatacata, desde septiembre hasta junio. Siempre asociaré ese sonido a las esperas en el antedespacho de las oficinas de administración del señor Denver o el señor Grace, el original dúo de borrachines. En cierto modo la situación me recordaba mucho a esas películas de la selva donde el protagonista y su safari se internan por el África más inexplorada, y aquél dice: «¿Por qué no callarán esos malditos tambores?», y cuando los malditos tambores callan, el héroe observa la vegetación umbría y llena de ruidos misteriosos y murmura: «No me gusta. Hay demasiado silencio.»

Había tardado en llegar al despacho, de modo que el señor Denver ya debía de estar preparado para recibirme, pero la recepcionista, la señorita Marble, se limitó a sonreír mientras me decía:

—Siéntate, Charlie. El señor Denver estará enseguida contigo.

Así pues, me senté en la barandilla de separación, junté las manos y esperé a que el señor Denver me recibiera. Y, ¡vaya!, en un asiento se encontraba un buen amigo de mi padre, Al Lathrop. También él me miró de reojo. Tenía un » maletín sobre las piernas y un montón de libros y de texto de muestra al lado. Jamás le había visto ' con traje hasta entonces. Mi padre y él eran grandes cazadores. Solían abatir al temible ciervo de afilados dientes y la perdiz asesina. Yo había ido de caza una vez con mi padre, Al y un par de amigos más. Formaba parte de la interminable campaña de papá para «convertir a mi hijo en un hombre».

—¡Eh, hola! —saludé, dirigiéndole una gran sonrisa bobalicona.

Por el respingo que dio, deduje que lo sabía todo sobre mí.

—¡Ah, hola, Charlie!

Desvió rápidamente la mirada hacia la señorita Marble, quien se hallaba enfrascada en el repaso de las listas de asistencia con la señora Venson, del despacho contiguo. No iba a encontrar ayuda allí. Estaba a solas con el hijo psicópata de Carl Decker, el tipo que casi había matado al profesor de física y química.

—Visita de ventas, ¿eh? —pregunté.

—Sí, exacto. —Sonrió como mejor pudo—. Sí, una ronda para vender libros.

—Es dura la competencia, ¿eh? Al Lathrop volvió a sobresaltarse.

—Bueno, unas veces se gana, otras se pierde. Ya sabes, Charlie...

Sí, ya lo sabía. De pronto no me apetecía seguir incordiándole. Tenía cuarenta años, estaba volviéndose calvo y tenía unas bolsas de cocodrilo bajo los ojos. Iba de escuela en escuela en un Buick familiar cargado de libros de texto y cada año, en noviembre, salía de caza durante una semana con mi padre y los amigos de éste, allá por el Allagash. Y un año yo los había acompañado. Tenía entonces nueve años, y cuando desperté estaban todos borrachos y me dieron miedo. Eso fue todo. En cualquier caso aquel hombre no era un ogro, sino sólo un cuarentón calvo que intentaba sacarse unos cuartos. Y sí, le había oído decir que mataría a su esposa, pero no eran más que palabras. Después de todo, era yo quien tenía las manos manchadas de sangre.

Sin embargo no me gustó el modo en que fijó la mirada en mí, y por un instante —sólo por un instante— le habría agarrado del cuello, habría acercado su rostro al mío y le habría

espetado:
«¡Tú, mi padre y todos vuestros amigos, todos vosotros, tendríais que ir allí conmigo; todos deberíais ir a Greenmantle conmigo, porque todos estáis metidos en esto! ¡Todos lo estáis, todos formáis parte de esto!

En cambio seguí sentado y le vi sudar, recordando los viejos tiempos.

5

Desperté sobresaltado de una pesadilla que no había tenido en mucho tiempo; un sueño en que me encontraba en un oscuro callejón sin salida, y algo me perseguía, un monstruo sombrío y jorobado que rechinaba y se arrastraba... un monstruo que me volvería loco si lo veía. Un mal sueño. No lo había tenido desde que era pequeño, y ahora ya era un muchacho crecido. Nueve años.

Al principio no reconocí el lugar donde me hallaba; lo único seguro era que no se trataba de mi dormitorio- Era más pequeño y tenía un olor diferente. Tenía frío y ganas de orinar.

Un áspero estallido de carcajadas me hizo dar un salto en la cama... aunque no se trataba de una cama, sino de un saco de dormir.

—De modo que es una especie de jodida vieja —decía Al Lathrop al otro lado de la lona que hacía de pared—; precisamente «joder» es la palabra más apropiada.

De acampada. Estaba de acampada con mi padre y sus amigos. Y no había querido ir.

—Sí, pero ¿cómo te la levantas, Al? Es lo que quiero saber.

Ése era Scotty Norwiss, otro amigo de papá. Su voz era pastosa, y empecé a tener miedo otra vez. Estaban bebidos.

—Sencillamente apago la luz y me imagino que estoy con la mujer de Carl Decker —respondió Al, y hubo otro estallido de risas que me hizo encogerme y dar un brinco en el saco de dormir.

¡Oh!, necesitaba orinar, mear, hacer limonada o como quiera que prefiráis llamarlo, pero no quería salir mientras estuvieran bebiendo y hablando.

Me volví hada la pared y descubrí que podía verlos. Estaban entre la tienda y la fogata, y sus sombras, altas y extrañas, se proyectaban en la lona. Era como una sesión de linterna mágica. Observé la sombra de la botella que pasaba de una mano a otra.

—¿Sabes qué haría si te pillara con mi mujer? —inquirió mí padre a Al.

—Preguntarme si necesitaba ayuda, probablemente —respondió Al, y de nuevo oí más carcajadas.

Las alargadas sombras de las cabezas se movieron arriba y abajo, adelante y atrás, como una nube de insectos. No parecían en absoluto seres humanos, sino más bien un grupo de mantis religiosas, y tuve miedo.

—No, en serio —insistió mi padre—. En serio. ¿Sabéis qué haría si sorprendiera a alguien con mi mujer?

—¿Qué, Carl? —Éste era Randy Earl.

—¿Veis esto?

Una nueva sombra apareció sobre la lona; el machete de caza que mi padre siempre llevaba en las salidas al bosque, el que más tarde le vi utilizar para abrir la tripa a un ciervo, clavándoselo en el vientre hasta la empuñadura y luego cortando hacia arriba, con los músculos del antebrazo hinchados, derramando unos intestinos verdosos y humeantes sobre una alfombra de musgo y hierba. La luz de la fogata y la inclinación de la lona transformaban el machete en una espada.

—¿Veis a este hijo de puta? Si pillo a un tipo con mi mujer, le salto por la espalda y le corto sus atributos.

—Y tendrá que mear sentado el resto de sus días, ¿no es eso, Carl?

Era la voz de Hubie Levesque, el guía. Me llevé las rodillas al pecho y las rodeé con los brazos. Jamás en mi vida había tenido tanta necesidad de ir al baño, ni la he tenido después.

—Desde luego —asintió Carl Decker, mi padre.

—¿Y qué harías con tu mujer, Carl? —preguntó Al Lathrop, que estaba muy borracho. Reconocía su sombra entre las demás. Se mecía como si estuviera sentado en una barca, en

lugar de sobre un tronco junto a la fogata—. Vamos, ¿qué harías con una mujer que deja... que deja entrar a alguien por la puerta de atrás? ¿Eh?

El machete de caza que se había transformado en espada se balanceó lentamente. Luego mi padre dijo:

—Los cherokees cortaban la nariz a las suyas. Con ello pretendían hacerles un coño en medio de la cara para que toda la tribu viera qué parte de su cuerpo les había creado problemas.

Mis manos soltaron las rodillas y se deslizaron hasta mis genitales. Las mantuve allí mientras contemplaba cómo la sombra del machete de caza de mi padre se movía despacio hacia adelante y hacia atrás. Tenía unos calambres terribles en el vientre. SÍ no me apresuraba a salir, terminaría por mearme en el saco de dormir.

—Cortarles la nariz, ¿eh? —dijo Randy—. Una idea magnifica. Si todavía lo hicieran, la mitad de las mujeres de Placerville tendría una raja en los dos sitios.

—Mi mujer no —replicó mi padre en voz baja. La voz pastosa de la borrachera había desaparecido, y las carcajadas que siguieron al chiste de

Randy se interrumpieron de pronto.

—No, claro que no, Carl —murmuró Randy, incómodo—. ¡Eh, mierda! ¡Echemos un trago! La sombra de mi padre le pasó la botella.

—Yo no le cortaría la nariz —opinó Al Lathrop—. Yo le arrancaría su maldita cabeza traidora,

—¡Eso es! —asintió Hubie—, Beberé por ello. No podía aguantar más. Me deslicé fuera del saco de dormir v noté el frío aire de octubre sobre mi cuerpo, desnudo salvo por un pantalón corto. Me pareció que la cola se me encogía. Y lo único que daba vueltas y vueltas en mi mente —supongo que estaba medio dormido y que toda la conversación me había parecido un sueño, una continuación, quizá, de la pesadilla del monstruo del callejón— era que, de pequeño, cuando papá terminaba de ponerse el uniforme y salía hacia su trabajo en Portland, yo solía acostarme en la cama de mi madre, y dormir a su lado una hora antes de desayunar.

Oscuridad, miedo, fogatas, sombras como mantis religiosas. No quería salir a aquellos bosques situados a cien kilómetros de la ciudad más próxima y ver a aquellos hombres borrachos. Quería a mi madre.

Cuando salí por la abertura de la tienda, mi padre se volvió hacia mí, empuñando aún el machete de caza. Me miró y le devolví la mirada. Jamás he olvidado la escena; mi padre con una mata de barba pelirroja, una gorra de caza ladeada en la cabeza y el machete en la mano. La conversación se interrumpió. Quizá se preguntaban qué parte de la charla había oído; tal vez se sentían avergonzados.

—¿Qué diablos quieres? —preguntó mi padre, envainando el machete.

—Dale un trago. Cari —propuso Randy, con el consiguiente coro de risas.

Al lanzó tal carcajada que cayó al suelo. Estaba completamente borracho.

—Tengo que hacer pis —murmuré.

—¡Pues ve y hazlo, por el amor de Dios! —exclamó mi padre.

Me adentré en la arboleda e intenté orinar. Durante un largo rato no quiso salir; era como una bola de plomo caliente y blanda en el bajo vientre. No tenía el pene más largo que la uña de un dedo, pues el frío me lo había encogido. Por fin brotó un gran chorro humeante, y cuando hube terminado volví á la tienda y me metí en el saco de dormir. Nadie del grupo me miró. Estaban hablando de Ja guerra. Todos habían estado en la guerra.

Mi padre cazó el ciervo tres días después, el último de acampada. Yo estaba con él. Le dio de lleno en el bulto del músculo entre el cuello y el lomo, y el animal cayó desmadejado.

Nos acercamos al cuerpo. Mi padre sonreía de felicidad. Había desenvainado el machete. Adiviné qué sucedería a continuación y supe que iba a vomitar; no pude evitar ninguna de las dos cosas. Colocando un pie a cada lado del venado, tiró hacia atrás de una pata trasera y le hundió el machete. Un rápido movimiento en sentido ascendente y los intestinos se derramaron sobre el lecho del bosque. Yo me puse de espaldas y devolví el desayuno.

Cuando lo miré de nuevo, mi padre estaba observándome. No pronunció palabra, pero en sus ojos advertí disgusto y decepción, como otras muchas veces. Yo tampoco hablé, pero, si hubiera sido capaz de hacerlo, le habría dicho: «No es lo que piensas.»

Esa fue la primera y última vez que salí de caza con mi padre.

6

Al Lathrop hojeaba los libros de texto, simulando hallarse demasiado ocupado para hablar conmigo, cuando el intercomunicador de la mesa de la señorita Marble emitió un zumbido y ella me sonrió como si compartiéramos un gran secreto, algo sexual.

—Ya puedes entrar, Charlie. Me puse en pie.

—Que vendas esos libros, Al. El hombre me dirigió una sonrisa breve, nerviosa, falsa.

—Eso espero, Charlie.

Pasé al otro lado de la barandilla y avancé entre la gran caja fuerte empotrada en la pared de la derecha y la desordenada mesa de la señorita Marble. Enfrente se alzaba una puerta con un gran cristal esmerilado en que había un rótulo grabado:

THOMAS DENVER, DIRECTOR. Entré.

El señor Denver hojeaba *El Clarín,* el periodicucho de la escuela. Era un hombre alto y cadavérico que se parecía ligeramente a John Carradine. Enjuto y calvo, tenía unas manos grandes, con prominentes nudillos. Llevaba la corbata aflojada y el botón superior de la camisa desabrochado. La piel del cuello se veía irritada y grisácea por un exceso de afeitado.

—Siéntate, Charlie.

Me senté y junté las manos, como hago a menudo. Es un gesto que aprendí de mi padre. Por la ventana situada detrás del señor Denver vi el césped, pero no el modo intrépido en que éste crecía hasta la misma pared del edificio. Estaba demasiado arriba, por desgracia. Quizá verlo me habría servido de ayuda, como dejar la luz encendida por la noche cuando uno es pequeño.

El señor Denver dejó a un lado *El Clarín y se* recostó en el sillón.

—Es un poco duro verse así, ¿no? Emitió un gruñido. El señor Denver gruñía muy bien. Si se celebrara un Concurso Nacional de Gruñidos, apostaría todo mi dinero por él. Aparté los cabellos que me caían sobre los ojos.

El señor Denver tenía una foto de su familia sobre el escritorio, que estaba aún más desordenado que el de la señorita Marble. La familia parecía bien alimentada. Su esposa tenía cierto aire de cebón, pero las dos niñas parecían despiertas como botones de hotel y no recordaban en nada a John Carradine. Dos chiquillas, ambas rubias.

—Don Grace terminó el informe y me lo entregó el jueves pasado. He estudiado sus conclusiones y recomendaciones con el mayor detenimiento. Todos somos conscientes de la gravedad del asunto, y me he tomado la libertad de discutir este tema con John Carlson.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Bastante bien. Creo que podrá reincorporarse en un mes.

—Bueno, algo es algo.

—¿De veras?

El señor Denver parpadeó deprisa, con la vista clavada en mí, como hacen los lagartos.

—No le maté. Algo es algo.

—Sí. —El señor Denver siguió mirándome fijamente—. ¿Acaso te gustaría haberlo hecho?

—No.

Se inclinó, acercó el sillón al escritorio, me observó y, moviendo la cabeza, empezó a decir:

—Me siento incómodo por tener que hablarte como voy a hacerlo, Charlie. Incómodo y apenado. Trato con niños y jóvenes desde 1947 y aún no entiendo hechos como ése. Considero que lo que debo decirte es correcto y necesario, pero me desagrada tener que hacerlo porque no comprendo por qué motivo ha sucedido una cosa así. En 1959 tuvimos aquí a un chico muy brillante que dejó malherida a una chica de primer curso de secundaria

tras golpearla con un bate de béisbol. Nos vimos obligados a enviarle al Instituto Correccional de South Portland. El muchacho explicaba que la chica no había querido salir con él. Y luego sonreía.

El señor Denver meneó la cabeza.

—No se moleste —dije.

—¿Cómo?

—No se moleste en tratar de comprender. No pierda el sueño con eso.

—Pero ¿por qué, Charlie? ¿Por qué lo hiciste?

Dios mío, estuvo cuatro horas en el quirófano...

—«Por qué» es una pregunta que debe hacer el señor Grace —repliqué—. Él es el psiquiatra de la escuela. Usted sólo lo pregunta porque es un buen principio para su sermón. No quiero escuchar más sermones. Estoy harto de sus sermones de mierda. Se acabó. El tipo podía seguir vivo o morir. Vive. Bien, pues me alegro. Usted haga lo que deba hacer, lo que haya decidido con el señor Grace, pero no trate de entenderme.

—Entenderte forma parte de mi trabajo, Charlie.

—Pero ayudarle a hacer su trabajo no forma parte del mío —repuse—. Así pues, déjeme decirle algo para establecer una buena línea comunicativa, por así decirlo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Apreté las manos con fuerza sobre el regazo. Me temblaban.

—Estoy harto de usted, el señor Grace y todos los demás. Antes me daban miedo, y todavía me lo dan, pero ahora además me tienen harto y he decidido que no tengo por qué seguir aguantando. Ya no los soporto más. Me importa un bledo lo que usted piense. No está usted en condiciones de tratar conmigo, de modo que no se meta. Se lo advierto. No está usted en condiciones.

Mi voz había aumentado de volumen hasta convertirse casi en un grito tembloroso. El señor Denver emitió un suspiro.

—Quizá lo creas así, Charlie, pero las leyes del estado dicen otra cosa. Después de leer el informe del señor Grace, supongo que estarás de acuerdo conmigo en que no te comprendes a ti mismo ni entiendes las consecuencias de lo que hiciste en la clase del señor Carlson. Estás trastornado, Charlie.

«Estás trastornado, Charlie.»

«Los cherokees les cortaban la nariz... para que toda la tribu viera qué parte de su cuerpo les había creado problemas.»

Las palabras sonaron de nuevo en mi mente, apagadas, como si surgieran de una gran profundidad. Eran como tiburones, como mandíbulas llenas de dientes que acudían a devorarme. Palabras con dientes y ojos.

Fue allí y entonces cuando empezó a ocurrir-me. Lo supe porque era exactamente lo mismo que me había sucedido justo antes del asunto del señor Carlson. Las manos dejaron de temblarme, las palpitaciones de mi estómago remitieron, y noté todo mi cuerpo frío y tranquilo. Me sentí distanciado, no sólo del señor Denver y su cuello afeitado en exceso, sino también de mí mismo. Estaba casi flotando.

El señor Denver había reanudado su perorata; hablaba sobre la necesidad de recibir asesoramiento adecuado y ayuda psiquiátrica, pero le interrumpí:

—Mire, viejo, váyase a la mierda.

Dejó en el escritorio el papel que había estado repasando para evitar mirarme a la cara, algún documento de mi expediente, sin duda, el todopoderoso expediente. El gran expediente norteamericano.

—¿Cómo?—exclamó.

—A la mierda. No juzguéis y no seréis juzgados. ¿Algún caso de locura en su familia, señor Denver?

—Sólo pretendo hablar de esto contigo, Charlie —afirmó con voz tensa—. No tengo intención de dejarme arrastrar a...

— ...a prácticas sexuales inmorales —terminé la frase por él—. Usted y yo a solas, ¿de acuerdo? El primero en correrse se lleva el Premio a la Mejor Fraternidad de Estudiantes. Tóquesela, hombre. Llame también al señor Grace; eso será aún mejor. Haremos una cama redonda.

—¿Qué...?

—¿No me ha entendido ? Alguna vez tenía que salir todo, ¿no es cierto? Se lo debe a sí mismo, ¿verdad? Todo el mundo necesita desahogarse alguna vez y tener a alguien sobre quien correrse. Usted ha asumido el papel de juez de lo que es bueno para mí. Demonios. Posesión diabólica. ¡Oh, Señor, Señor!, ¿por qué golpeé a esa chica con el bate? ¡El diablo me obligó a hacerlo, y ahora lo lamento tanto! ¿Por qué no lo reconoce? Le complace disponer de mí. Soy lo mejor que le ha sucedido desde 1959.

Me miraba boquiabierto. Le tenía bien cogido, lo sabía y me sentía muy orgulloso de ello. Por un lado, él quería seguirme la corriente, mostrarse de acuerdo conmigo; después de todo, era así como uno debía portarse con los perturbados mentales. Por otro lado, como él había afirmado, llevaba mucho tiempo tratando con niños y jóvenes, y la regla número uno en ese campo rezaba: «No les permitas que te respondan; sé rápido en dar órdenes y tajante en las contrarréplicas.»

—Charlie...

—No se moleste. Tan sólo intento decirle que me he cansado de que se masturben encima de mí. ¡Sea un hombre, por el amor de Dios, señor Denver! Y si no puede serlo, por lo menos abróchese los pantalones y sea un director cabal.

—¡Cállate! —exclamó. Su rostro había adquirido un color rojo encendido—. Tienes mucha suerte de vivir en un estado progresista y ser alumno de una escuela progresista, muchacho. ¿Sabes dónde estarías de lo contrario? Presentando tus documentos en un reformatorio, cumpliendo una condena por agresión criminal. Y no estoy seguro de que no sea ahí donde deberías estar. Tú...

—Gracias —interrumpí.

Los coléricos OJOS azules del señor Denver clavaron la mirada en los míos.

—Gracias por tratarme como a un ser humano aunque haya tenido que enfurecerle para conseguirlo. Ahora sí hemos avanzado. —Crucé las piernas con aire indiferente—. ¿Quiere que hablemos de las expediciones en busca de braguitas que tanto escándalo causaron en la gran universidad donde usted estudiaba cómo tratar con niños y jóvenes?

—Tienes una lengua repugnante —repuso él con palabras pausadas y meditadas—. Como tu cerebro.

—¡Jódete! —exclamé, y eché a reír, burlándome de él.

El señor Denver enrojeció aún más y se puso en pie. Tendió la mano por encima del escritorio muy lentamente, como si necesitara un engrasado, y me cogió del cuello de la camisa.

—Trátame con respeto —masculló. Realmente había perdido la sangre fría y ni siquiera se molestaba ya en utilizar su auténtico gruñido de primera categoría—. Pequeño miserable corrompido, muéstrame algún respeto.

—Le mostraría el culo para que le diera un beso —repliqué—. Vamos, cuénteme cómo eran esas expediciones de caza de braguitas. Se sentirá mejor. ¡Arrojadnos las braguitas! ¡Arrojadnos las braguitas!

Me soltó y mantuvo la mano apartada del cuerpo, como si un perro rabioso acabara de

agarrarse a ella.

—Sal de aquí —exclamó con voz ronca—. Recoge los libros, entrégalos en la oficina y vete. Tu expulsión y tu traslado a la Academia Greenmantle se harán efectivos el lunes. Lo comunicaré a tus padres por teléfono. Ahora, vete. No quiero verte ni un segundo más.

Poniéndome en pie, me desabroché los dos botones inferiores de la camisa, saqué un faldón por encima del pantalón y me bajé la cremallera de la bragueta. Antes de que el director pudiera reaccionar, abrí la puerta y salí dando trompicones al antedespacho. La señorita Marble y Al Lathrop, que conversaban junto al escritorio de la secretaria, levantaron la vista y dieron un respingo al verme. Evidentemente habían estado practicando el gran juego de salón norteamericano de En Realidad No Les Hemos Oído, ¿Verdad?

—Será mejor que se ocupen de él —dije entre jadeos—. Estábamos sentados, hablando de las cacerías de braguitas, cuando de pronto ha saltado por encima del escritorio y ha intentado violarme.

Había conseguido sacarle de sus casillas, lo que no era poco, teniendo en cuenta que llevaba veintinueve años tratando con niños y jóvenes y que, probablemente, sólo le quedaban diez para recibir la llave de oro del cagadero del piso inferior. El señor Denver arremetió contra mí desde la puerta del despacho; le esquivé con una finta y se quedó plantado en medio del antedespacho con un aspecto furioso, estúpido y culpable a la vez.

—¡Que alguien se ocupe de él! —insistí—. Se tranquilizará cuando se saque eso del cuerpo.

Observé al señor Denver y, guiñándole un ojo, susurré:

—Arrojadnos las braguitas, ¿eh?

Acto seguido pasé al otro lado de la barandilla de separación y salí lentamente del antedespacho mientras me abrochaba los botones de la camisa, remetía el faldón en los pantalones y me subía la cremallera. Tuvo mucho tiempo para decir algo, pero permaneció en total silencio.

Comprendí que todo había funcionado al ver que el hombre no podía pronunciar palabra. Se le daba muy bien anunciar el menú del día por el sistema de megafonía, pero aquello era muy distinto..., deliciosamente distinto. Me había enfrentado a él precisamente con lo que él había afirmado constituía mi problema y se había mostrado incapaz de dominarme. Quizá esperaba que todo se solucionaría con unas sonrisas y unos apretones de manos, y que mis siete semestres y medio de estancia en la Escuela Secundaria de Placerville terminarían con una crítica literaria de *El Clarín.* Sin embargo, a pesar de lo ocurrido con el señor Carlson y todo lo demás, el señor Denver no había esperado un comportamiento irracional. Aquel vocabulario se reservaba para las paredes de los retretes, junto con esas revistas asquerosas que uno jamás enseñaría a su esposa. Se había quedado paralizado, con las cuerdas vocales heladas. Ninguna de las directrices para el trato con el menor perturbado mental le había advertido que quizá algún día tendría que tratar con un alumno que le atacaría en el ámbito personal.

Y que eso le sacaría al instante de sus casillas, lo que le convertía en un ser peligroso. ¿Quién podía saberlo mejor que yo? Tendría que protegerme. Estaba preparado para ello; de hecho lo estaba desde el mismo momento en que llegué a la conclusión de que la gente podía —simplemente podía, repito— estar siguiéndome y haciendo comprobaciones.

Le di una oportunidad.

Esperé a que saliera y me agarrara mientras caminaba despacio hacia la escalera. No deseaba la salvación. Ya había sobrepasado ese punto, o quizá nunca lo había alcanzado. Lo único que deseaba era reconocimiento... o, tal vez, que alguien trazara un círculo amarillo de apestado alrededor de mis pies.

Pero no salió.

Y por eso continué adelante y me dejé llevar por mis impulsos.

7

Bajé por la escalera silbando; me sentía muy bien. A veces las cosas suceden así. Cuando todo va mal, tu mente arroja todo a la papelera y se marcha un rato a Florida. Y se produce un repentino destello eléctrico (¡qué diablos!) mientras te quedas allí, mirando hacia atrás, hacia el puente que acabas de quemar.

Una chica a quien no conocía se cruzó conmigo en el rellano de la segunda planta, una chica fea y llena de granos que llevaba unas gafas grandes con montura de concha y sostenía un montón de libros de secretariado. Sentí el impulso de volverme para observarla por detrás. Sí, sí. Por detrás podía haber sido la propia Miss América. Era maravilloso.

Librodot

El vestíbulo de la primera planta estaba desierto. Ni un alma entraba o salía. El único ruido que se oía era el zumbido semejante al de un avispero que llena por igual todas las escuelas, tanto las modernas de paredes acristaladas, como las antiguas que apestan a cera para el suelo. Las taquillas se alineaban en hileras como silenciosos centinelas, con huecos aquí y allá para dejar sitio a un surtidor de agua o la puerta de una clase.

La asignatura de álgebra II se impartía en el aula 16, pero mi ropero se hallaba en el otro extremo del vestíbulo. Me dirigí hacia él y lo contemplé.

Mi ropero. Así lo indicaba, CHARLES DECKHR, escrito pulcramente por mi propia mano en una etiqueta de papel adhesivo Con-Tact proporcionado por la escuela. Cada mes de septiembre, durante el primer encuentro en la sala de reuniones, se procedía al reparto de etiquetas Con-Tact en blanco; escribíamos cuidadosamente nuestros nombres en ellas y, durante el descanso de dos minutos entre la reunión inaugural con los compañeros de curso y la primera clase del nuevo año escolar, las pegábamos en nuestras respectivas taquillas. El ritual era tan antiguo y sagrado como la primera comunión. El primer día de mi segundo curso, Joe McKennedy salió a mi encuentro en el abarrotado vestíbulo con su etiqueta Con-Tact pegada en la frente y una gran sonrisa bobalicona pegada en los labios. Cientos de horrorizados novatos, cada uno con su pequeña tarjeta de identificación amarilla prendida en la camisa o la blusa, se volvieron para contemplar aquel sacrilegio. Casi me dio un ataque de risa. Naturalmente Joe recibió un castigo por aquello, pero fue lo mejor del día para mí. Cuando lo recuerdo, creo que fue lo mejor del año.

Y allí estaba yo, entre Rosanne Debbins y Carla Dench, que cada mañana se empapaba en agua de rosas, lo que durante el último semestre no me había sido de gran ayuda para mantener el desayuno en el estómago.

¡Ah!, pero todo aquello quedaba ya muy atrás. Un ropero gris, de metro y medio de altura, cerrado con candado. Los candados se repartían a principio de curso junto con las etiquetas Con-Tact. «Titus», el candado, anunciaba su nombre. Ciérrame, ábreme. Soy Titus, el candado a tu servicio.

—¡Titus, viejo trasto! —murmuré—. ¡Titus, trasto inútil!

Tendí la mano hacia Titus y me pareció que se alargaba mil kilómetros hasta tocarlo, una mano al final de un brazo de plástico que se estiraba sin dolor. La superficie numerada de la negra cara frontal de Titus me contempló imperturbable, sin condenar mi actitud, pero sin aprobarla tampoco. Cerré los ojos un instante. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, como si unas manos invisibles tiraran de mí en direcciones opuestas.

Cuando volví a abrir los ojos, tenía a Titus entre los dedos. El abismo se había cerrado.

Las combinaciones de los candados de las escuelas secundarias son sencillas. La mía era seis a la izquierda, treinta a la derecha y dos vueltas seguidas a cero. Titus era más conocido por su fortaleza que por su inteligencia. El candado cedió y saltó en mi mano. Lo agarré con fuerza, sin hacer ademán de abrir la puerta.

En algún lugar del vestíbulo sonaba la voz del señor Johnson:

— ...y los hesianos, que eran mercenarios a sueldo, no estaban demasiado dispuestos a combatir, especialmente en un país donde las oportunidades para obtener botines que superaran los salarios previamente estipulados...

—Hesiano —susurré a Titus.

Llevé el candado a la papelera más próxima y lo arrojé a ella. Me contempló con aire inocente entre un montón de hojas de deberes desechadas y bolsas de desayuno vacías.

— ...pero recordad que los hesianos, como bien sabía el ejército continental, eran formidables máquinas de matar alemanes...

Me incliné para recoger a Titus y lo guardé en el bolsillo de la camisa, donde formó un bulto del tamaño aproximado de un paquete de cigarrillos.

—Recuérdalo bien, Titus, vieja máquina de matar—murmuré mientras desandaba el camino hasta mi taquilla.

La abrí. En la parte inferior, formando una bola que apestaba a sudor, se encontraba mi uniforme de gimnasia, al lado de bolsas de desayuno, envoltorios de caramelos, un corazón de manzana que llevaba allí un mes y había adquirido un encantador color marrón, y un par de andrajosas zapatillas de deporte negras. Mi cazadora de nailon roja colgaba de una percha, y en la estantería superior estaban mis libros de texto, todos excepto el de álgebra II. *Educación cívica. Gobierno norteamericano, Cuentos y fábulas franceses* y *Salud,* aquel encantador manual para alumnos de cursos avanzados, un libro rojo, moderno, con un chico y una chica de escuela secundaria en la portada y la sección sobre enfermedades venéreas perfectamente suprimida a tijeretazos por decisión unánime del Consejo Escolar. Determiné empezar por - este último libro, confiando en que se lo hubiera vendido a la escuela ni más ni menos que el viejo Al Lathrop. Lo saqué del ropero, lo abrí al azar entre «Los componentes básicos de la nutrición» y «Reglas para el disfrute y la seguridad en la natación», y lo partí en dos. No resultó difícil. Ninguno me costó gran esfuerzo, salvo *Educación cívica,* un contundente texto de Silver Burdett editado en torno a 1946. Arrojé todos los pedazos al fondo del ropero. En la parte superior sólo quedaban la regla de cálculo, que rompí por la mitad, una fotografía de Raquel Welch pegada con cinta adhesiva a la pared del fondo (la dejé donde estaba), y la caja de munición que guardaba detrás de los libros.

La tomé en mis manos y la contemplé. Originalmente había contenido cartuchos Winchester para carabina larga calibre 22, pero ya no. La había llenado de balas que había cogido del cajón del escritorio de mi padre. En una pared de su despacho había colgada una cabeza de ciervo que me observó con sus ojos vidriosos, demasiado llenos de vida, mientras yo sacaba la munición y la pistola, pero no dejé que su mirada me inquietara. No era el animal que mi padre había abatido durante la cacería a que me había llevado cuando tenía nueve años. Había encontrado la pistola en otro cajón del escritorio, detrás de una caja de sobres comerciales. Dudo de que se acordara de que todavía tenía el arma allí. Y de hecho ya no la tenía. Desde luego que no. Estaba en el bolsillo de mi chaqueta. La saqué y me la coloqué en la cintura. No me sentía en absoluto como un hesiano, sino más bien como un Wild Bill Hickok.

Guardé las balas en el bolsillo de los pantalones y extraje el encendedor. No fumo, pero aquel objeto en cierto modo había despertado mi fantasía. Lo encendí, me agaché y prendí fuego a toda la basura que había acumulado en el fondo del ropero.

Las llamas saltaron con avidez de las ropas de gimnasia a las bolsas de desayuno, los envoltorios de caramelos y los restos de mis libros, llevando hasta mí un atlético aroma a sudor.

Después, considerando que ya había llegado demasiado lejos, cerré la puerta de la taquilla. Justo encima de la etiqueta Con-Tact con mi nombre había unos pequeños respiraderos, a través de los cuales me llegó el crepitar de las llamas. Momentos después unas pequeñas puntas anaranjadas brillaban en la oscuridad, tras los respiraderos, y la pintura gris del ropero empezó a cuartearse y saltar.

En ese instante salió de la clase del señor Johnson un chico con un pase verde para el baño. Contempló el humo que surgía alegremente de los respiraderos, me miró y echó a correr hacia el lavabo. No creo que viera la pistola; no corría tanto.

Me encaminé hacia el aula 16, me detuve antes de entrar, con la mano en el picaporte, y miré hacia atrás. El humo salía ya en abundancia, y una mancha oscura, de puro hollín, se extendía por la puerta de mi ropero. La etiqueta Con-Tact se había vuelto marrón, y ya no podían distinguirse las letras que habían formado mi nombre.

Dudo de que en ese instante hubiera en mi cabeza algo más que el habitual sonido de

electricidad estática de fondo, ese que se oye en la radio cuando se aumenta el volumen al máximo sin haber sintonizado ninguna emisora. Mi cerebro, por así decirlo, se había conectado a la red; el tipejo con el sombrero de Napoleón que llevaba dentro tenía los ases en la mano y había decidido apostar.

Volví la vista de nuevo hacia el aula 16 y abrí la puerta. Esperaba algo, pero no sabía qué.

9

— ...Así, se entiende que cuando aumentamos el número de variables, los axiomas en sí no sufren cambios. Por ejemplo...

La señora Underwood alzó la mirada, alarmada, al tiempo que se ajustaba las gafas en la nariz.

—¿Tiene usted un pase de administración, señor Decker?

—Sí —respondí, y saqué la pistola de la cintura. Ni siquiera sabía con certeza si estaba cargada hasta que sonó el disparo. Le di en la cabeza. La señora Underwood no llegó a enterarse de qué le había sucedido, estoy seguro. Cayó de lado sobre el escritorio y luego rodó hasta el suelo. Y aquella expresión expectante jamás se borró de su rostro.

Librodot

10

Cordura.

Uno puede pasarse la vida diciéndose que la vida es lógica, prosaica y cuerda. Sobre todo, cuerda. Y creo que así es. He tenido mucho tiempo para pensar en ello. Y siempre vuelve a mi memoria la declaración de la señora Underwood antes de morir: «Así, se entiende que cuando aumentamos el número de variables, los axiomas en sí no sufren cambios.»

Estoy realmente convencido de ello.

Pienso, luego existo. Tengo vello en la cara, luego me afeito. Mi esposa y mi hijo se encuentran en estado crítico tras un accidente de coche, luego rezo. Todo es lógico, todo es cuerdo. Vivimos en el mejor de los mundos posibles, de modo que ponme un cigarrillo en la izquierda, una cerveza en la derecha, sintoniza *Starsky y Hutch y* escucha esa nota suave y armoniosa que es el universo dando vueltas tranquilamente en su giroscopio celestial. Lógica y cordura. Como la coca-cola, la vida es así.

Sin embargo, como tan bien saben la Warner Brothers, John D. MacDonaId y la Long Island Dragway, existe un Mr. Hyde para cada feliz rostro de doctor Jekyll, una cara oscura al otro lado del espejo. El cerebro tras esa cara nunca ha oído hablar de hojas de afeitar, plegarias o la lógica del universo. Vuelves de lado ese espejo y ves tu rostro reflejado con una siniestra mueca, medio loca, medio cuerda. Los astrónomos denominan a la línea entre la luz y la oscuridad «el terminador».

El otro lado del espejo demuestra que el universo tiene la lógica de un chiquillo vestido de vaquero en la noche de Halloween, con las tripas y la bolsa de caramelos esparcidas a lo largo de un kilómetro de la Interestatal 95. Es la lógica del napalm, la paranoia, las bombas en la maleta de esos árabes felices, el carcinoma fortuito. Esta lógica se devora a sí misma e indica que la vida es un mono sobre un palo, que gira histérica y errática como esa moneda que se lanza al aire para decidir quién paga el almuerzo.

Nadie mira ese otro lado a menos que sea preciso, y lo entiendo perfectamente. Uno lo mira si un borracho sube a su coche en plena autopista, pone el vehículo a ciento sesenta y empieza a balbucear que su mujer le ha abandonado; uno lo mira si un tipo decide cruzar Indiana disparando contra los chicos que van en bicicleta; uno lo mira si su hermana dice «bajo un momento a la tienda y vuelvo», y la mata una bala perdida en un asalto. Uno lo mira cuando oye hablar a su padre de cortar la nariz a mamá.

Es una ruleta, y quien afirme que el juego está manipulado no hace más que lamentarse. No importa cuántos números haya, el principio de esa bolita blanca no sufre cambios. No digáis que es absurdo; es todo muy lógico y cuerdo.

Y esa naturaleza extraña no sólo se halla en el exterior, sino también dentro de uno, en este mismo instante, creciendo en la oscuridad como un puñado de setas mágicas. Llámala la «Cosa del Sótano» o el «Zorro de las Melodías Animadas». Yo lo concibo como mi dinosaurio privado, enorme, viscoso y lerdo, que recorre a trompicones los hediondos pantanos de mi subconsciente sin encontrar nunca un hoyo de brea lo bastante grande para caber en él.

Pero ése soy yo, y había empezado a hablaros de esos brillantes alumnos de la escuela que, metafóricamente hablando, bajaron a la tienda para comprar leche y terminaron en medio de un robo a mano armada. Soy un caso documentado, carnaza de rutina para las rotativas de los periódicos. Me han concedido cincuenta segundos en el noticiario de más audiencia y una columna y media en el *Time.* Y aquí me encuentro, ante vosotros (metafóricamente hablando, otra vez), y os aseguro que estoy totalmente cuerdo. Es cierto que me falta algún tornillo ahí arriba, pero todo lo demás funciona perfectamente, muchas

gracias.

Así pues, ellos. ¿Qué entendéis por «ellos»? Hemos de estudiar ese punto, ¿no os parece?

«¿Tiene usted un pase de administración, señor Decker?», me preguntó ella.

«Sí», respondí, y saqué la pistola del cinto.

Ni siquiera sabía con certeza si estaba cargada hasta que sonó el disparo. Le di en la cabeza. La señora Underwood no llegó a enterarse de qué le había sucedido, estoy seguro. Cayó de lado sobre el escritorio y luego rodó hasta el suelo. Y aquella expresión expectante jamás se borró de su rostro.

Yo soy el cuerdo, soy el crupier, el tipo que lanza la bola en dirección contraria al giro de la rueda. ¿Y el individuo que apuesta su dinero a pares o nones? ¿Y la chica que se juega los cuartos a negro o rojo...? ¿Qué hay de ellos?

No existe medida de tiempo que exprese la esencia de nuestra vida, que mida el tiempo entre la explosión del plomo en el orificio del cañón y el impacto en la carne, entre el impacto y la oscuridad. Sólo hay una inútil repetición instantánea que no demuestra nada nuevo.

Disparé, ella cayó, y se produjo un silencio indescriptible, un lapso infinito, y todos retrocedimos un paso, contemplando cómo la bola daba vueltas y vueltas, saltando, vacilando, relampagueando un instante y siguiendo su marcha, cara o cruz, rojo o negro, pares o nones.

Creo que ese momento terminó. De veras lo creo. No obstante a veces, en la oscuridad, pienso que ese espantoso momento fortuito y casual todavía dura, que la rueda aún gira, y que todo lo demás ha sido un sueño.

¿Cómo debe ser la caída desde lo alto de un precipicio para el suicida? Creo que debe de experimentar una sensación de cordura. Probablemente por eso gritan hasta el instante de estrellarse contra el fondo.

11

Si en aquel preciso instante alguien hubiera exclamado algo melodramático, algo así como «¡Oh, Dios mío, va a matarnos a todos!», la escena habría terminado inmediatamente. Habrían salido de estampía como corderos, y algún tipo agresivo como Dick Keene me habría golpeado en la cabeza con el libro de álgebra y se habría ganado con ello el reconocimiento de la ciudad y el Premio al Ciudadano Ejemplar.

Pero nadie pronunció palabra. Todos continuaron sentados en absoluto y aturdido silencio, observándome atentamente, como si acabara de anunciarles que me proponía explicar cómo conseguir pases para la última sesión del viernes en el cine al aire libre de Placerville.

Cerré la puerta del aula, crucé la clase y me senté tras el gran escritorio. Las piernas me flaqueaban. Estaba a punto de sentarme o caer al suelo. Tuve que apartar de un empujón los pies de la señora Underwood para hacer sitio a los míos en el hueco bajo la mesa. Dejé la pistola sobre su cuaderno verde, cerré el libro de álgebra y lo coloqué sobre los demás, que formaban una pila ordenada
en un ángulo del escritorio.

Fue entonces cuando Irma Bates rompió el silencio con un grito agudo, un graznido semejante al de un pavo joven cuando se le retuerce el pescuezo la víspera del día de Acción de Gracias. Pero era demasiado tarde; todos habían aprovechado aquel inacabable instante para meditar sobre la vida y la muerte. Nadie se unió a su grito, e Irma enmudeció, como si se avergonzara de chillar en medio de la clase, por grande que fuera la provocación. Alguien carraspeó. Alguien, al fondo del aula, dijo «¡Hum!» con un tono levemente crítico. Y John Pocilga Daño se deslizó lentamente de su asiento y se desplomó, desvanecido, con un ruido sordo.

Levantaron la mirada hacia mí desde la profundidad de su sorpresa.

—A esto se le llama darle fuerte a uno —comenté afablemente.

Se oyeron unas pisadas procedentes del fondo del vestíbulo, y alguien preguntó si había explotado algo en el laboratorio de química. Mientras otro respondía que no lo sabía, se disparó la estridente alarma de incendios. La mitad de los chicos de la clase empezó a ponerse en pie automáticamente.

—No es nada —afirmé—. Sólo es mi ropero. Le he prendido fuego, nada más. Sentaos.

Quienes se habían levantado ocuparon de nuevo sus asientos obedientemente. Busqué a Sandra Cross. Se hallaba en la tercera fila, cuarto pupitre, y no parecía asustada. Parecía lo que era, una buena chica profundamente excitante.

Fuera, en el césped, comenzaban a alinearse hileras de alumnos. Los veía por la ventana. En cambio la ardilla había desaparecido. Las ardillas no sirven para el papel de espectador inocente.

Se abrió la puerta, y así el arma. El señor Vanee asomó la cabeza.

—Alarma de incendio —exclamó—. Todos... ¿Dónde está la señora Underwood?

—Largo —dije.

Él me miró. Era un tipo gordo con el cabello cortado al rape, como si alguien se lo hubiera podado cuidadosamente con una segadora de setos.

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho?

—Largo.

Disparé contra él y fallé. La bala hizo saltar el borde superior de la puerta, esparciendo astillas.

—¡Dios mío! —musitó alguien en la primera fila.

El señor Vanee no sabía qué sucedía. Creo que ninguno de ellos lo sabía. La escena me

recordaba un artículo que había leído sobre el último gran terremoto de California. Refería el caso de una mujer que iba de habitación en habitación mientras toda la casa caía en pedazos alrededor, gritando a su marido que hiciera el favor de desconectar el ventilador.

El señor Vanee decidió empezar de nuevo.

—Hay un incendio en el edificio. Tengan la bondad de...

—Charlie tiene una pistola, señor Vanee —explicó Mike Gavin con el mismo tono que había empleado para hablar del tiempo—. Creo que será mejor...

La segunda bala le alcanzó en la garganta. Su carne se esparció como si fuera líquida, como el agua cuando se arroja una piedra. Retrocedió hacia el vestíbulo llevándose la mano al cuello y se desplomó.

Irma Bates volvió a chillar, pero tampoco nadie la secundó esta vez. Si hubiera sido Carol Gran-ger, se habrían unido a ella muchísimos alumnos, pero ¿quién quería organizar un concierto con la pobre Irma Bates? Ni siquiera tenía novio. Además, todos estaban demasiado ocupados observando al señor Vanee, cuya mano se movía cada vez más lentamente sobre la garganta.

—Ted. —Ted Jones ocupaba el asiento más próximo a la puerta—. Cierra y echa el cerrojo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Ted, mirándome entre asustado y desdeñoso.

—Todavía no conozco todos los detalles —respondí—. De todos modos cierra la puerta y echa el cerrojo, ¿de acuerdo?

Al fondo del vestíbulo, una voz exclamaba:

—¡Es un ropero! ¡Es un...! ¡Eh, Peter Vance ha sufrido un infarto! ¡Traed agua! ¡Traed...!

Ted Jones se levantó, cerró la puerta y pasó el cerrojo. Era un chico alto que vestía téjanos desteñidos y una camisa militar. Tenía un aspecto excelente. Siempre le había admirado, aunque nunca formó parte del circo en que yo viajaba. Conducía un Mustang que su padre le había regalado el año anterior y tampoco utilizaba billetes de aparcamiento. Lucía un peinado pasado de moda, y apuesto a que era su rostro el que Irma Bates evocaba cuando sacaba furtivamente un pepino del frigorífico, ya de madrugada. Con un nombre tan norteamericano como Ted Jones, no daba lugar a confusiones. Su padre era vicepresidente del Banco de Placerville.

—¿Y ahora qué? —preguntó Harmon Jackson con tono de perplejidad.

—Humm... —Dejé otra vez la pistola sobre el cuaderno verde—. Bien, que alguien reanime a Pocilga. Se manchará la camisa... aún más, quiero decir.

Sarah Pásteme emitió una risita histérica y se llevó la mano a la boca. George Yannick, que se sentaba al lado de Pocilga, se acuclilló a su lado y le dio unos cachetes. Pocilga gimió, abrió los ojos, dirigió la vista a un lado y a otro y por último dijo:

—¡Se ha cargado a Bolsa de Libros!

Esta vez se oyeron vanas risas histéricas. Estallaron por toda el aula como palomitas de maíz. La señora Underwood llevaba a todas sus clases dos maletines de plástico con un diseño de cuadros escoceses. También se la conocía por Sue Dos Pistolas.

Pocilga se instaló en su asiento, tembloroso, volvió a desplazar la mirada en todas direcciones y echó a llorar.

Alguien llamó a la puerta y, tras intentar abrir -exclamó:

-¡Eh! ¡Eh, los de ahí dentro!

la Parecía la voz del señor Johnson, el que un rato antes hablaba de los hesianos. Cogí la pistola y disparé a través del cristal reforzado con una tela de alambre. La bala realizó un limpio agujero por encima de la cabeza del señor Johnson, quien desapareció de la vista como un submarino que se sumerge en zafarrancho de combate. La clase (con la posible excepción

Librodot

de Ted) contempló la escena con visible interés, como si se tratara de una buena película.

—¡Ahí dentro hay alguien con una pistola! —vociferó el señor Johnson.

Se oyó un leve traqueteo mientras el hombre se alejaba gateando. La alarma de incendios continuaba zumbando ásperamente.

—¿Y ahora qué? —preguntó de nuevo Harmon Jackson.

Era un chico menudo que habitualmente tenía una gran sonrisa torcida en su rostro; ahora, en cambio, parecía desvalido, perdido en el mar.

No encontré respuesta a su pregunta, de modo que no le hice caso. Fuera, los chicos se apuñaban inquietos en el césped, haciendo comentarios y señalando el aula 16 mientras la noticia pasaba de boca en boca. Poco después algunos maestros —los varones— los condujeron hacia el gimnasio, al otro extremo del edificio.

En la ciudad empezó a aullar la sirena de incendios del edificio municipal, alzándose y apagándose en ciclos histéricos.

—Es como el fin del mundo —murmuró Sandra Cross.

Tampoco encontré respuesta para ese comentario.

12

Permanecieron en silencio durante, quizá, cinco minutos, hasta que los coches de bomberos llegaron a la escuela. Me miraron, y yo les miré. Tal vez todavía hubieran podido largarse, y hay gente que todavía me pregunta por qué no lo hicieron. «¿Por qué no echaron a correr, Charlie? ¿Qué les hiciste?» Algunos lo preguntan casi con temor, como si hubiera algo diabólico en mi interior. Yo no respondo. No contesto a ninguna pregunta sobre lo que sucedió esa mañana en el aula 16. Pero si tuviera que decir algo al respecto, afirmaría que han olvidado qué es ser joven, vivir en estrecha intimidad con la violencia, las habituales peleas a puñetazos en el gimnasio, las riñas en las discotecas de Lewiston, las crudas imágenes en la televisión, los asesinatos en las películas. En el cine al aire libre local la mayoría de nosotros hemos visto a una niña vomitar puré de guisantes sobre un sacerdote. Comparado con eso, la pobre Bolsa de Libros no era nada del otro mundo.

No trato de justificar nada, ¿entendido? Actualmente no estoy de humor para emprender ninguna clase de cruzada. Sólo pretendo plantear que los jóvenes norteamericanos viven rodeados de violencia, tanto real como imaginaria. Además, ese día me convertí en el centro de interés. ¡Eh!, Charlie Decker se ha vuelto loco esta mañana, ¿te has enterado? ¡No! ¿De veras? Sí, sí. Yo estaba allí. Era como ver Bonnie ana Clyde, en el cine, salvo que Charlie se había vuelto majara y no había palomitas de maíz.

Sé que los chicos pensaban que no les ocurriría nada. Sin embargo me pregunto, ¿deseaban acaso que me cargara a alguien más?

A la sirena de los bomberos se había unido un segundo sonido estridente que se acercaba con mayor rapidez. No era la policía. Se trataba de esa melodía histérica, parecida a los cantos tiroleses, que es la última moda en sirenas de ambulancias. Siempre he pensado que algún día los vehículos de servicios de emergencia se volverán un poco más inteligentes y dejarán de asustar a aquellos a quienes acuden a salvar. Cuando se produzca un incendio, un accidente o un desastre natural como yo, todos esos vehículos se dirigirán a la escena del suceso acompañados del sonido amplificado de los Darktown Strutters interpretando *Banjo Rag.* Llegará ese día. ¡Oh, sí!

13

Dada la situación en la escuela, el servicio contraincendios de la ciudad decidió continuar adelante. El jefe de bomberos fue el primero en llegar; enfiló a toda velocidad la gran avenida semicircular de entrada al colegio con un Ford Pinto azul con cubierta transparente blindada. Lo seguía un grupo de bomberos que enarbolaban garfios y escaleras como si de estandartes de guerra se tratara. Más atrás avanzaban las bombas de agua.

—¿Les dejarás entrar? —preguntó Jack Goldman.

—El incendio es ahí fuera —respondí—, no aquí.

—¿Cerraste la puerta de tu taquilla? —preguntó Sylvia Ragan, una rubia maciza con dientes ligeramente cariados y grandes pechos cubiertos con una chaqueta de lana.

—Sí.

—Entonces ya se habrá apagado. Mike Gavin observó a los bomberos que corrían de un lado a otro y soltó una risita.

—Dos de esos tipos acaban de chocar —comentó—. Qué gracioso.

Los dos bomberos caídos en el suelo se incorporaron. El grupo se preparaba para entrar en el lugar del incendio, cuando salieron a su encuentro dos figuras en traje de calle. Uno era el señor Johnson, el Submarino Humano, y el otro el señor Grace. Ambos empezaron a hablar atropelladamente con el jefe de bomberos, gesticulando.

Unas largas mangueras con bocas relucientes estaban siendo desenrolladas de las bombas y arrastradas hacia la entrada principal de la escuela. El jefe de bomberos se volvió hacia quienes realizaban la tarea y exclamó:

—¡Deteneos!

Los hombres se detuvieron en mitad del césped, indecisos, con las bocas de las mangueras en las manos, como falos metálicos.

El)efe de bomberos continuó conferenciando con los señores Johnson y Grace. El primero señaló el aula 16. Thomas Denver, el director del cuello excesivamente afeitado, se acercó a ellos corriendo y se incorporó a la conversación. Empezaba a parecer una reunión táctica en el montículo del *pitcher* en la mitad de la novena entrada.

—¡Quiero irme a casa! —masculló de pronto Irma Bates.

—Olvídalo —repliqué.

El)efe de bomberos se dirigió de nuevo a sus hombres, gesticulando; el señor Grace cabeceó irritado y le puso una mano en el hombro. El jefe se volvió hacia Denver para decirle algo. Este asintió y corrió hacia la entrada principal.

Moviendo la cabeza no muy convencido, el jefe de bomberos se encaminó hacia su coche, rebuscó en el asiento trasero y sacó un espléndido altavoz de pilas. Apuesto a que en el parque de bomberos debía de haber verdaderas discusiones para decidir quién se encargaba del aparato, pero ese día, evidentemente, el jefe imponía a todos su rango. El hombre apuntó el altavoz hacia la masa de alumnos.

—Apártense del edificio. Repito, apártense del edificio. Diríjanse al arcén de la avenida. Diríjanse al arcén de la avenida. Dentro de poco llegarán autobuses para trasladarles a sus casas. La escuela queda cerrada durante... —fue interrumpido por un breve y entusiasmado «¡hurra!»— ... durante el resto del día. Ahora, por favor, apártense del edificio.

Un grupo de profesores —esta vez tanto mujeres como hombres— empezaron a conducir a los alumnos hacia el lugar señalado. Los chicos y las chicas volvían la cabeza, intercambiando comentarios. Busqué a Joe McKennedy entre la multitud, pero no alcancé a verle.

—¿Podemos hacer los deberes? —inquirió Melvin Thomas con voz temblorosa.

Todos prorrumpieron en carcajadas, sorprendidos por la pregunta.

—Adelante —respondí. Tras meditar unos segundos, añadí—: Si queréis fumar, podéis hacerlo.

Un par de chicos se llevó la mano al bolsillo. Sylvia Ragan, en su papel de la señora de la mansión, sacó con delicadeza de su bolso un arrugado paquete de Camel y encendió un cigarrillo con despreocupada elegancia. Exhalando una bocanada de humo, arrojó la cerilla al suelo y estiró las piernas sin preocuparse por la posición en que quedaba su falda. Se la veía cómoda.

Tenía que haber algo más, reflexioné. Estaba haciéndolo bastante bien, pero tenía que haber mil cosas en que no había pensado. En realidad tampoco importaba mucho.

—Si tenéis algún amigo o amiga especial con quien queráis sentaros, cambiad de asiento. Pero no intentéis acercaros a mí o a la puerta, por favor.

Un par de muchachos se acomodaron junto a sus parejas con movimientos rápidos y sigilosos, pero la mayoría permaneció inmóvil donde estaba. Melvin Thomas, que había abierto el libro de álgebra, no parecía capaz de concentrarse. Tenía fija en mí la mirada.

Se oyó un leve «clic» metálico procedente de un rincón del techo del aula. Alguien acababa de poner en funcionamiento el sistema de intercomunicadores de la escuela.

—Hola. —Era la voz de Denver—. Hola, aula 16.

—Hola —dije.

—¿Quién habla?

—Charlie Decker.

Se produjo un largo silencio. Por fin llegó una nueva pregunta:

—¿Qué está sucediendo ahí abajo, Decker? Medité la respuesta antes de hablar:

—Supongo que me he vuelto loco. Un nuevo silencio, aún más prolongado que el anterior. Al cabo, Denver inquirió:

—¿Qué has hecho?

Hice un gesto a Ted Jones, que asintió educadamente.

—¿Señor Denver? —dijo.

—¿Quién habla?

—Ted Jones, señor Denver. Charlie tiene un arma. Nos ha tomado como rehenes. Ha matado a la señora Underwood, creo que también al señor Vance.

—Desde luego que sí —añadí.

—¡Oh! —exclamó el señor Denver. Sarah Pásteme dejó escapar de nuevo una risita.

—¿Ted Jones? —llamó el director.

—Aquí estoy —respondió él.

Parecía un chico muy competente, desde luego, y al mismo tiempo algo distante; como un primer teniente que hubiera asistido a la universidad. Merecía la admiración de todos.

—¿Quién hay en el aula además de tú y Decker?

—Un momento —intervine—, pasaré lista. Espere.

Tomé la libreta verde de la señora Underwood y la abrí.

—Segundo semestre, ¿verdad?

—Sí —confirmó Corky.

—Bien, empecemos. ¿Irma Bates?

—¡Quiero irme a casa! —espetó Irma con tono desafiante.

—Presente —dije—. ¿Susan Brooks?

—Aquí.

—¿Nancy Caskin?

—Aquí.

Continué con el resto de la lista. Había veinticinco nombres; el único ausente era Peter Franklin.

—¿Le ha ocurrido algo a Peter Franklin? ¿Le has disparado? —preguntó el señor Denver con calma.

—Tiene el sarampión —explicó Don Lordi. La información provocó de nuevo la hilaridad de todos. Ted Jones frunció el entrecejo.

—¿Decker?

—¿Sí?

—¿Vas a dejarles salir?

—De momento no —contesté.

—¿Por qué?

En la voz del director se percibían una tremenda preocupación y un gran abatimiento. Por un instante casi sentí lástima por él, pero enseguida reprimí ese sentimiento. Era como participar en una gran partida de póquer. Imagina a un tipo que lleva toda la noche ganando mucho, que ha acumulado un montón de fichas y, de repente, empieza a perder, no un poco, sino mucho cada vez; uno querría compadecerse de él, pero ha de olvidar ese sentimiento y lanzarse a por él, o arriesgarse a una derrota completa. Por eso afirmé:

—Porque todavía no he terminado de armarla aquí abajo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que aquí seguiremos —respondí. Carol Granger abrió los ojos como platos.

—Decker...

—Llámame Charlie. Todos mis amigos me llaman Charlie.

—Decker...

Levanté una mano frente a toda la clase y crucé los dedos índice y corazón. Luego insistí:

—Si no me llama Charlie, dispararé a alguien. Una pausa.

—¿Charlie?

—Eso está mejor. —En la última fila, Mike Gavin y Dick Keene disimulaban una sonrisa. Otros no se molestaban en disimularlas—. Tú me llamas Charlie, y yo te llamaré Tom. ¿De acuerdo, Tom?

Una nueva pausa. Larga. Larguísima.

—¿Cuándo les dejarás salir, Charlie? Ellos no te han hecho nada.

En el exterior, uno de los tres coches de la policía municipal, blanco y negro, y otro vehículo azul de la policía del Estado habían aparcado en el arcén de la avenida más alegado del edificio. Jerry Kesserling, el jefe desde que Warren Talbot se había retirado al cementerio metodista local en 1975, empezó a dirigir el tráfico hacia la carretera de Oak Hill Pond.

—¿Me has oído, Charlie?

—Sí, pero no puedo decírtelo porque no lo sé. Supongo que hay más policías en camino, ¿verdad?

—Les ha llamado el señor Wolfe —explicó el señor Denver—. Supongo que vendrán muchísimos más cuando se enteren con todo detalle de lo que está sucediendo. Usarán gases lacrimógenos y todo eso. Dec... Charlie. ¿Por qué llegar a una situación tan difícil para ti y tus compañeros?

—¿Tom?

—¿Qué? —preguntó con tono quejoso.

—Saca tu flaco y apretado culo ahí fuera y diles que si alguien lanza gases lacrimógenos o algo parecido aquí dentro, haré que lo lamenten. Diles que recuerden quién manda ahora.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto? Su voz delataba irritación, impotencia y miedo. Parecía un hombre que acabara de descubrir que no tenía a nadie a quien cargar la responsabilidad de los hechos.

—No lo sé —dije—, pero seguro que esto supera tus cacerías de braguitas, Tom. Y no creo que en realidad te preocupe mucho. Sólo quiero que salgas ahí fuera y les comuniques lo que acabo de decirte. ¿Lo harás, Tom?

—No tengo alternativa, ¿verdad?

—Es cierto, no la tienes. Y algo más, Tom.

—¿Qué? —preguntó con voz vacilante.

—Como probablemente habrás advertido, Tom, no me caes muy bien, pero hasta ahora no has tenido que preocuparte de verdad por mis sentimientos. En este momento, en cambio, ya no soy un mero expediente en el archivo, Tom. ¿Lo entiendes bien? No soy un historial que puedes cerrar cuando termina la jornada laboral, ¿te enteras? —Mi voz se había alzado hasta convertirse en un grito—. ¿Te has enterado, Tom? ¿Has asimilado ese detalle?

—Sí, Charlie —replicó él, abrumado—, me he enterado.

—No, todavía no, Tom. Pero ya te enterarás. Antes de que termine el día, entenderemos qué diferencias existen entre las personas de carne y hueso y las hojas de papel de un expediente. Y las diferencias entre realizar tu trabajo y que te hagan una jugarreta. ¿Qué piensas de eso, Tommy?

—Creo que estás enfermo, Decker.

—No; creo que estás enfermo, Charlie. Querías decir eso, ¿verdad, Tom?

—Sí.

—Dilo.

—Creo que estás enfermo, Charlie. Era la voz maquinal y avergonzada de un niño de siete años.

—Tú también tienes que ayudar un poco a armarla, Tom. Ahora, sal ahí fuera y explícales lo que acabo de decirte.

Denver carraspeó como si se dispusiera a añadir algo más, pero un instante después el intercomunicador emitió un chasquido. Un leve murmullo se extendió por la clase. Observé los rostros de los estudiantes con atención. Sus miradas eran muy frías y algo indiferentes (la sorpresa a veces actúa así; de repente uno se ve lanzado al vacío, como un piloto de un cazabombardero expulsado de la cabina por su asiento eyector, y pasa de una vida aburrida que parece un sueño a participar en un suceso abrumador, sobrecargado de realidad, y el cerebro se niega a adaptarse a la nueva situación; lo único que cabe hacer es continuar en caída libre y confiar en que, tarde o temprano, se abrirá el paracaídas). Un recuerdo de la clase de gramática surgió en mi mente:

Maestra, maestra, toca la campana, mi lección te recitaré mañana, y cuando llegue el final del día, habré aprendido más de lo que debía.

Me pregunté qué estarían aprendiendo ese día, qué estaría aprendiendo yo. Habían empezado a llegar los autobuses escolares amarillos, y nuestros compañeros pronto se hallarían en sus casas, siguiendo la fiesta frente al televisor del salón o por los transistores de bolsillo; en cambio en el aula 16, la educación continuaba.

Di un golpe breve y seco sobre el escritorio con la empuñadura de la pistola. El murmullo cesó. Todos me miraban con la misma atención con que yo les había observado momentos antes. Juez y jurado. ¿O jurado y defensor? Sentí ganas de echarme a reír.

—Bueno —dije—, seguramente he puesto a Denver en su sitio. Creo que deberíamos charlar un poco.

—¿En privado? —preguntó George Yannik—. ¿Sólo nosotros y tú?

El muchacho tenía una expresión inteligente, vivaracha, y no parecía asustado.

—Sí.

—Entonces, será mejor que desconectes el intercomunicador.

—Eres un maldito bocazas —intervino Ted Jones.

George se volvió hacia él, dolido.

Se produjo un incómodo silencio mientras yo me ponía en pie y accionaba la pequeña palanca bajo el altavoz, pasándola de «hablar-escuchar» a «escuchar».

Tomé asiento de nuevo tras el escritorio e hice un gesto de asentimiento al tiempo que miraba a Ted.

—De todos modos ya había pensado en eso —mentí—. No deberías tomártelo así.

Ted no replicó, pero me dedicó una extraña sonrisa que me hizo pensar si estaba preguntándose cómo sabría mi carne.

—Está bien —dije a la clase en general—. Quizá estás loco, pero no dispararé contra nadie por discutir conmigo. Creedme, no temáis que os cierre la boca a tiros... siempre que no hablemos todos a la vez. —No parecía que ése fuera a ser el problema—. Tomemos el toro por los cuernos. ¿Hay alguien que piense en serio que en cualquier momento me levantaré y le mataré?

Unos pocos se mostraron un tanto intranquilos, pero nadie respondió.

—Está bien, porque no pienso hacerlo. Sencillamente nos quedaremos aquí sentados y les daremos un buen susto.

—Sí, claro. Seguro que la señora Underwood sólo se ha llevado un buen susto —repuso Ted. En sus labios aún se dibujaba aquella extraña son
risa.

—He tenido que hacerlo. Sé que es difícil de entender, pero... he tenido que hacerlo. Las cosas han salido así. Igual que con el señor Vance. Pero quiero que todos estéis tranquilos; nadie va a barrer esta clase a tiros, de modo que no tenéis de qué preocuparos.

Carol Granger levantó la mano tímidamente. Le hice un gesto con la cabeza. Era una chica lista como una ardilla. Delegada de la clase y candidata segura a pronunciar el discurso de fin de año en junio; «Nuestras responsabilidades para con la raza negra», o quizá «Esperanzas para el futuro». Ya se había inscrito en una de esas grandes universidades femeninas donde la gente siempre se pregunta cuántas vírgenes albergan sus aulas. Sin embargo, no por eso me caía mal.

—¿Cuándo podremos marcharnos, Charlie? Suspiré y me encogí de hombros.

—Tendremos que esperar a ver qué sucede.

—¡Pero mi madre estará muy asustada!

—¿Por qué? —intervino Sylvia Ragan—. Ya sabe dónde estás, ¿no?

Todos prorrumpieron en carcajadas, salvo Ted Jones, que no se reía. Yo debía vigilar a aquel muchacho, que seguía luciendo aquella sonrisa fiera. Era evidente que deseaba terminar de una vez con todo aquello. Pero ¿por qué? ¿Por una medalla al Mérito de la Prevención de la Locura? No parecía suficiente. ¿Para recibir la adulación de la comunidad en general? No parecía ése su estilo. El estilo de Ted era no destacar nunca demasiado. Era el único tipo, que yo supiera, que se había retirado del equipo de fútbol después de tres tardes de gloria en el campo durante su segundo año en la escuela. El redactor de deportes del periodicucho local le había descrito como el mejor delantero que había salido de la Escuela Secundaria de Placerville. Sin embargo, Ted se había retirado de pronto, sin dar la menor explicación. Resultaba muy sorprendente y más aún el hecho de que su popularidad no hubiera descendido un ápice. Al contrario, se había convertido en el chico ideal. Joe McKennedy, que había sufrido durante cuatro años e incluso se había roto la nariz jugando de extremo izquierdo, me había comentado que las únicas palabras de Ted cuando el abatido entrenador le pidió explicaciones por su abandono fueron que el fútbol le parecía un juego bastante estúpido y que estaba seguro de que encontraría un modo mejor de pasar el rato. Comprenderéis ahora

por qué le respetaba, pero maldita sea si sé por qué me odiaba de aquella manera tan personal. Quizá lo habría descubierto si hubiera reflexionado más profundamente sobre la cuestión, pero las cosas se sucedían con gran rapidez.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó de pronto Harmon Jackson.

—Creo que sí —respondí—. Según me han enseñado, todo el que mata a otro está loco.

—Bueno, quizá deberías entregarte —sugirió Harmon—. Y acudir a alguien que pudiera ayudarte. Ya sabes, un médico...

—¿Te refieres a uno como Grace? —intervino Sylvia—. ¡Dios mío, ese cerdo repugnante! Tuve que entrevistarme con él cuando arrojé aquel tintero a la vieja señora Green, y lo único que hizo fue mirarme de arriba abajo y preguntarme sobre mi vida sexual.

—No es que la hayas tenido... —replicó Pat Fitzgerald.

Todos rieron una vez más.

—Pero no es asunto tuyo, ni de él —repuso Sylvia desdeñosamente, al tiempo que arrojaba el cigarrillo al suelo y lo pisaba.

—Entonces ¿qué vamos a hacer?

—Armar una buena —contesté—. Nada más. Fuera, en el césped, acababa de aparecer un segundo coche de la policía municipal. Supuse que el tercero se habría detenido ante la cafetería para proveerse del vital cargamento de café y pastas. Denver hablaba con un agente estatal vestido con pantalones azules y cubierto con uno de esos sombreros casi téjanos que llevan habitualmente. A cierta distancia, en la avenida, Jerry Kesserling franqueaba la entrada a unos pocos coches a través de la barrera que impedía el paso; esos automóviles acudían a recoger a los alumnos que no habían tomado los autobuses. Cuando lo hubieron hecho, se alejaron apresuradamente. El señor Grace conversaba con un hombre trajeado que no reconocí. Los bomberos fumaban unos pitillos, esperando que alguien les ordenara apagar el incendio o volver al parque.

—¿Tiene esto algo que ver con lo que hiciste a Carlson? —preguntó Corky.

—¿Cómo voy a saber con qué tiene que ver? —repliqué, irritado—. Si supiera qué me ha impulsado a esto, probablemente no lo habría hecho.

—Es por tus padres —intervino de pronto Su-san Brooks—. Debe de haber sido por tus padres.

Ted Jones soltó un ruido grosero.

Me volví hacia Susan, sorprendido. Susan Brooks era una de esas chicas que nunca hablan a menos que les pregunten, esas a quienes los profesores siempre tienen que pedir que hablen más alto, por favor; una muchacha muy estudiosa, seria y bastante bonita, aunque no demasiado inteligente, de esas a quienes no les permiten abandonar los estudios normales por una carrera de secretariado porque alguno de sus hermanos o hermanas mayores fue un estudiante brillante y los profesores esperan lo mismo de ella. En fin, una de esas chicas que sostienen el extremo sucio del palo con toda la gracia y los buenos modales de que son capaces. Generalmente se casan con un camionero y se trasladan a la costa Oeste, donde regentan restaurantes con mostradores de fórmica y escriben a los viejos amigos del este con la menor frecuencia posible. Se organizan una vida tranquila y feliz y se vuelven más bonitas cuanto más le)os va quedando la sombra de esos hermanos mayores tan brillantes.

—Mis padres... —dije, paladeando las palabras.

Me pasó por la cabeza contarles que había salido de caza con mi padre cuando tenía nueve años. «Mi expedición de caza», por Charles Decker; subtítulo: «O cómo oí a mi padre explicar el asunto de las narices de las cherokees.» Demasiado repugnante.

Eché un vistazo a Ted Jones y el aroma penetrante a tierra me llenó la nariz. Su rostro exhibía una expresión furiosa y un tanto burlona, como si alguien le hubiera metido un limón entero en la boca y luego le hubiera juntado las mandíbulas por la fuerza; como si alguien

Librodot

hubiera soltado una carga de profundidad en su cerebro y hubiese provocado en algún viejo barco hundido una prolongada y siniestra vibración psíquica.

—Eso afirman todos los libros de psicología —continuaba diciendo Susan, despreocupada y ajena a mis pensamientos—. De hecho...

De pronto, se dio cuenta de que estaba hablando (con un tono de voz normal, y en clase) y enmudeció al instante. Llevaba una blusa de color jade pálido, y los tirantes del sujetador se transparentaban como rayas de tiza medio borradas.

—Mis padres... —repetí, y volví a interrumpirme.

Recordé de nuevo la expedición de caza, pero esta vez me acordé de algo más; había despertado y visto moverse las ramas sobre la tensa pared de lona de la tienda de campaña. (¿Estaba tensa esa lona? Seguro que sí, pues mi padre se había encargado de montarla, y todo cuanto él hacía era tenso; jamás una cuerda sin tensar, jamás un tornillo sin apretar.) Sí, había visto moverse las ramas y sentido la urgente necesidad de orinar. Me sentí de nuevo como un niño pequeño... y recordé otra cosa que había sucedido hacía mucho tiempo. No había hablado de ello con el señor Grace. Ahora estaba metido en un buen lío... además estaba Ted. A Ted no le importaba para nada todo aquello, o tal vez sí le importaba. Quizá Ted todavía podía ser... ayudado. Sospeché que era demasiado tarde para mí, pero ¿no dicen que aprender es bueno? Claro.

En el exterior no sucedía gran cosa. Acababa de llegar el último coche de la policía municipal y, tal como esperaba, procedían al reparto de cafés y pastas. Era momento de contar una historia.

—Mis padres... —empecé.

Librodot

14

Mis padres se conocieron en un banquete de bodas y, aunque quizá no tenga relación con nada —salvo que uno crea en los presagios—, la mujer que ese día se casaba murió quemada apenas un año después. Se llamaba Jessie Decker Hannaford, y había compartido habitación con mi madre en la Universidad de Maine, donde ambas estudiaban ciencias políticas. Al parecer los hechos sucedieron del siguiente modo: el marido de Jessie había salido para asistir a una reunión en la ciudad, y ella, que se hallaba en el baño tomando una ducha, resbaló, recibió un golpe en la cabeza y quedó sin sentido; en la cocina un paño de secar platos cayó sobre un fogón encendido, y la casa ardió en un santiamén. Fue una suerte que Jessie no sufriera, ¿verdad?

De modo que lo único bueno de aquella boda fue el encuentro de mi madre con el hermano de Jessie Decker Hannaford. El era alférez de navío. Después del banquete, preguntó a mi madre si le gustaría ir a bailar, y ella aceptó. Salieron juntos durante seis meses antes de casarse. Yo nací catorce meses después y he echado las cuentas muchas veces. Según mis cálculos, fui concebido poco antes o poco después de que la hermana de mi padre ardiera viva con su gorrito de ducha. Había sido la dama de honor de mi madre. He repasado todas las fotos de la boda y, por muchas veces que lo haya hecho, siempre me producen una sensación extraña. Ahí está Jessie llevando la cola del traje nupcial. Jessie y su marido, Brian Hannaford, sonriendo en segundo plano mientras papá y mamá cortan el pastel. Jessie bailando con el cura. Y todas las fotografías fueron tomadas cinco meses antes del incidente de la ducha y el paño de cocina sobre el fogón encendido. Ojalá pudiera colarme en esas fotos en color y acercarme a ella para decirle: «No llegarás a ser mi tía Jessie a menos que no tomes una ducha en ausencia de tu marido. Ten cuidado, tía Jessie.» Pero es imposible retroceder en el tiempo. Por falta de herradura, se perdió el caballo, y eso es todo.

El caso es que nací, y eso es todo. Fui hijo único, pues mi madre no quiso tener más. Es una mujer muy intelectual; lee novelas inglesas de misterio, pero nunca de Agatha Christie —prefiere las de Víctor Canning y Hammond Innes—, además de revistas como *The Manchester Guardián, Monocle* y *The New York Review of Books.* Mi padre, que continuó en la marina y terminó en el servicio de reclutamiento, representa mejor el tipo auténticamente norteamericano. Le gustan los Detroit Tigers y los Detroit Redwings, y se puso una cinta de luto en el brazo el día en que murió Vince Lombardi. No miento. Y lee esas novelas de Richard Stark sobre Parker, el ladrón. Eso siempre divertía mucho a mi madre, hasta que un día no pudo más y le contó que Richard Stark era en realidad Donald Westlake, que escribe novelas de misterio muy curiosas con su nombre real. Mi padre hojeó una, y no le gustó en absoluto. Desde entonces actuó como si WestIake/Stark fuera su perro faldero favorito que una noche se había vuelto contra él y había intentado morderle en el cuello.

Mi primer recuerdo de infancia es que desperté en plena noche y pensé que estaba muerto hasta que vi las sombras moverse en las paredes y el techo, pues había un gran olmo frente a mi ventana y el viento agitaba sus ramas. Aquella noche en concreto —la primera de que tengo recuerdo— debía haber luna llena («luna de cazadores» la llaman, ¿verdad?), porque las paredes estaban bañadas en luz y las sombras eran muy oscuras. Las sombras de las ramas semejaban grandes dedos que se movían. Ahora, al evocar aquello, me parecen dedos de cadáveres, pero entonces no podía haber pensado algo así, ya que sólo tenía tres años. Un niño tan pequeño ni siquiera sabe qué es un cadáver.

Algo se acercaba. Lo oía al otro extremo del pasillo. Algo terrible se acercaba. Venía a por mí entre las sombras. Lo oía, crujiendo y crujiendo y crujiendo.

No podía moverme. Quizá no quería moverme. No me acuerdo de eso. Seguí tendido, observando los tres dedos que se movían en la pared y el techo, y a la espera de que la Cosa

Librodot

Que Crujía llegara hasta mi habitación y abriera la puerta.

Mucho tiempo después —quizá transcurrió una hora, quizá sólo unos segundos— comprendí que, después de todo, la Cosa Que Crujía no venía a por mí. O al menos todavía no. Iba a por papá y mamá, cuya habitación se hallaba al otro extremo del pasillo. La Cosa Que Crujía se encontraba en el dormitorio de papá y mamá.

Permanecí acostado, contemplando los dedos arbóreos, y agucé el oído. Ahora todo parece confuso y lejano, como debe verse una ciudad desde la cima de una montaña cuando el aire está enrarecido, pero muy real al mismo tiempo. Recuerdo que el viento susurraba contra el cristal de la ventana de mi dormitorio. Y recuerdo la Cosa Que Crujía.

Recuerdo que mucho después oí la voz de mi madre, jadeante e irritada, y un poco asustada: «Basta ya. Cari.» De nuevo el crujido. Furtivo. «¡Basta!»

Un murmullo de mi padre.

Y mi madre: «¡No me importa! ¡Me da igual si tú no! ¡Estate quieto y déjame dormir!»

Entonces lo supe y volví a dormirme. La Cosa Que Crujía era mi padre.

15

Nadie dijo nada. Algunos no habían entendido el sentido de mis palabras, si acaso lo tenían; no estaba seguro de que así fuera. Todos seguían mirándome con expectación, como si esperaran una última frase que convirtiera la historia en un buen chiste.

Otros se miraban las manos, evidentemente azorados. En cambio Susan Brooks se mostraba radiante y satisfecha. Era magnífico verla. Me sentí como un agricultor que extiende excrementos y cosecha maíz.

Nadie hablaba. El reloj zumbaba con vaga determinación. Bajé la vista hacia la señora Underwood, que tenía los ojos entreabiertos, helados, viscosos. No parecía más importante que una marmota que cierta vez había matado de un disparo con un arma de mi padre. Una mosca se limpiaba las patas sobre el antebrazo de la mujer. La escena me resultó un poco desagradable, y espanté al insecto.

En el exterior, habían llegado cuatro coches policiales más. Otros vehículos estaban estacionados en la carretera, más allá de la barrera policial. Se había congregado una gran multitud. Volví a sentarme, me restregué una mejilla con la mano y observé a Ted. Él levantó los puños hasta la altura de los hombros y, sonriendo, se apretó las manos para hacer crujir los dedos corazón de ambas.

No dijo nada, pero movió los labios, y en ellos leí: «Mierda.»

Nadie se enteró de lo que había sucedido, salvo él y yo. Ted parecía a punto de decir algo en voz alta, pero yo preferí mantener el asunto entre nosotros un rato más. Abrí la boca y comencé a hablar de nuevo.

16

Por lo que recuerdo, mi padre me ha odiado siempre.

Esta es una afirmación que todo el mundo hace, y sé que suena falsa. Parece formulada por una persona malhumorada y fantasiosa. Es la clase de arma que siempre utiliza un muchacho cuando su padre no le deja el coche para la importante cita en el cine al aire libre con Peggy Sue, o cuando le advierte que le molerá a palos si suspende el examen de historia universal por segunda vez consecutiva. En estos tiempos luminosos en que todo el mundo considera que la psicología es un don divino para la pobre raza humana y su fijación anal, y en que hasta el presidente de Estados Unidos se toma un tranquilizante antes de la cena, constituye una manera magnífica de liberarse de todos esos sentimientos de culpabilidad del Viejo Testamento que le suben a uno a la garganta como el regusto de una mala comida de que hemos abusado. Si afirmas que tu padre te odiaba cuando eras pequeño, puedes salir y escandalizar al barrio, violar a una chica o quemar el bingo de la esquina y, después, pedir clemencia.

Sin embargo nadie te creerá aunque sea verdad. Eres como el chico que exclamaba: «¡Que viene el lobo!» Y en mi caso es cierto. Bueno, no resulta nada sorprendente después de lo sucedido con Carlson. No creo siquiera que mi padre lo supiera hasta entonces. Aunque se pudiera ahondar en sus motivos, probablemente diría, como mucho, que me odiaba por mi propio bien.

Tiempo de metáfora en el viejo corral; para papá la vida era como un valioso coche antiguo. Por ser precioso e irreemplazable, lo mantienes inmaculado y en perfecto estado. Una vez al año lo presentas en la Exposición de Coches Antiguos de la localidad. Jamás permites que la mínima gota de grasa ensucie la gasolina, que el menor resto de tierra se cuele en el carburador, que se afloje un pequeño tornillo del eje propulsor. Debe ser revisado y engrasado cada mil quinientos kilómetros, y encerado cada domingo, antes del partido transmitido por televisión. El lema de mi padre reza:
«Mantenlo tenso, mantenido a punto.» Si un pájaro se caga en el parabrisas, se limpia antes de que pueda secarse.

Esa era la vida de papá, y yo era la cagada de pájaro en el parabrisas.

Papá era un tipo grande y callado, de cabello muy rubio, rostro que se encendía con facilidad y facciones que guardaban una remota —pero no desagradable— semejanza con las de un simio. En verano siempre parecía enfadado, con la cara roja por el sol y una expresión beligerante en los ojos. Cuando yo tenía diez años, le trasladaron a Boston, y sólo le veía los fines de semana; anteriormente había estado destacado en Portland y, por lo que a mí se refería, era como cualquier padre con un trabajo de nueve a cinco, con la diferencia de que su camisa era caqui en lugar de blanca, y la corbata era siempre negra.

En la Biblia se afirma que los pecados de los padres recaen sobre los hijos, y quizá sea verdad. Pero puedo añadir que también cayeron sobre mí los pecados de los hijos de otros padres.

A papá le resultaba muy duro ser jefe de reclutamiento, y muchas veces he pensado que habría sido mucho más feliz estando destacado en el mar..., por no hablar de lo feliz que habría sido yo. Para él era como ver valiosos coches antiguos destrozados y oxidados, llenos de fango y abolladuras. Reclutaba a Romeos de escuela secundaria que dejaban tras de sí a Julietas embarazadas. Reclutaba a hombres que ignoraban dónde se metían y otros que sólo sabían de qué huían. Reclutaba a jóvenes hoscos que se veían obligados a escoger entre una reclusión en la marina o una reclusión en el correccional de South Portland. Admitía a asustados contables que habían sido calificados aptos y que hubieran hecho cualquier cosa para no

tener que vérselas con los chinos en Vietnam, que precisamente por aquel entonces empezaban su largo menú especial de pene de soldadito norteamericano en salmuera. Y admitía a los expulsados de las escuelas, muchachos de mandíbulas siempre abiertas que debían ser entrenados antes de que supieran escribir sus propios nombres y que tenían un cociente intelectual similar a su talla de casco.

Y allí estaba yo, en la casa, con algunas características aún por desarrollar atribuibles a todo lo anterior. Menudo reto para él. Y debéis saber que no me odiaba sólo por estar allí, sino sobre todo porque no se hallaba a la altura del desafío. Quizá lo habría estado si yo no hubiese sido más el niño de mi mamá que el de mi papá, y si mi madre y yo no lo hubiéramos sabido muy bien. Mi padre me llamaba «el niño de mamá», y quizá lo era.

Un día de otoño de 1962 se me ocurrió arrojar piedras contra las sobrevidrieras que papá se disponía a colocar. Era un sábado, a principios de octubre, y papá se dedicaba a la tarea igual que se entregaba a todo, con una precisión metódica que excluía cualquier posibilidad de error o despilfarro.

Primero las sacó del garaje (habían sido pintadas la primavera anterior, de verde, a juego con los marcos) y las apoyó meticulosamente contra las paredes de la casa, cada una junto a la ventana correspondiente. Le recuerdo, alto y bronceado, con su aspecto enfurruñado bajo el tibio sol de octubre, bajo el aire puro de octubre, tan frío como los besos. Octubre es un mes magnífico.

Yo estaba sentado en el último peldaño de la escalera del porche delantero, sin armar alboroto, contemplándole. De vez en cuando un coche pasaba ante la casa, subiendo por la carretera en dirección a Winsor o bajando hacia Harlow o Freeport. Mamá estaba dentro, interpretando al piano una pieza menor, de Bach, creo. Todo lo que tocaba mamá solía sonar a Bach. El viento soplaba a rachas, ora trayendo la música hacia mis oídos, ora llevándola en otra dirección. Cada vez que escucho esa pieza recuerdo ese día. Fuga de Bach para sobrevidrieras en la menor.

Continué sentado, silencioso. Pasó un Ford de 1956 con matrícula de otro estado. Probablemente había venido para cazar perdices y faisanes. Un tordo se posó al pie del olmo que arrojaba sombra;- obre las paredes de mi dormitorio por las noches y picoteó entre las hojas caídas en busca de un gusano. Mi madre seguía tocando; la mano derecha ejecutaba la melodía mientras la izquierda marcaba el contrapunto. Mamá interpretaba magníficos *boogiewoogies* cuando le apetecía, lo que no era a menudo. No le gustaban-,.y probablemente daba igual. Incluso sus *boogies* sonaban como si los hubiera compuesto Bach.

De repente se me ocurrió que sería maravilloso romper todas aquellas contravidrieras; una tras otra, primero los cristales superiores, luego los inferiores.

Pensaréis que se trataba de un acto de venganza, consciente o inconsciente, un modo de rebelarme contra el orden y la limpieza impuestos por mi padre, su «todos a fregar la cubierta», pero lo cierto es que no recuerdo haber asociado a mi padre con esa imagen en concreto. El día era claro y hermoso. Yo tenía cuatro años. Era un espléndido día de octubre para romper ventanas.

Me levanté, caminé hasta el borde del camino y empecé a recoger piedras. Llené los bolsillos delanteros de mi pantalón corto hasta que debió parecer que llevaba en ellos huevos de avestruz. Pasó otro coche, y lo saludé agitando la mano. El conductor me respondió. A su lado iba una mujer con un bebé en brazos.

Atravesé el césped, saqué una piedra del bolsillo y la arrojé con toda la fuerza posible contra la sobrevidriera colocada junto a la ventana del salón. Fallé. Saqué otra piedra y esta vez me coloqué mucho más cerca de mi objetivo. Un ligero escalofrío cruzó mi mente, perturbando mis pensamientos por un instante. No podía fallar. Y no lo hice.

Rodeé la casa rompiendo contravidrieras. A la del salón siguió la de la sala de música;

cuando hube roto ésta, me acerqué para ver a mamá, que continuaba tocando el piano. Llevaba unas braguitas azules, nada más. Al advertir que la observaba, dio un leve brinco y se equivocó de nota;
luego me dedicó una gran sonrisa cargada de dulzura v siguió tocando. Ya veis; ni siquiera me había oído romper el cristal.

En cierto modo resultaba curioso: no tenía la menor sensación de estar haciendo algo malo, sino sólo algo divertido. La percepción selectiva de los niños es algo muy extraño; si las sobrevidrieras hubieran estado colocadas, jamás se me habría ocurrido romperlas.

Estaba observando la última contraventana, la del taller, cuando una mano se posó en mi hombro y me obligó a dar la vuelta. Era mi padre. Estaba furioso. Jamás le había visto tan encolerizado. Tenía los ojos como platos y se mordía la lengua como si sufriera un ataque. Me asustó tanto que eché a llorar. Era como si tu madre se sentara a la mesa para desayunar con una máscara de bruja puesta.

—¡Diablo de niño!

Me asió por los tobillos con la mano derecha

mientras con la otra me apretaba el brazo izquierdo contra el pecho, y me arrojó al suelo con toda

la fuerza de que era capaz. Quedé tendido, sin aliento, contemplando cómo la alarma y el arrepentimiento aparecían en su rostro y disolvían el estallido de furia. Yo era incapaz de hablar y llorar; notaba un intenso dolor en el pecho y el bajo vientre.

—No quería hacerlo —dijo, arrodillándose junto a mí—. ¿Estás bien? ¿Estás bien, Chuck?

«Chuck» era como me llamaba cuando jugábamos a pelota en el patio trasero.

Mis pulmones se agitaron en un jadeo espasmódico y vacilante. Abrí la boca y solté un fuerte grito. El sonido me asustó, y el siguiente grito fue aún más potente. Las lágrimas convirtieron todo en prismas. El sonido del piano se interrumpió.

—No deberías haber roto esas ventanas —dijo mi padre. La furia reemplazaba de nuevo a la alarma—. Ahora, cállate. Pórtate como un hombrecito, por el amor de Dios.

Me agarró de nuevo para ponerme en pie con gesto rudo en el mismo instante en que mi madre aparecía corriendo por la esquina de la casa, todavía cubierta sólo con las braguitas.

—Ha roto todas las contravidrieras —explicó mi padre—. Y ponte algo encima.

—¿Qué sucede? —exclamó ella—. ¡Oh, Charlie! ¿Te has cortado? ¿Dónde? ¡Enséñame dónde!

—No se ha cortado —aseguró papá con voz disgustada—. Tiene miedo de recibir una buena paliza. Y tiene razones para temerlo.

Corrí junto a mi madre y apreté mi rostro contra su vientre, percibiendo la suave y reconfortante seda de sus braguitas y aspirando su aroma dulzón. Notaba la cabeza hinchada y carnosa, como un nabo. Mi voz se había transformado en un entrecortado rebuzno. Cerré los ojos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Una paliza? ¡Si está morado! Como le hayas hecho daño. Cari...

—¡Por el amor de Dios! ¡Empezó a llorar en cuanto me vio aparecer!

Las voces llegaban a mí desde arriba, como declaraciones amplificadas de las cimas de las montañas.

—Viene un coche —anunció papá— Entra a casa, Rita.

—Ven, cariño —dijo mi madre—. mamá. Sonríe a mama. Una sonrisa grande.

Me apartó de su vientre y me enjugó las lágrimas de las mejillas. ¿Alguna vez os ha secado las lágrimas vuestra madre? En eso los poetas mediocres tienen razón; es una de las grandes experiencias de la vida, junto con el primer partido de fútbol y el primer sueño

húmedo.

—Eso es, cariño. Papá no quería hacerte daño.

—Eran Sam Castinguay y su mujer —afirmó mi padre—. Ahora les has dado carnaza para sus chismorrees. Espero que...

—Vamos, Charlie —murmuró mi madre, asiéndome la mano—. Tomaremos un tazón de chocolate en la salita de costura.

—¡Una mierda, tomará! —replicó mi padre, lacónicamente. Me volví para mirarle. Con los puños cerrados con fuerza, permanecía inmóvil frente a la única contravidriera que había salvado—.

Cuando le haya propinado la paliza que se mere-ce, sólo tendrá ganas de vomitar.

—Tú no vas a dar una paliza a nadie —repuso mi madre—. Ya le has dejado medio muerto del susto...

Al instante papá se acercó a ella y, sin preocuparse ya de sus braguitas, Sam o su esposa, la agarró por el hombro y señaló la sobrevidriera de la cocina, hecha añicos.

—¡Mira! ¡Fíjate! ¡El pequeño diablo se ha dedicado a hacer eso, y tú le ofreces chocolate! ¡Ya no es un bebé, Rita! ¡Es hora de que dejes de darle el pecho!

Yo me agarré a la cintura de mamá, quien apartó el hombro de la mano que la agarraba. Por un instante aparecieron en su piel unas marcas blancas que, de inmediato, se tornaron encarnadas.

—Entra en casa —dijo mamá con voz tranquila—. Estás portándote como un estúpido, Cari.

—Voy a...

—¡No me digas qué vas a hacer! —espetó ella repentinamente. Mi padre titubeó—. ¡Ve dentro! ¡Ya has causado suficiente daño! ¡Entra en casa o ve a buscar a alguno de tus amigos y toma una copa! ¡Ve a donde te parezca! ¡Pero sal de mi vista!

—Hay que castigarle —afirmó mi padre reposadamente—. ¿Alguien te enseñó esa palabra en la universidad, o estaban demasiado ocupados llenándote la cabeza con toda esa basura liberal? La próxima vez romperá algo más valioso que unas contravidrieras. Y dentro de poco te romperá el corazón. Destrucción desenfrenada...

—¡Lárgate!

Eché a llorar otra vez y me aparté de ambos. Por un instante quedé entre los dos, tambaleándome. Luego, mi madre me tomó en brazos, diciendo:

—Está bien, cariño.

Mientras tanto yo observaba a mi padre, que había dado media vuelta y se alejaba a grandes zancadas, como un chiquillo enfurruñado. No fue hasta entonces, hasta que hube apreciado con qué dominio y asombrosa facilidad le había despachado mi madre, cuando empecé a atreverme a devolver a mi padre el odio que mostraba hacia mí.

Mientras mamá y yo compartíamos un tazón de chocolate en la salita de costura, le conté cómo mi padre me había arrojado al suelo. Le expliqué que papá había mentido.

Aquello hizo que me sintiera fuerte, estupendo.

17

—¿Qué sucedió luego? —preguntó Susan Brooks casi sin aliento.

—No gran cosa —respondí—. El asunto quedó olvidado.

Tras haberlo contado, en cierto modo me sorprendió que el suceso no hubiera salido de mi boca hasta entonces. Una vez conocí a un niño, Herk Orville, que se comió un ratón. Yo le reté a que lo hiciera, y él lo tragó. Crudo. Era un pequeño ratón de campo, y cuando lo encontramos no pareció tener herida alguna; quizá sencillamente había muerto de viejo. La madre de Herk estaba tendiendo la ropa mientras jugábamos sentados en la tierra junto al porche posterior. Por casualidad se volvió para mirarnos en el instante en que el ratón se colaba en la boca de Herk, con la cabeza por delante.

La mujer lanzó un grito —¡qué susto puede llevarse uno cuando un adulto lanza un grito!—, echó a correr y metió un dedo a su hijo hasta el fondo de la garganta. Herk vomitó el ratón, la hamburguesa que había tomado para almorzar y una masa pastosa que parecía sopa de tomate. Mi amigo apenas había empezado a preguntar a su madre qué sucedía cuando fue ella quien devolvió. Y allí, entre tanto vómito, el ratón muerto casi parecía un bocado sabroso. Comencé a relatar esa historia a la clase, pero luego consideré que sólo les produciría asco e inquietud, como el tema de los cherokees y las narices de sus mujeres.

—Papá estuvo castigado durante unos días. Nada más. No hubo divorcio ni nada por el estilo.

Carol Granger se disponía a decir algo cuando Ted se puso en pie. Tenía la cara pálida como la nata, salvo por dos círculos encarnados en ambos pómulos. Sonreía. ¿He comentado ya que llevaba un corte de pelo pasado de moda, con fijador? Ted se lanzó a la acción. En la fracción de segundo que tardó en levantarse, tuve la impresión de que el fantasma de James Deán se levantaba, y el corazón me dio un vuelco.

—Voy a quitarte de una vez esa arma, basura —afirmó sonriendo. Tenía una dentadura blanca y perfecta.

Me esforcé para hablar con voz tranquila y creo que lo conseguí.

—Siéntate, Ted.

El muchacho no avanzó, y advertí cuánto le costaba contenerse.

—Me pone enfermo que intentes echar la culpa de todo esto a tus compañeros, ¿sabes?

—¿Acaso he dicho que fuera a...?

—¡Calla! —exclamó con voz aguda, estridente—. ¡Ya has matado a dos personas!

—Eres un chico muy observador —murmuré.

Ted hizo un movimiento nervioso con las manos, apretándolas a la altura de las caderas, y comprendí que mentalmente acababa de agarrarme con la intención de acabar conmigo.

—Deja esa arma, Charlie —insistió, siempre sonriendo—. Deja esa pistola y pelea con los puños.

—¿Por qué te retiraste del equipo de fútbol? —pregunté entonces con tono amistoso.

Resultaba difícil mostrarse amistoso, pero dio resultado. Se mostró sorprendido, repentinamente inseguro, como si nadie salvo el entrenador del equipo se hubiera atrevido nunca a preguntarle aquello. De pronto pareció darse cuenta de que era el único de la clase que se hallaba de pie. Era como cuando un tipo advierte que lleva la bragueta abierta e intenta encontrar un modo de subirla sin que se note o cerrarla con naturalidad, como si fuera un acto divino.

—No te importa —respondió—. Deja esa pistola.

Sus palabras sonaban absolutamente melodramáticas, falsas, y él lo sabía.

—¿Tenías miedo por tus pelotas? ¿Temías estropearte esa carita? ¿Era eso?

Irma Bates respiró hondo. Sylvia, en cambio, observaba la escena con cierto interés depredador.

Ted murmuró algo y, de pronto, volvió a sentarse. Al fondo del aula alguien sofocó una risita. Siempre me he preguntado quién fue. ¿Dick Keene? ¿Harmon Jackson?

Observé sus rostros, y lo que encontré en ellos me sorprendió, incluso podría decirse que me con-mocionó, porque percibí placer en ellos. Se había producido un enfrentamiento, un intercambio de disparos verbal, por así decirlo, y yo había ganado. ¿Por qué les alegró tanto que así fuera? Es como uno de esos pasatiempos que aparecen en el suplemento dominical del periódico: «¿Por qué se ríe esa gente? Solución en la página 41.» Pero yo no tenía ninguna página 41 a mi disposición.

Y es importante saberlo, ¿entendéis? He dado vueltas y vueltas al asunto, he reflexionado sobre ello con todo el cerebro que me queda, y no he encontrado la respuesta. Quizá se debía al propio Ted, tan guapo y valiente, tan lleno de ese machis-mo natural que mantiene las guerras bien provistas de combatientes. Por tanto se trataba de simple envidia, de puros celos. Era la necesidad de ver a alguien al mismo nivel que ellos, haciendo gárgaras en el mismo coro de escaladores sociales, parafraseando a Dylan. Quítate la máscara, Ted, y siéntate como el resto de nosotros, los chicos del montón.

Ted seguía mirándome, y comprendí perfectamente que estaba casi intacto. Tal vez la próxima vez no sería tan directo. Quizá la próxima vez intentaría atacarme por el flanco.

Tal vez sólo era el espíritu gregario. Atacar al individuo.

Pero no lo creí así entonces, ni lo creo ahora, aunque eso explicaría muchas cosas. No, el sutil cambio en la balanza no podía explicarse simplemente como un rugido de emoción de la masa. Las multitudes siempre arremeten contra el extraño, el diferente. Pero el extraño era yo, no Ted. Ted era todo lo contrario, el chico que cualquiera estaría orgulloso de tener en la habitación de juegos con su hija. No, se trataba de algo relacionado con Ted, no con los demás. Tenía que ser algo relacionado con Ted. Empecé a notar unos extraños tentáculos de excitación en el vientre, semejantes a los que debe de sentir un coleccionista de mariposas al ver un ejemplar raro revolotear sobre unos arbustos.

—Yo sé por qué Ted dejó el equipo —dijo una voz furtiva.

Recorrí la clase con la mirada. Era Pocilga. Ted dio un brinco al oír la voz. Empezaba a mostrarse un tanto abatido.

—Pues cuéntalo —repliqué.

—Si abres la boca, te mato —murmuró Ted con premeditada lentitud mientras volvía hacia Pocilga su rostro con la extraña sonrisa.

Pocilga parpadeó, aterrorizado, y se humedeció los labios con la lengua, indeciso. Probablemente era la primera vez en la vida que tenía el hacha en la mano, y no sabía si atreverse a descargarla. Naturalmente casi todos en la clase sospechábamos cómo había conseguido Pocilga aquella información. La señora Daño, que pasaba la vida visitando bazares, revolviendo tiendas y asistiendo a iglesias y cenas escolares, poseía el más agudo olfato de Gates Falls para los cotillees. Yo presumía además que la señora Daño tenía el récord de escuchas telefónicas clandestinas por las líneas compartidas por varios abonados. Era una mujer capaz de sacar los trapos sucios de cualquiera antes de que alguien tuviera tiempo de decir: «¿Te has enterado de lo último de Sam Delacorte?»

—Yo... —empezó a decir Pocilga. Y apartó la vista de Ted cuando éste apretó los puños en un gesto de impotencia.

—Vamos, cuenta —intervino Sylvia Ragan—. No dejes que el chico de oro te asuste.

Pocilga le dirigió una sonrisa temblorosa y luego explicó apresuradamente:

—La señora Jones es alcohólica y se recluyó en un sanatorio para desintoxicarse. Ted tuvo que ayudar entonces en la casa.

Se produjo un silencio.

—Te mataré, Pocilga —masculló Ted, poniéndose en pie.

Tenía la cara tan pálida como la de un cadáver.

—Vaya, eso no resulta nada agradable —comenté—. Y ya lo dijiste antes. Siéntate.

Ted me dirigió una mirada feroz, y creí que iba a abalanzarse sobre mí. Si lo hubiera hecho, le habría matado. Quizá lo adivinó en la expresión de mi rostro. Siguió sentado.

—Bien —continué—, por fin ha salido el fantasma del armario. ¿Dónde realiza la desintoxicación, Ted?

—Calla —replicó éste con voz apagada. Un mechón engominado le caía sobre la frente. Era la primera vez que le veía tan despeinado.

—¡Ah!, ya ha salido —explicó Pocilga, al tiempo que ofrecía a Ted una sonrisa indulgente.

—Has dicho que matarías a Pocilga —comenté, pensativo.

—Lo haré —murmuró Ted. Tenía los ojos enrojecidos y coléricos.

—En tal caso podrás echar la culpa a tus padres—observé con una sonrisa—. ¿No sería un alivio?

Ted tenía las manos aferradas al pupitre. Las cosas no se desarrollaban a su gusto. Harmon Jackson mostraba una sonrisa aviesa; quizá tenía alguna vieja cuenta pendiente con Ted.

—¿Fue tu padre quien la llevó al sanatorio?
—pregunté, de nuevo con tono amigable—. ¿Cómo empezó todo? ¿Llegaba siempre tarde a casa? ¿La cena quemada y todo eso? ¿Tomaba un trago al jerez de cocinar al principio? ¿Fue así?

—Le mataré —susurró una vez más. Estaba pinchándole —pinchándole hasta el límite— y nadie me pedía que le dejara en paz. Era increíble. Todos observaban a Ted con una especie de turbio interés, como si hubieran esperado desde el primer momento que escondiera algún asunto sórdido tras aquella fachada.

—Debe de ser duro estar casada con un banquero poderoso —añadí—. Míralo de este modo;
probablemente tu madre no se percataba de que estaba dándole tanto a la bebida. El alcohol puede dominar a cualquiera. Y no es culpa de nadie, ¿o sí?

—¡Basta! —espetó Ted.

—Fíjate, allí estaba, justo ante tus narices, pero poco a poco quedó fuera de control, ¿me equivoco? Bastante desagradable, ¿no? ¿De verdad perdió el control, Ted? Cuéntanoslo. Desahógate. ¿Iba acaso dando tumbos por la casa?

—¡Basta! ¡Basta!

—¿Se sentaba borracha frente al televisor? ¿Veía bichos en los rincones? ¿O se contenía y no decía nada? ¿Veía bichos? ¿Los veía? ¿Se salía de sus casillas?

—¡Sí, era muy desagradable! —bramó de pronto Ted frente a mí, echando espumarajos por la boca—. ¡Casi tan desagradable como tú, asesino! ¡Asesino!

—¿Le escribías al sanatorio? —pregunté con calma.

—¿Por qué iba a hacerlo? —replicó con furia—. ¿Por qué iba a escribirle? Ella se lo buscó.

—Y tú no pudiste seguir jugando a fútbol.

—¡Cerda borracha! —exclamó Ted Jones. Carol Granger dejó escapar un suspiro, y el embrujo se rompió. Los ojos de Ted parecieron serenarse un poco. Desapareció de ellos la luz roja, y Ted se dio cuenta de lo que había dicho.

—Me las pagarás por esto, Charlie —masculló.

—Quizá. Tal vez tendrás tu oportunidad. —Sonreí—. Una cerda borracha como madre. Desde luego suena muy desagradable, Ted.

El continuó sentado, mirándome.

El enfrentamiento había terminado. Pudimos, al fin, centrar nuestra atención en otros asuntos, por lo menos de momento. Tuve la sensación de que quizá volveríamos a hablar de Ted. O de que éste volvería a saltar contra mí.

En el exterior la gente se movía de un lado para otro, inquieta.

El reloj emitió un zumbido.

Nadie pronunció palabra durante un largo rato, o durante lo que nos pareció a todos un largo rato. Había muchas cosas en que pensar.

18

Sylvia Ragan rompió finalmente el silencio. Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada estentórea y prolongada. Varios chicos, entre ellos yo, dimos un brinco. Ted Jones no; seguía absorto en sus pensamientos.

—¿Sabéis qué me gustaría hacer cuando todo esto haya terminado? —preguntó.

—¿Qué? —dijo Pocilga. Pareció sorprenderse de haber hablado de nuevo.

Sandra Cross me observaba con expresión muy sena. Tenía los tobillos cruzados como hacen las buenas chicas cuando quieren frustrar a los chicos que desean mirar bajo sus vestidos.

—Me gustaría publicar esto en una revista policíaca. «Sesenta minutos de terror con el perturbado de Placerville.» Lo encargaría a alguien que escribiera bien, como Joe McKennedy o Phil Franks..., o quizá a ti, Charlie. ¿Qué te parece?

Sylvia soltó una carcajada, y Pocilga se unió a ella dubitativamente. Creo que Pocilga estaba fascinado por la ausencia de miedo de Sylvia, o quizá por su evidente sexualidad. Desde luego, Sylvia no tenía cruzados los tobillos.

Fuera, en el césped, acababan de llegar otros dos coches de policía. Los bomberos se retiraban ya, y la alarma de incendios había enmudecido minutos antes. De pronto el señor Grace se separó de la multitud y se encaminó hacia la entrada principal. Una leve brisa agitaba la parte inferior de su americana.

—Más compañía —anunció Corky. Me levanté, me acerqué al intercomunicador y lo conecté de nuevo en «hablar-escuchar». Luego volví a sentarme, sudando un poco. En el próximo asalto me enfrentaría con el señor Grace, que no era precisamente un peso ligero.

Unos minutos después el hueco «clic» anunció que la línea estaba abierta.

—¿Charlie? —dijo el señor Grace con voz tranquila, modulada, segura.

—¿Cómo está, fullero? —repliqué.

—Bien, gracias, Charlie. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

—Aquí, chupándome el dedo —respondí. Risitas de los chicos.

—Charlie, ya hablamos en otra ocasión de buscar ayuda para ti. Ahora has cometido un acto antisocial, ¿estás de acuerdo?

—¿Según qué normas?

—Según las normas de la sociedad, Charlie. Primero lo del señor Carlson, ahora esto. ¿Nos dejarás ayudarte?

Estuve a punto de preguntarle si mis compañeros no formaban parte de la sociedad, pues allí dentro nadie parecía demasiado afectado por lo sucedido con la señora Underwood, pero no podía hacerlo. Hubiera sido transgredir una serie de normas que apenas comenzaba a comprender.

—Charlie, Charlie —continuó el señor Grace, como si estuviera muy apenado—. Ahora depende de tí que puedas salir de ésta.

Su voz no me gustaba. Llevé la mano a la pistola como si eso pudiera infundirme ánimos. Me desagradaba hablar con el señor Grace. Siempre encontraba la manera de confundirte, de hacerte sentir inseguro. Me había entrevistado con él muchas veces después de golpear al señor Carlson con la llave inglesa y sabía que realmente podía hacerte dudar.

—¿Señor Grace?

—¿Sí, Charlie?

—¿Ha dicho Tom a la policía lo que le ordené?

—¿Te refieres al señor Denver?

—Como quiera. ¿Se lo ha...?

—Sí. Ha transmitido tu mensaje.

—¿Han decidido ya cómo van a dominarme?

—No lo sé, Charlie. Me interesa más saber si has decidido cómo vas a dominarte tú mismo.

¡Ah!, ya estaba intentando confundirme, como había hecho después de lo sucedido con el señor Carlson. Sin embargo en aquella ocasión yo me había visto obligado a reunirme con él; ahora, en cambio, podía desconectar el intercomunicador en el momento en que quisiera, aunque no me sentía capaz de hacerlo, y él lo sabía. Además me observaban mis compañeros, evaluándome.

—¿ Qué ? ¿ Sudando un poco ? —pregunté.

—¿Y tú?

—Bah. Sois todos iguales —repuse con una nota de amargura en la voz.

—¿De veras? En tal caso, todos queremos ayudarte.

Era un hueso más duro de roer que el pobre Tom Denver, no cabía duda. Evoqué la imagen de Don Grace, un maldito hijo de puta bajito, siempre pulcro y aseado, calvo y con grandes patillas en forma de costilla de cordero, como para compensar; solía usar chaquetas de tweed con coderas de ante y siempre llevaba en la boca una pipa llena de un tabaco importado de Copenhague que olía a mierda de vaca. Un jodementes, un opresor de cabezas en posesión de un puñado de instrumentos inquisitivos. Para eso están los psiquiatras, amigos y compañeros míos; su trabajo consiste en joder al perturbado mental, preñarle de cordura y parlotear mucho. Estudian en la universidad para aprenderlo, y todos los cursos y asignaturas son variaciones sobre un mismo tema: fastidiar a los psicóticos por diversión y dinero, sobre todo por dinero. Y si algún día te encuentras tendido en el gran diván del psicoanalista donde tantos te han precedido, recuerda esto: cuando se consigue la cordura a presión, el hijo siempre se parece al padre. Además la tasa de suicidios es muy elevada.

Consiguen que uno se sienta muy solo y con ganas de llorar; le impulsan a arrojarlo todo por la borda con la mera promesa de que le dejarán en paz durante un rato. ¿Qué tenemos? ¿Qué tenemos en realidad? Mentes como obesos aterrorizados que mendigan las miradas que se alzan en las terminales de autobús o los restaurantes y luego se desvían, desinteresadas. Mientras yacemos despiertos, nos imaginamos con sombreros blancos de diferentes formas. No existe virginidad capaz de soportar las estudiadas manipulaciones de la psiquiatría moderna. Pero quizá no importaba. Tal vez ahora todas aquellas putas y picapleitos malintencionados seguirían mi juego.

—Déjanos ayudarte, Charlie —decía el señor Grace.

—Si os dejara, os estaría ayudando a vosotros —afirmé como si la idea acabara de pasar por mi cabeza—. Y me mego a hacerlo.

—¿Por qué Charlie?

—¿Señor Grace?

—¿Sí, Charlie?

—La próxima vez que me haga una pregunta, mataré a alguien aquí abajo.

Oí al señor Grace tomar aire, como si acabaran de comunicarle que su hijo había sufrido un accidente de tráfico. Aquel sonido delataba falta de confianza, y me sentí estupendamente.

En el aula todos me miraban con gran tensión. Ted Jones levantó la cabeza despacio, como si acabara de despertar. Aprecié en sus OJOS la familiar nube oscura del odio. Anne Lasky tenía los suyos abiertos como platos, con expresión asustada. Los dedos de Sylvia Ragan ejecutaban un lento y vago paso de ballet mientras hurgaban en el bolso en busca de otro cigarrillo. Y Sandra Cross me miraba muy seria, como si yo fuera un médico o un sacerdote.

El señor Grace volvió a hablar.

—¡Cuidado! —interrumpí al instante—. Piense muy bien lo que va a decir. Ya no estamos

jugando a su juego. Entiéndalo bien. Ahora usted juega al mío. Sólo afirmaciones. Tenga mucho cuidado.

El señor Grace no hizo el menor comentario sobre mi metáfora de los juegos. En ese instante empecé a creer que le tenía.

—Charlie...

¿No sonaba como una súplica?

—Muy bien. ¿Cree que podrá conservar su empleo después de esto, señor Grace?

—Charlie, por el amor de Dios...

—Así está muchísimo mejor.

—Déjales salir, Charlie. Sálvate. Por favor.

—Habla demasiado deprisa. Muy pronto formulará una pregunta, y eso significará el fin para alguien.

—Charlie...

—¿Dónde cumplió el servicio militar?

—¿Qué...?

Un súbito silbido al interrumpir la frase.

—Has estado a punto de matar a alguien —dije—. Cuidado, Don. Puedo llamarte Don, ¿no? Claro. Mide tus palabras. Don.

Ya casi le tenía.

Iba a romperle en pedazos.

En aquel instante me pareció que quizá podría acabar con todos.

—Creo que será mejor que me retire de momento, Charlie.

—Si te largas antes de que yo te lo ordene, mataré a alguien. Lo que vas a hacer es sentarte y responder a mis preguntas.

La primera muestra de desesperación, tan bien disimulada como el sudor del sobaco en el baile de
fin de curso.

—De verdad, Charlie, no debo. No puedo asumir la responsabilidad de...

—¡Responsabilidad! —exclamé—. ¡Dios mío, llevas hablando de responsabilidad desde que te dejaron suelto en la escuela! ¡Y ahora quieres escurrir el bulto la primera vez que quedas con el culo al aire! ¡Pero soy yo quien conduce este trasto, y por Dios que vas a empujar el carro! O haré lo que he dicho. ¿Lo entiendes? ¿Lo has entendido?

—No estoy dispuesto a participar en un juego de salón cuando las prendas son vidas humanas, Charlie.

—Muchas felicidades —repliqué—. Acabas de describir la psiquiatría moderna. Esa debería ser la definición del manual, Don. Te diré algo; mearás por la ventana si te lo ordeno. Y que Dios te ayude si te pillo en una mentira. Eso significaría la muerte de alguien.. ¿Estás preparado para desnudar tu alma, Don?

El señor Grace respiraba entrecortadamente. Deseaba preguntarme si hablaba en serio, pero temía que respondiera con el arma, en lugar de con la boca. Quería tender la mano y desconectar el intercomunicador, pero sabía que podría oír el eco del disparo en el edificio vacío, tronando como una bola de boliche que sube por una larga pista desde el infierno.

—Está bien —dije.

Me desabroché los puños de la camisa. En el exterior los policías, Tom Denver y el señor Johnson paseaban inquietos, a la espera del regreso de su charlatán jodementes de la chaqueta de tweed. Interpreta mis sueños, Sigmund, rocíalos con el semen de los símbolos y hazlos crecer. Demuéstrame cuan diferentes somos de, por ejemplo, los perros rabiosos o los tigres viejos llenos de mala sangre. Enséñame al hombre que se oculta entre mis sueños húmedos. Ellos tenían todas las razones para mostrarse confiados, aunque no lo parecían. En el sentido

simbólico, el señor Grace era pionero del mundo occidental. Un opresor con un compás.

Le oía respirar entrecortadamente por la cajita enrejada colocada encima de mi cabeza. Me pregunté si había analizado algún buen sueño últimamente. Me pregunté cómo sería el suyo cuando la noche llegara finalmente.

—Está bien, Don. Vamos allá.

Librodot

19

—¿Dónde cumpliste el servicio militar?

—En el ejército, Charlie. Esto no nos llevará a nada.

—¿En calidad de qué?

—De médico.

—¿Psiquiatra?

—No.

—¿Cuánto tiempo llevas ejerciendo la psiquiatría?

—Cinco años.

—¿Se lo has comido alguna vez a tu mujer?

—¿Qué...? —Una pausa colérica, aterrorizada—. Yo... no entiendo el sentido de la frase.

—La formularé de otra manera. ¿Has realizado alguna vez prácticas bucogenitales con tu esposa?

—Me niego a responder a eso. No tienes ningún derecho.

—Tengo todos los derechos, y tú, ninguno. Responde o mataré a alguien. Y recuerda, si mientes y lo descubro, mataré a alguien. ¿Has realizado alguna vez...?

—¡No!

—¿Cuánto tiempo llevas ejerciendo la psiquiatría?

—Cinco años.

—¿Por qué?

—¿Qué...? Bien, porque me gusta.

—¿Ha tenido tu esposa alguna vez un lío con otro hombre?

—No.

—¿Con otra mujer?

—¡No!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me quiere.

—¿Te ha hecho tu esposa alguna vez un buen repaso de bajos. Don?

—No sé qué quieres decir con eso.

—¡Lo sabes perfectamente!

—No, Charlie, yo...

—¿Copiaste en algún examen de la facultad? Una pausa.

—Rotundamente no.

—¿En algún examen de preguntas rápidas?

—No.

Salté rápidamente:

—Entonces ¿cómo puedes decir que tu esposa nunca ha realizado prácticas bucogenitales contigo?

—Yo... Yo nunca... Charlie...

—¿Dónde hiciste el campamento en el servicio militar?

—En Fort... Fort Benning.

—¿Qué año?

—No recuer...

—¡Dime el año o mato a alguien!

—En 1956.

—¿Eras soldado raso?

—Yo...

—¿Eras soldado raso? ¿Eras soldado?
—Era... Era oficial. Primer teni...
—¡No te he preguntado eso! —exclamé.
—Charlie... ¡Charlie, por el amor de Dios, tranquilízate...!
—¿En qué año terminaste el servicio militar?
—En 1960.
—¡Debes servir a tu patria seis años! ¡Estás mintiendo! Voy a matar a...
—¡No! —vociferó—. ¡Estuve en la guardia nacional! ¡En la guardia nacional!
—¿Cuál era el apellido de soltera de tu madre?
—Ga... Gavin.
—¿Por qué?
—¿Por...? No entiendo a qué te...
—¿Por qué su apellido de soltera era Gavin?
—Porque el apellido de su padre era Gavin. Charlie...
—¿En qué año hiciste el campamento?
—En 1957... no 1956.
—Estás mintiendo. Te he pillado, ¿verdad, Don?
—¡No!
—Has dicho primero 57.
—Me he confundido.
—Voy a pegar un tiro a alguien. En el vientre, creo. Sí.
—¡Charlie, por el amor de Dios!
—Que no vuelva a suceder. Eras soldado raso, ¿verdad? En el ejército.
—Sí... no... Era oficial...
—¿Cuál era el segundo nombre de tu padre?
—John. Chu... Charlie, domínate. No...
—¿Se lo has comido alguna vez a tu mujer?
—¡No!
—Mientes. Antes dijiste que no sabías qué significaba eso.
—¡Tú me lo explicaste! —Grace respiraba de forma entrecortada—. Déjame ir, Charlie. Déjame...
—¿A qué confesión religiosa perteneces?
—A la metodista.
—¿Formas parte del coro?
—No.
—¿Acudiste a la escuela dominical?
—Sí.
—¿Cuáles son las tres primeras palabras de la Biblia? Pausa.
—«En el principio...»
—¿Y la primera línea del salmo veintiuno?
—El... hum... «El Señor es mi pastor, nada me falta.»
—¿Y se lo comiste a tu mujer por primera vez en 1956?
—Sí... ¡No! ¡Oh, Charlie, déjame en paz!
—El campamento, ¿qué año?
—En 1956.
—¡Antes has dicho 57! —exclamé—. ¡Ahí está! ¡Voy a volar la cabeza a alguien ahora mismo!
—¡Dije 56, maldita sea! Vociferaba sin aliento, histérico.
—¿Qué le sucedió a Jonas, Don?

—Se lo tragó una ballena.

—En la Biblia se afirma que era un gran pez, Don. ¿Querías decir eso?

—Sí. Un gran pez. Claro que sí.

Cólera lastimera.

—¿Quién construyó el arca?

—Noé.

—¿Dónde hiciste el campamento?

En Fort Benning.

Se mostraba más confiado. Terreno familiar. Se sentía más tranquilo.

—¿Se lo has comido alguna vez a tu mujer?

—No.

—¿Qué?

—¡No!

—¿Cuál es el último libro de la Biblia, Don?

—El Apocalipsis.

—¿Quién lo escribió?

—Juan.

—¿Cuál es el segundo nombre de tu padre?

—John.

—¿Alguna vez has tenido una revelación de tu padre, Don?

Una risa extraña, aguda, por parte de Don Grace. Algunos chicos parpadearon incómodos al oírla.

—Hum... no..., Charlie... No puedo decir que tuviera ninguna.

—¿Cuál era el apellido de soltera de tu madre?

—Gavin.

—¿Se cuenta a Cristo entre los mártires?

—Sssí...

Como era metodista, no estaba demasiado seguro.

—¿Cuál fue su martirio?

—La cruz. Morir crucificado.

—¿Qué preguntó Cristo a Dios desde la cruz?

—«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

—¿Don?

—Sí, Charlie.

—¿Qué acabas de decir?

—He dicho: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué...? —Una pausa—. ¡Oh, no, Charlie! ¡Esto no es justo!

—Has hecho una pregunta.

—¡Me has tendido una trampa!

—Acabas de matar a alguien, Don. Lo siento.

—¡No!

Disparé la pistola contra el suelo. Toda la clase, que había escuchado con una atención tensa, hipnótica, se echó hacia atrás. Varios chicos gritaron. Pocilga volvió a desmayarse y cayó al suelo con un satisfactorio ruido de carne. No sé si el intercomunicador lo captó, pero en realidad no importaba.

El señor Grace estaba llorando, sollozando como un niño.

—Satisfactorio —dije, sin dirigirme a nadie en particular—. Muy satisfactorio.

Las cosas se desarrollaban magníficamente. Le dejé sollozar durante casi un minuto; los policías habían empezado a dirigirse hacia el edificio al oír la detonación, pero Tom Denver,

confiando todavía en su psiquiatra, les hizo detenerse, de modo que, por ese lado, todo marchaba bien. El señor Grace parecía un niño pequeño, desvalido y desesperado. Le había hecho joderse con su gran instrumento, como en una de esas experiencias extrañas que se publican en el *Penthouse Forum.* Le había arrancado la máscara de brujo curandero y le había hecho humano. Pero no se lo eché en cara. Errar es humano, pero perdonar es divino. Estoy realmente convencido de ello.

—¿Señor Grace? —dije al fin.

—Me voy —anunció Grace. Luego, con un tono lloroso y rebelde, añadió—: ¡Y no podrás impedirlo!

—Está bien —asentí, casi con ternura—. El juego ha terminado, señor Grace. Esta vez no hemos jugado de veras. No ha muerto nadie. He disparado contra el suelo.

Un silencio lleno de jadeos. Luego, una voz cansada:

—¿Cómo puedo estar seguro de que lo que dices es cierto, Charlie?

Porque habría habido una estampida, pensé. En lugar de decir eso, hice una señal a Ted.

—Le habla Ted Jones, señor Grace —dijo el muchacho con voz de autómata.

—Sssí, Ted.

—Ha disparado contra el suelo —informó Ted maquinalmente—. Todos estamos bien.

A continuación sonrió y siguió hablando. Le apunté con la pistola y cerró la boca de inmediato.

—Gracias, Ted. Muchas gracias, muchacho. El señor Grace rompió a sollozar de nuevo. Después de un rato que pareció muy, muy largo, desconectó el intercomunicador. Mucho después apareció en el césped, caminando hacia el grupo de policías apostados allí, con su americana de tweed con coderas de ante, la calva reluciente y las mejillas encendidas. Avanzaba con pasos lentos, como
un anciano.

Me sorprendió lo mucho que me gustaba verle andar de aquella manera.

Librodot

20

—¡Vaya, tío! —exclamó Richard Keene desde el fondo del aula con voz cansina y apagada.

De pronto se oyó una vocecilla que reflejaba felicidad:

—¡Creo que ha sido magnífico!

Volví la cabeza hacia el lugar de donde había surgido la voz. Era una chica llamada Grace Stanner, una muchacha menuda que parecía una muñeca holandesa. Era bonita, de esa clase que atrae a los alumnos de los primeros cursos, que todavía se peinan el cabello hacia atrás y llevan calcetines blancos. Muchos revoloteaban siempre alrededor de ella en el vestíbulo, como abejas zumbonas. La chica llevaba jerséis ajustados y falditas cortas. Cuando caminaba, todo el mundo se quedaba mirándola; como Chuck Berry ha afirmado en su profunda sabiduría, «es magnífico ver a alguien llevarse los aplausos». Por lo que sabía, su madre no era precisamente una joya, sino una especie de mariposa de bar, entre profesional y aficionada, que pasaba la mayor parte del tiempo en Danny's, el bar de South Main, a casi un kilómetro de lo que aquí, en Placerville, llaman «el rincón». Denny's no tiene nada que ver con el Caesar's Palace. En las ciudades pequeñas siempre hay mentes estrechas dispuestas a pensar que, de tal madre, tal hi)a.

Grace Stanner llevaba una rebeca rosa y una falda de color verde oscuro que le llegaba a los muslos. Tenía el rostro encendido, como el de un elfo. Había levantado un puño cerrado hasta la altura del hombro en un gesto inconsciente. Aquel momento tenía algo de cristalino, de punzante. Noté que mi garganta se ponía tensa.

—¡Adelante, Charlie! ¡Jódeles a todos! Muchas cabezas se volvieron a un lado y otro y muchas bocas se abrieron, pero a mí no me sorprendía demasiado lo sucedido. Ya he explicado que esto es como la bola de una ruleta, ¿verdad? Claro que sí. En cierto modo —de muchos modos—, todavía seguía girando. La locura es sólo cuestión de medida, y hay mucha gente, aparte de mí, que siente el impulso de hacer rodar cabezas. Esa gente gusta de ver películas de miedo y acude a los combates de lucha que se celebran en el pabellón de Portland. Quizá lo que Grace había dicho tenía el sabor característico de esas cosas, pero la admiré por expresarlo en voz alta, sin reprimirse; el precio de la sinceridad siempre es muy elevado. La muchacha había asimilado perfectamente los fundamentos. Además era bonita y delicada.

Irma Bates se volvió hacia ella con el rostro contraído de indignación. De pronto tuve la sensación de que lo que estaba ocurriéndole a Irma debía de ser casi catastrófico.

—¡Tienes una boca llena de mierda!

—¡Anda y que te jodan! —replicó Grace con una sonrisa. Luego, como si lo hubiera pensado mejor, añadió—: ¡Guarra!

Irma se quedó boquiabierta, esforzándose por encontrar las palabras adecuadas. Observé cómo se movía su garganta, probándolas, rechazándolas, probando otras nuevas, buscando palabras soeces que hicieran aparecer arrugas en el rostro de Grace, que le hicieran caer los pechos diez centímetros sobre el vientre, que le hicieran surgir venas varicosas en aquellos muslos apretados y que le hicieran encanecer de golpe. Seguro que tales palabras existían en algún rincón y sólo se trataba de encontrarlas. Por eso Irma siguió esforzándose por evocarlas; con la mandíbula inferior caída y la frente prominente (ambas profusamente salpicadas de espinillas), parecía un sapo.

Finalmente lanzó su andanada:

—¡Golfa! ¡Deberían matarte a tiros, como harán con él!

Buscó más insultos. Lo anterior no bastaba para expresar el horror y la indignación que le había provocado aquel desgarrón en el tejido de su universo.

—¡Deberían matar a todas las busconas! ¡A las busconas y a sus hijas!

En la clase se hizo el silencio. Un pozo de silencio. Un imaginario foco iluminaba a Irma y Grace. Hasta las últimas palabras de Irma, Grace había sonreído ligeramente. De pronto su sonrisa se había borrado.

—¿Cómo? —preguntó sin levantar la voz—. ¿Cómo has dicho?

—¡Golfa! ¡Buscona!

Grace se puso en pie, como si se dispusiera a recitar un poema.

—¡Mi madre trabaja en una lavandería, gorda de mierda! ¡Y será mejor que retires lo que acabas de decir!

Irma miró a ambos lados con aire de triunfal desesperación. Tenía el cuello reluciente y resbaladizo de sudor; el sudor nervioso de la adolescente maldita que pasa los viernes por la noche en casa, viendo viejas películas por televisión y viendo pasar las horas; de esa para quien el teléfono permanece eternamente mudo y para quien la voz de su madre es la voz de Thor; de esa que se depila interminablemente la sombra de bigote sobre el labio superior; de esa que ve una película de Robert Redford con las amigas y otro día vuelve sola al cine para contemplar de nuevo al actor, sentada ante la pantalla con las manos apretadas y sudorosas en el regazo; de esa que se agita ante una carta larga, escrita a John Travolta y rara vez enviada, que garabatea bajo la luz parpadeante y opresiva de la lámpara de la mesa de estudio; de esa para quien el tiempo se ha convertido en un lento y soñoliento trineo que conduce al fracaso, que sólo lleva a habitaciones vacías y el olor de viejos sudores. Sí, aquel cuello estaba reluciente y resbaladizo de sudor. No os engañaría, como tampoco me engañaría a mí mismo.

Irma abrió la boca y aulló:

—¡Hija de puta!

—Muy bien —repuso Grace, que había empezado a avanzar por el pasillo hacia Irma, con las manos tendidas delante del cuerpo como la ayudante de un hipnotizador en pleno espectáculo. Tenía las uñas muy largas, pintadas de color perla—. Voy a arrancarte los ojos, cerda.

—¡Hija de puta! ¡Hija de puta! —canturreaba Irma.

Grace sonrió. Sus ojos destellaban con un aire élfíco. No caminaba deprisa, pero tampoco se hacía la remolona. No. Avanzaba con paso normal, resuelta. Era bonita, más de lo que había advertido hasta entonces. Era como si se hubiera convertido en un camafeo de sí misma.

—Muy bien, Irma —dijo—. Allá voy. Te arrancaré los ojos.

Irma, repentinamente consciente de lo que sucedía, se encogió en su asiento. No así la pistola, pero coloqué la mano encima.

—¡Basta! —intervine.

Grace se detuvo y me dirigió una mirada inquisitiva. Irma se mostró aliviada y también complacida, como si yo hubiera adoptado de pronto el aspecto de un dios justiciero.

—Una hija de puta —comentó al resto de la clase—. La señora Stanner deja abiertas las puertas de su casa cada noche, cuando vuelve de la taberna. Y ella le sirve de ayudante en prácticas.

Dirigió una sonrisa enfermiza a Grace; una sonrisa que pretendía reflejar una compasión superficial y mordaz, pero que sólo traducía su propio terror, vacío y penoso. Grace seguía mirándome con aire inquisitivo.

—¿Irma? —pregunté educadamente—. ¿Te importaría escucharme, Irma?

Y cuando me miró, comprendí lo que sucedía. Sus OJOS poseían un brillo reluciente pero opaco. Su rostro mostraba unas mejillas encendidas pero una frente cerúlea. Parecía un disfraz aprobado para la noche de Halloween. Irma estaba a punto de estallar. Todo cuanto

Librodot

estaba ocurriendo había ofendido a la especie de murciélago albino que pudiera tener por alma. Estaba a punto de ascender directamente al cielo o caer en picado al infierno.

—Bien —dije cuando ambas fijaron en mí la mirada—, bien, hemos de mantener el orden aquí. Seguro que lo entendéis. Sin orden, ¿qué tenemos? La selva. Y para conservar el orden, nada mejor que resolver nuestras diferencias de una manera civilizada.

—¡Escuchad, escuchad! —exclamó Harmon Jackson.

Me puse en pie, me acerqué al encerado y tomé un pedazo de tiza del estante. Luego dibujé un gran círculo sobre el suelo, de unos dos metros de diámetro. Mientras lo hacía, continué pendiente de Ted Jones. Finalmente volví al escritorio y tomé asiento.

Señalé el círculo con un gesto.

—Chicas, por favor.

Grace se adelantó rápidamente, preciosa y perfecta. Sus rasgos eran suaves y hermosos. Irma permaneció sentada, como petrificada.

—Irma —murmuré—, vamos, Irma. Acabas de lanzar graves acusaciones, ¿sabes?

Irma se mostró un tanto sorprendida, como si el concepto «acusaciones» hubiera hecho estallar toda una nueva línea de pensamientos en su cabeza. Asintiendo, se levantó del pupitre al tiempo que se cubría la boca con una mano en un gesto de timidez, como queriendo ocultar una leve sonrisa coqueta. Avanzó lentamente por el pasillo hasta el círculo y se situó lo más lejos posible de Grace, con la mirada fija en el suelo, recatadamente, y las manos unidas a la altura de las caderas. Parecía un participante de un programa de artistas noveles que se dispone a cantar *Granada.*

De pronto recordé algo; su padre vendía coches, ¿verdad?

—Muy bien —dije—. Ahora, como se ha insinuado en la iglesia y la escuela, un solo paso fuera del círculo significa la muerte. ¿Entendido?

Todos lo entendían. No era lo mismo que comprenderlo, pero resultaba suficiente. Cuando uno deja de pensar, el concepto «comprensión» cobra un sabor ligeramente arcaico, como el de una lengua olvidada o un vistazo por una cámara oscura victoriana. A nosotros, los norteamericanos, se nos da mejor entender. Así resulta más fácil leer las vallas publicitarias cuando nos dirigimos a la ciudad por la autopista a más de ochenta. Para alcanzar la comprensión las mandíbulas mentales deben abrirse hasta hacer crujir los tendones. En cambio el entendimiento puede adquirirse en cualquier estantería de libros de bolsillo de la nación.

—Bien —dije—, me gustaría que hubiera aquí el mínimo de violencia física posible. Ya hemos visto bastante. Creo que las bocas y las manos serán suficientes, chicas. Yo seré el juez, ¿de acuerdo?

Ambas asintieron.

Me llevé la mano al bolsillo trasero y saqué mi pañuelo rojo. Lo había comprado en la tienda de saldos de Ben Franklin, en el centro de la ciudad, y lo había llevado un par de veces a la escuela, anudado al cuello, hasta que me harté del efecto que producía y desde entonces lo usaba para sonarme la nariz. Burgués hasta la médula, así soy yo.

—Cuando lo deje caer, empezáis. Comenzarás tú, Grace, ya que eres la agraviada.

Grace asintió, radiante. Tenía dos rosas en las mejillas, como siempre decía mi madre de quienes mostraban unos colores subidos en el rostro.

Irma Bates observó con timidez el pañuelo rojo.

—¡Basta! —exclamó Ted Jones—. Has dicho que no harías daño a nadie, Charlie. ¡No sigas! —En sus ojos se advertía un brillo de desesperación—. ¡No sigas!

Sin ninguna razón que pudiera adivinar, Don Lordi soltó una carcajada descontrolada.

—Fue Irma quien empezó, Ted Jones —intervino Sylvia Ragan, acalorada—. Si alguien llamase puta a mi madre...

—Puta. Puta asquerosa —asintió tímidamente Irma.

—¡Le arrancaría los ojos sin pensarlo dos veces!

—¡Estás loca! —espetó Ted con el rostro encendido—. ¡Podríamos detener a Charlie! ¡Si todos nos uniésemos, podríamos reducirle!

—¡Silencio, Ted! —exclamó Dick Keene—, ¿de acuerdo?

Ted miró alrededor y, al ver que nadie le apoyaba cerró la boca. Sus OJOS aparecían sombríos y llenos de un odio desbocado. Me alegré de que hubiera una buena distancia entre su pupitre y el escritorio de la señora Underwood. Le dispararía a los pies si era preciso.

—¿Preparadas, chicas?

Grace Stanner me dedicó una sonrisa atrevida.

—Preparada.

Irma asintió. Era una chica corpulenta. Se colocó con las piernas abiertas y la cabeza ligeramente gacha. Su cabello, de un color rubio sucio, formaba grandes rizos que parecían rollos de papel higiénico.

Dejé caer el pañuelo. La competición había empezado.

Grace permaneció quieta y pensativa. Advertí que era consciente de hasta dónde podía llegar aquello y supuse que tal vez se preguntaba hasta dónde estaba dispuesta a llegar. En aquel instante la amé. No... amé a ambas.

—Eres una vacaburra chivata —espetó Grace, mirando a Irma directamente a los ojos—. Apestas. De verdad, tu cuerpo apesta. Eres una guarra.

—Bien —intervine cuando hubo terminado—. Dale una bofetada.

Grace lanzó la mano y la descargó sobre la mejilla de Irma con un ruido seco, como de dos tableros al chocar. El impulso del brazo hizo que la rebeca se le subiera por encima de la cinturilla de la falda.

Corky Herald murmuró «¡uh!».

Soltando un gruñido, Irma echó la cabeza hacia atrás, y su rostro se contrajo. Ya no parecía humilde o tímida. En su carrillo izquierdo se había formado una gran marca rojiza.

Grace inclinó la cabeza hacia atrás, exhaló un repentino jadeo entrecortado y permaneció alerta. El cabello se esparcía sobre sus hombros, hermosos y perfectos.

—Irma por la acusación —dije—. Adelante, Irma.

Irma respiraba pesadamente. Tenía los ojos vidriosos, con una expresión ofendida, y una mueca de horror en la boca. En aquel momento parecía la imagen misma de la niña a quien nadie quiere.

—Puta —dijo al fin, aparentemente decidida a continuar utilizando el asalto que mejor resultado le había dado. Su labio inferior se levantó, cayó y volvió a levantarse, como el de un perro—. Puerca puta folladora.

Le dirigí un gesto de asentimiento. Irma sonrió. Era una chica muy robusta. Su brazo, al lanzarlo hacia adelante, era como un muro. Impacto en la mejilla de Grace y el ruido que se produjo fue como un crujido seco.

—¡Oh! —exclamó una voz.

Grace no cayó. La parte izquierda de su rostro enrojeció, pero ella apenas si se tambaleó. Al contrario, sonrió a Irma, que bajó la mirada. Lo veía y casi no podía creerlo; después de todo, Drácula tenía pies de barro.

Eché un rápido vistazo al público. Todos estaban pendientes del espectáculo, hipnotizados. No pensaban en el señor Grace, Tom Denver o Charles Everett Decker. Observaban la escena y quizá veían una parte de sus propias almas reflejadas en un espejo agrietado. Era magnífico. Era como la hierba nueva en primavera.

—¿Alguna contrarréplica, Grace? —pregunté. Tras los labios de Grace asomaron unos pequeños dientes de marfil.

Librodot

—Nunca has tenido una cita. Eres repulsiva, hueles mal. Por eso sólo piensas en lo que hacen los demás, y todo lo vuelves sucio en tu mente. Eres una cucaracha.

Le dirigí un gesto.

Irma esquivó el golpe de Grace, cuya mano apenas le rozó el rostro. Sin embargo aquélla empezó a llorar con una súbita y tierna desesperación.

—Déjame en paz —gruñó—. No quiero seguir, Charlie. ¡Déjame en paz!

—Retira lo que has dicho de mi madre —ordenó Grace con voz inflexible.

—¡Tu madre es una chupapollas! —exclamó Irma con el rostro contraído. Sus rizos, como rollos de papel higiénico, se bamboleaban.

—Bien, continúa, Irma —indiqué. Pero Irma lloraba histéricamente.

—Señor... —gimoteó. Alzó los brazos y se cubrió el rostro con terrible lentitud—. Señor, querría estar muerta...

—Di que lo lamentas —insistió Grace Con aire torvo—. Retíralo.

—¡Y tú también eres una chupapollas! —replicó Irma detrás de la barricada que formaban sus brazos.

—Está bien —intervine—. Dale otra vez, Irma. Es la última oportunidad.

Esta vez Irma se impulsó con los pies. Observé que los ojos de Grace se convertían en dos rendijas y que los músculos del cuello se le tensaban como cuerdas. Encajó en el ángulo de la mandíbula la mayor parte de la fuerza del golpe, y su cabeza sólo se movió ligeramente. Con todo, aquel costado de su rostro quedó completamente rojo, como el efecto de una quemadura solar.

Todo el cuerpo de Irma se estremecía y agitaba con sus sollozos, que parecían surgir de un profundo pozo de su interior que jamás había sido explotado hasta entonces.

—No tienes nada —replicó entonces Grace—. No eres nada; sólo una cerda gorda y apestosa.

—¡Vamos, dale! —animó Bill Sawyer al tiempo que descargaba los puños sobre el pupitre—. ¡Continúa hasta el final!

—Ni siquiera tienes amigas —añadió Grace, respirando profundamente—. ¿Por qué te molestas en seguir viviendo?

Irma lanzó un gemido agudo y débil.

—Ya está —informó Grace.

—Muy bien —asentí—. Ahora golpéala.

Grace se preparó; Irma soltó un chillido y cayó de rodillas.

—¡No me pegues! ¡No me golpees más! ¡No me golpees...!

—Di que lo lamentas.

—No puedo —gimoteó Irma—. ¿No sabes que no puedo?

—Claro que puedes. Será mejor para tí.

Por un instante sólo se oyó el vago zumbido del reloj de pared. Luego Irma alzó la vista, y la mano de Grace cayó con sorprendente rapidez, produciendo una breve palmada, casi femenina, en la mejilla de Irma. Sonó como un disparo de calibre 22.

Irma se apoyó pesadamente sobre una mano, y los rizos le cubrieron el rostro. Tras inspirar profunda y entrecortadamente, exclamó:

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Lo retiro! Grace retrocedió un paso con la boca entreabierta y húmeda, la respiración acelerada. Levantó las manos, con las palmas vueltas hacia arriba en un curioso gesto parecido al vuelo de la gaviota, y luego se apartó el cabello de las mejillas. Irma la miró, silenciosa e incrédula. Luchó por incorporarse de nuevo sobre las rodillas, y por un instante pensé que se disponía a ofrecer una plegaria a Grace. Por último, rompió a llorar de nuevo.

La otra se volvió hacia la clase, luego hacia mí. La suave tela de su rebeca se ajustaba a

sus exuberantes pechos.

—Mi madre folla —anunció—, y yo la quiero mucho.

El aplauso surgió de algún lugar al fondo del aula, quizá de Mike Gavin o Nancy Caskin. Se inició allí, y enseguida todos lo secundaron, todos excepto Ted Jones y Susan Brooks, que parecía demasiado apabullada para aplaudir y contemplaba a Grace Stanner con mirada radiante.

Irma continuó arrodillada, con el rostro entre las manos. Cuando la ovación cesó (yo había mirado a Sandra Cross, que batía palmas con gran lentitud, como en un sueño), indiqué:

—Levántate, Irma.

Ella me observó titubeando, con el rostro contraído, sombrío y crispado, como si acabara de despertar de una pesadilla.

—Déjala en paz —intervino Ted, enfatizando cada palabra.

—Calla —ordenó Harmon Jackson—. Charlie está haciéndolo muy bien.

Ted se volvió en su asiento hacia él, pero Harmon no bajó la mirada como habría hecho en cualquier otro lugar y momento. Ambos formaban parte del Consejo Estudiantil, donde Ted, naturalmente, siempre había ejercido el poder.

—Levántate, Irma —indiqué con tono amable.

—¿Vas a matarme? —susurró ella.

—Has dicho que lo sentías.

—Ella me ha obligado a hacerlo

—Pero apuesto a que es verdad.

Irma me miró con expresión estúpida por debajo del revoltijo de rizos como rollos de papel higiénico.

—Siempre lamento todo —reconoció—. Por eso me resulta tan difícil decirlo.

—¿La perdonas? —pregunté a Grace.

—¿Eh? —Grace me miró un poco aturdida—. ¡Ah! Sí, claro.

De pronto volvió a su pupitre y se sentó, con la vista fija en sus manos y el entrecejo fruncido.

—¿Irma? —dije.

—¿Qué?

La pobre muchacha me miraba con aire perruno, atemorizado, lastimero.

—¿Quieres decir algo?

—No lo sé.

Se incorporó poco a poco. Las manos le colgaban a los costados con gesto extraño, como si no supiera qué hacer con ellas.

—Creo que sí quieres.

—Te sentirás mejor cuando lo hayas soltado, Irma —intervino Tanis Gannon—. A mí siempre me pasa.

—Dejadla en paz, por el amor de Dios —dijo Dick Keene desde el fondo de la clase.

—No quiero que me dejen en paz —exclamó de pronto Irma—. Quiero hablar. —Se echó el cabello hacia atrás con gesto desafiante. Sus manos no parecían en absoluto alas de gaviota—. No soy bonita, no gusto a nadie y nunca he tenido una cita. Todo lo que ella ha dicho es verdad. Ya está.

Las palabras habían brotado muy deprisa, y mientras las pronunciaba su rostro se había

contraído, como si estuviera tragando una medicina desagradable.

—Cuida tu aspecto un poco más —aconsejó Tanis. Luego, un tanto avergonzada, aunque resuelta, añadió—: Ya sabes, lávate, depílate las piernas y, hum, las axilas. Ofrece un buen aspecto. Yo no soy una belleza despampanante, pero no me quedo en casa todos los fines de semana. Tú también puedes hacerlo.

—¡No sé cómo!

Algunos chicos se mostraron incómodos mientras las chicas tomaban la iniciativa. Todas trataban con amabilidad a las demás. Se disponían a intercambiar esas confesiones femeninas que todos los varones parecen conocer y temer.

—Bueno... —Tanis se interrumpió e hizo un gesto con la cabeza—. Vuelve aquí y siéntate.

—¿Secretos ahora? —inquirió Pat Fitzgerald con una risita.

—Exacto.

Irma Bates regresó apresuradamente al fondo del aula, donde ella, Tanis, Anne Lasky y Susan Brooks iniciaron una especie de maquinación. Entretanto, Sylvia cuchicheaba con Grace, y Pocilga devoraba a ambas con la vista. Ted Jones fruncía el entrecejo con la mirada perdida. George Yannick grababa algo en la superficie del pupitre mientras fumaba un cigarrillo; parecía un carpintero atareado. Casi todos los demás contemplaban por las ventanas a los policías que dirigían el tráfico y conferenciaban en pequeños grupos, con aspecto desesperado. Distinguí a Don Grace, al bueno de Tom Denver y a Jerry Kesserling, el policía municipal.

De pronto sonó un estentóreo timbrazo que nos sobresaltó a todos. También los policías del exterior dieron un respingo al oírlo, y dos sacaron las armas.

—Timbre de cambio de clase —anunció Harmon.

Observé el reloj de la pared. Eran las 9.50. A las 9.05 me hallaba sentado en mi pupitre, junto a la ventana, observando a la ardilla. La ardilla ya no estaba, el pobre Tom Denver estaba perdido, y la señora Underwood había desaparecido definitivamente. Pensé en ello y decidí que también yo estaba perdido.

Librodot

21

Llegaron tres coches más de la policía estatal, además de un grupo de ciudadanos de Placerville. Los policías intentaron alejarlos con más o menos éxito. El señor Frankel, propietario de la joyería que llevaba su nombre, acudió en su flamante Pontiac Firebird y charló largo rato con Jerry Kesserling. Mientras hablaba, se ajustaba una y otra vez las gafas de montura de concha en la nariz. Jerry intentaba en vano desembarazarse de él. El señor Frankel era el segundo administrador municipal de Placerville y amigo íntimo de Norman Jones, el padre de Ted.

—Mi madre me compró un anillo en su tienda —explicó Sarah Pasterne mientras miraba a Ted con el rabillo del ojo—. Me dejó el dedo verde el primer día.

—Mi madre dice que es un estafador —añadió Tanis.

—¡Eh! —jadeó Pocilga—. ¡Ahí está mi madre! Todos miramos. En efecto, allí estaba la señora Dano, hablando con un agente estatal; la enagua le sobresalía un centímetro por debajo del dobladillo del vestido. Era una de esas mujeres cuyas manos resultan más expresivas que sus palabras. Sus manos revoloteaban y se agitaban como banderas y, por alguna razón, me recordaron los sábados de otoño en el campo de rugby; agarrando... driblando... ¡falta en el placaje! Supongo que, en este caso, debería decirse «falta en el uso de las manos».

Todos la conocíamos de vista, así como por su fama; estaba al frente de la Asociación de Padres y Profesores y era miembro del consejo directivo del Club de Madres. Si se asistía a una cena celebrada con el fin de recaudar fondos para el viaje de fin de curso, o al espectáculo de danza Sadie Hawkins en el gimnasio, o a la excursión de turno, no era extraño encontrar en la puerta a la señora Daño, siempre con la mano tendida, sonriendo como si no existiera el mañana y recogiendo chismes como los sapos capturan moscas.

Pocilga se rebulló inquieto en el pupitre, como si necesitara ir al baño.

—¡Eh, Pocilga, tu madre te llama! —anunció Jack Goldman desde el fondo del aula.

—Déjala que llame —murmuró Pocilga. Éste tenía una hermana mayor, Lilly Dano, que estaba en último curso cuando nosotros estudiábamos primero. Era muy parecida a su hermano pequeño, lo que no la convertía precisamente en candidata al título de Reina de las Adolescentes. Un alumno de segundo, de nariz ganchuda, llamado La Follet St. Armand, empezó a rondarla y poco después la dejó con una tripa como un globo. La Follet se alistó en la marina, donde cabe suponer le enseñaron la diferencia entre el fusil y la espada; cuál sirve para luchar, cuál para divertirse. La señora Dano no apareció en las reuniones de la Asociación de Padres y Profesores durante los dos meses siguientes. Lilly fue enviada a casa de una tía en Boxford, Massachusetts, y poco después su madre reanudó sus actividades, con una sonrisa más expresiva que nunca. Una historia típica de una ciudad pequeña, amigos míos.

—Debe estar muy preocupada por ti —intervino Carol Granger.

—¿A quién le importa eso? —murmuró Pocilga con aire de indiferencia.

Sylvia Ragan le sonrió. Pocilga se ruborizó.

Nadie habló durante un rato. Contemplamos a la gente que se apiñaba al otro lado de las barreras de tráfico, de un amarillo brillante, que se habían instalado. Entre la multitud distinguí a otros progenitores. No vi a los padres de Sandra, y tampoco al grandullón de Joe McKennedy.

Una unidad móvil de la WGAN-TV se detuvo ante la escuela, y uno de sus ocupantes bajó del vehículo, se colocó la credencial en la solapa e intercambió unas palabras con un policía. El agente señaló hacia la avenida. El hombre de la credencial regresó a la unidad móvil, y dos tipos se apearon y procedieron a descargar el equipo de cámaras.

—¿Alguien tiene un transistor? —pregunté. Tres manos se levantaron. El receptor de

Corky era el más potente, un Sony que guardaba en la cartera. Disponía de seis bandas, incluido el audio de televisión y la onda corta. Lo depositó sobre el escritorio y lo encendió. En ese instante se iniciaba el noticiario de las diez:

«Empezamos esta edición con la noticia de un alumno de último curso de la Escuela Secundaria de Placerville, Charles Everett Decker...»

—¡Everett! —exclamó alguien con una risita.

—Cállate —atajó Ted.

Pat Fitzgerald le sacó la lengua.

«Al parecer ha sufrido un ataque de locura y en este momento retiene a veintitrés compañeros de clase como rehenes en un aula de dicha escuela. Se sabe que una persona, Peter Vance, de treinta y siete años, profesor de historia de Placerville, ha resultado muerto. Se teme que otra profesora, la señora Jean Underwood, haya muerto también. Decker ha utilizado el sistema de intercomunica-dores de la escuela para hablar en dos ocasiones con los responsables del centro. La lista de los rehenes es la siguiente...»

El locutor leyó la lista de asistencia, como yo la había recitado antes para Tom Denver.

—¡He salido por la radio! —exclamó Nancy Caskin, parpadeando y sonriendo, cuando llegaron a su nombre.

Melvin Thomas lanzó un silbido. Nancy se sonrojó y le ordenó que callara.

«...y George Yannick. Frank Philbrick, jefe de la policía del estado de Maine, ha pedido a todos los amigos y familiares de los rehenes que permanezcan alejados del escenario de los hechos. Se considera a Decker una persona peligrosa, y el jefe Philbrick ha hecho hincapié en que nadie sabe qué podría hacerle estallar. "Hemos de pensar que el chico aún se halla en un estado de suma agitación y puede actuar con gran violencia", ha declarado el jefe Philbrick.»

—¿Quieres tocar mi arma? —pregunté a Sylvia.

—¿Tienes puesto el seguro? —replicó ella al instante.

Toda la clase prorrumpió en carcajadas. Anne Lasky rió cubriéndose la boca con las manos, intensamente ruborizada. Ted Jones, nuestro aguafiestas particular, la miró con expresión ceñuda.

«...Grace, psiquiatra y tutor escolar de Placerville, habló con Decker por el intercomunicador hace apenas unos minutos. Grace ha explicado a los periodistas que Decker le amenazó con matar a alguien en el aula si no abandonaba inmediatamente el despacho desde donde hablaba.»

—¡Mentiroso! —exclamó Grace Stanner con voz musical.

Irma dio un pequeño respingo.

—¿Quién se cree que es? —preguntó Melvin, irritado—. ¿Acaso piensa que las cosas quedarán así?

«...también ha afirmado que considera a Decker un chico con personalidad esquizofrénica, posiblemente en un grado que sobrepasa los límites de la racionalidad. Grace ha finalizado sus apresuradas declaraciones asegurando: "En este momento, Charles Decker puede cometer cualquier barbaridad." La policía de las ciudades vecinas de...»

—¡Vaya mierda de tipo! —exclamó Sylvia—. ¡Cuando salgamos de aquí ya me encargaré de contar a esos periodistas lo que sucedió realmente con Grace! Voy a...

—Calla y escucha —interrumpió Dick Keene. «...y Lewiston han acudido al lugar de los hechos. En este momento, según el jefe Philbrick, la situación es de espera. Decker ha amenazado con matar si se lanzan gases lacrimógenos, y estando en juego la vida de veinticuatro niños...»

—«Niños» —repitió Pocilga—. Niños esto, niños lo otro. Te han apuñalado por la espalda, Charlie. Niños. Ja. Mierda. ¿Qué se habrán figurado que ocurre aquí? Yo...

—Está diciendo algo sobre... —interrumpió

Corky.

—No importa. Apaga eso —ordené—. Parece más interesante lo que dice Pocilga. Clavé en él mi mirada más acerada. Pocilga señaló a Irma con el pulgar.

—¡Y ésa se cree que la vida la trata mal! ¡A ella! ¡Ja!

Soltó una risotada repentina y descontrolada. Sin que yo pudiera adivinar la razón, sacó un lápiz del bolsillo de su camisa y lo contempló. Era un lápiz púrpura.

—Un lápiz Be-Bop —prosiguió Pocilga—. Supongo que son los más baratos. No hay manera de afilarlos porque la mina siempre se rompe. Desde que empecé primero de básica, cada año, a principios de septiembre, mamá vuelve a casa del supermercado con una caja de plástico que contiene doscientos lápices Be-Bop. Y os juro que los gasto todos cada curso.

Partió en dos el lapicero púrpura y se quedó mirando los pedazos que sostenía entre los dedos. A decir verdad, pensé que realmente parecían los lápices más baratos del mundo. Yo siempre he utilizado los Eberhard Faber.

—De mamá —continuó Pocilga—. Es un regalo de mamá. Doscientos lápices Be-Bop en una caja de plástico. ¿Sabéis a qué se dedica? ¿Además de esas cenas de mierda donde te dan un gran plato de hamburguesas con guarnición y un vaso de papel con zumo de naranja lleno de zanahoria rallada? ¿Lo sabéis? Mamá se dedica a participar en concursos. Es su pasatiempo favorito. Centenares de concursos y sorteos, continuamente. Se suscribe a todas las revistas femeninas y participa en los sorteos y las encuestas. Ya sabéis, «explique por qué le gusta lavar la vajilla con tal producto, en aproximadamente veinticinco palabras». Mi hermana tuvo una vez un gatito, y mamá no dejó que se lo quedara.

—¿Te refieres a la hermana que se quedó embarazada? —preguntó Corky.

—No dejó que se lo quedara —repitió Pocilga—. Y como nadie lo quería, lo ahogó en la bañera. Lilly le suplicó que al menos lo llevara al veterinario para que lo mataran allí, pero mamá aseguró que eso costaría cuatro dólares y no merecía la pena gastar ese dinero en un gatito que no valía nada.

—¡Oh, pobrecito! —musitó Susan Brooks.

—Lo juro por Dios, lo hizo allí mismo, en la bañera. Y todos esos malditos lápices. ¿Me comprará algún día una camisa nueva?, ¿eh? Bueno, quizá por mi cumpleaños. Yo le digo: «Mamá, deberías oír lo que dicen de mí los chicos. Mamá, por el amor de Dios», pero ella ni siquiera me da una paga semanal. Asegura que necesita el dinero para comprar sellos y participar en los concursos. Una camisa nueva por mi cumpleaños y un montón de asquerosos lápices Be-Bop en una caja de plástico al empezar el curso. Una vez conseguí un empleo de repartidor de periódicos, pero me obligó a dejarlo. Decía que había mujeres de virtud relajada que se aprovechaban de los chicos cuando los maridos estaban en el trabajo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Sylvia.

—Y los sorteos. Y las cenas de la Asociación de Padres y Profesores. Y los bailes con carabina. Siempre pegándose a todo el mundo. Siempre dando jabón a todo el mundo y repartiendo son risas.

Pocilga volvió la vista hacia mí y me dedicó la sonrisa más extraña que había visto en todo el día. Y ya había visto bastantes.

—¿Sabéis qué dijo cuando Lilly tuvo que marcharse? Dijo que tendría que vender el coche, el viejo Dodge que me había regalado mi tío cuando obtuve el carnet. Repliqué que

no estaba dispuesto, que el tío Fred me lo había regalado y que pensaba conservarlo. Ella me amenazó con encargarse del asunto si yo me negaba. Los papeles estaban a su nombre, y legalmente el coche le pertenecía. Dijo que no permitiría que yo dejara embarazada a alguna chica en el asiento trasero. Yo. Dejar embarazada a una chica en el asiento trasero.

Blandió una mitad del lápiz que acababa de romper. La mina sobresalía de la madera como un hueso negro.

—Yo. ¡Ja! La última cita que tuve fue la excursión con la clase de octavo de básica. Aseguré a mamá que no vendería el Dodge. Ella dijo que sí lo haría. Terminé vendiéndolo. Yo ya sabía que lo haría. No puedo discutir con ella. Siempre sabe qué replicar. Explicas una razón por la cual no puedes vender el coche, y ella te suelta: «Entonces ¿por qué pasas tanto rato en el baño?» Está absolutamente chiflada. Tú le hablas del coche, y ella te habla del baño. Como si te dedicaras a hacer cochinadas ahí dentro. Es agobiante.

Pocilga echó un vistazo por la ventana. La señora Daño había desaparecido de la vista, y su hijo prosiguió:

—Te agobia, te agobia y te agobia y, al final, siempre te vence. Con lápices Be-Bop que se rompen cada vez que intentas sacarles punta. Es así como te agobia. Y es tan mezquina y estúpida... Ahogó al gatito allí mismo, al pobre gatito, y es tan estúpida que todo el mundo se ríe de ella cuando vuelve la espalda. ¿Y cómo me hace parecer todo eso? Me hace parecer aún más mezquino y estúpido que ella. A su lado, uno se siente como un pequeño gatito que se metió por casualidad en una caja de lápices Be-Bop y llegó a casa por error.

En el aula reinaba un silencio absoluto. Pocilga era el centro de la atención, aunque dudo de que él lo advirtiera. Se mostraba desanimado y resentido, con los puños cerrados en torno a los pedazos del lápiz que acababa de romper. En el exterior un policía estacionó un coche sobre el césped, en paralelo al edificio, y unos pocos agentes se apostaron tras él, presumiblemente para hacer cosas secretas. Iban provistos de armamento antidisturbios.

—No creo que me importara que muriera —murmuró Pocilga con una breve y horrorizada sonrisa—. Ojalá tuviera un arma como la tuya, Charlie. Si la tuviera, creo que la mataría.

—Tú también te has vuelto loco —intervino Ted con voz preocupada—. ¡Dios!, todos os estáis volviendo tan locos como él.

—No seas tan chinche, Ted. Era Carol Granger quien había hablado. En cierto modo resultaba sorprendente que no apoyara a Ted. Yo sabía que habían salido juntos varias veces antes de que ella se liara con su nuevo novio. Además, los hijos de las familias acomodadas suelen hacer buenas migas. Sin embargo, había sido ella quien le había dejado. Estableciendo una analogía bastante torpe, yo empezaba a sospechar que Ted era para mis compañeros de clase lo que Eisenhower para los esforzados liberales de los cincuenta; aquel estilo, aquella sonrisa, aquel programa, aquellas buenas intenciones... Ike tenía que gustar, pero había en él algo exasperante y un poco viscoso. Habréis advertido que yo tenía cierta fijación con Ted... ¿Por qué no iba a tenerla? Todavía hoy trato de entenderle. A veces parece que todo cuanto sucedió esa larga mañana no fue más que un producto de mi imaginación, de la fantasía de un escritor harto de alcohol. Pero ocurrió de verdad, y en ocasiones tengo la impresión de que el centro de todo ello fue Ted, no yo. Me parece que fue Ted quien transformó a todos en lo que no eran... o en lo que realmente eran. Lo único que sé con seguridad es que Carol le miraba desafiante, no como la tímida futura conferenciante

de final de curso que hablaría de los problemas de la raza negra. Carol parecía enfadada y un poco cruel.

Cuando pienso en la administración Eisenhower, me acuerdo del incidente del U-2. Cuando pienso en esa curiosa mañana, recuerdo las manchas de sudor que, poco a poco, se extendían bajo las axilas de la camisa caqui de Ted.

Librodot

—Cuando finalmente se lo lleven —decía Ted—, no encontrarán en él más que una cabeza hueca.

Ted observaba con desconfianza a Pocilga, que seguía mirando fijamente las mitades de su lápiz Be-Bop, sudoroso, como si los fragmentos que sostenía en las manos fueran las únicas cosas que quedaran en el mundo. Tenía el cuello sucio pero, qué diablos, ¿a quién le preocupaba su cuello?

—Te agobian hasta acabar contigo —murmuraba.

Arrojó los fragmentos de lápiz al suelo, los contempló y por último levantó la vista hacia mí con expresión extraña y apesadumbrada. Me sentí un poco incómodo.

—También a ti te agobiarán hasta acabar contigo, Charlie. Espera y verás.

Se produjo un tenso silencio en el aula. Yo empuñaba con mucha fuerza la pistola. Sin pensar, saqué la caja de la munición y coloqué tres balas en el arma, llenando de nuevo el cargador. La culata estaba sudada. De pronto advertí que la había estado asiendo por el cañón, apuntándolo hacia mí, no hacia los chicos de la clase. Sin embargo nadie había hecho el menor intento de abalanzarse sobre mí. Ted estaba un poco encogido en su pupitre, con las manos aferradas al borde. De pronto pensé que tocarle sería como acariciar un bolso d(piel de cocodrilo. Me pregunté si Carol le habría besado o tocado alguna vez. Probablemente sí. La mera idea casi me provocó náuseas.

Susan Brooks rompió a llorar de pronto.

Nadie la miró. Observé a todos, y ellos a mí, Había estado asiendo la pistola por el cañón. Ellos lo sabían, lo habían visto.

Moví los pies, y uno rozó el cuerpo de la señora Underwood. Dirigí la mirada hacia ella. Llevaba una chaqueta de cuadros escoceses sobre un suéter de cachemira marrón. Estaba empezando a hincharse. Probablemente su piel debía de tener el tacto de los bolsos de cocodrilo. El rigor, ya sabéis. En algún momento mi zapatilla había dejado impresa la huella sobre su suéter. Por alguna razón eso me recordó una foto que había visto cierta vez, en que aparecía Ernest Hemingway con un pie apoyado sobre el cuerpo de un león muerto, un fusil en la mano y media docena de porteadores negros sonriendo en segundo plano. De pronto sentí la necesidad de soltar un grito. Yo le había quitado la vida, la había abatido, le había metido una bala en la cabeza y había matado el álgebra.

Susan Brooks había recostado la cabeza sobre el pupitre, como solíamos hacer en el parvulario durante la hora de la siesta. Llevaba un pañuelo azul desvaído en el cabello que la favorecía mucho. El estómago me dolía.

«Decker.»

Lancé un grito y apunté la pistola hacia las ventanas. Un policía del estado hablaba ante un altavoz de pilas. En lo alto de la colina próxima, los periodistas preparaban las cámaras.

—¡Decker, sal con las manos en alto!

—Déjame en paz —musité.

Las manos empezaron a temblarme, y el estómago me dolía cada vez más. Siempre he tenido un estómago delicado. A veces sentía náuseas antes de haber desayunado, antes de marcharme hacia la escuela. También las tuve la primera vez que salí con una chica. En cierta ocasión Joe y yo llevamos a un par de muchachas al parque nacional Harri-son. Era un cálido y magnífico día de julio, y en el cielo había una ligera neblina muy alta. La chica que me acompañaba se llamaba Annemarie, así, todo junto. Era muy bonita. Llevaba unos pantalones cortos de pana verde oscuro, una blusa de seda con escote en forma de pico y una bolsa playera. Mientras nos dirigíamos hacia Bath, en la radio del coche sonaba un buen rock'n'roll. Brian Wilson, lo recuerdo. Sí, Brian Wilson y los Beach Boys. Joe conducía su viejo Mercury azul; siempre lo llamaba su «Sapo Azul», y luego sonreía. Todas las ventanillas estaban abiertas, y yo tenía el estómago revuelto. Joe charlaba con su chica de surf, un tema muy

Librodot

acorde con la música de los Beach Boys. Era una muchacha muy bonita. Se llamaba Rosalynn y era hermana de Annemarie. Abrí la boca para decir que me encontraba mal y vomité en el suelo del automóvil, salpicando un poco a Annemarie en la pierna. No podéis imaginar qué cara puso. O quizá sí lo imagináis. Todos trataron de quitar importancia al asunto, de tomárselo a broma. «Siempre dejo que los chicos me vomiten encima en nuestra primera cita.» Ja, ja. No pude reunir ánimos para nadar en todo el día. Tenía el estómago totalmente revuelto. Annemarie permaneció sentada en su toalla junto a mí casi todo el rato y se quemó con el sol. Las chicas habían portado un almuerzo preparado. Yo sólo pensaba en el Mercury de Joe, aparcado al sol todo el día, y en cómo olería cuando volviéramos. El difunto Lenny Bruce afirmó cierta vez que no hay manera de limpiar un moco de una chaqueta de ante, y yo podría añadir otra de esas grandes verdades de la vida doméstica: no se puede eliminar el olor de vómito de la tapicería de un Mercury azul. Perdura durante semanas, durante meses, durante años incluso. Y realmente apestaba, como había sospechado mientras estábamos en la playa. Todos simularon que no lo notaban. Pero apestaba.

«¡Sal, Decker! ¡No vamos a seguirte el juego por más tiempo!»

—¡Basta! ¡Callaos!

Naturalmente no podían oírme. No querían oírme. Ésa era su jugada.

—Dejadme en paz.

Mi voz sonó casi como un gemido.

—Van a acabar contigo —dijo Pocilga. Era la voz del destino. Intenté pensar en la ardilla, en cómo el césped se extendía hasta el mismo edificio, sin dejar sitio a chorradas. No lo conseguí. Mi mente era como un espantapájaros a merced del viento. Aquel día en la playa había sido caluroso y radiante. Todo el mundo llevaba un transistor, y todos lo tenían sintonizado en una emisora distinta. Joe y Rosalynn habían practicado surf sobre unas olas verde botella. «Tienes quince minutos, Decker.»

—Sal de una vez —me incitó Ted. Sus manos agarraban de nuevo el borde del pupitre—. Sal ahora, mientras todavía tienes una oportunidad.

Sylvia se volvió hacia él.

—¿Qué te propones? ¿Convertirte en una especie de héroe? ¿Por qué? ¿Por qué? Una mierda; no eres más que una mierda de tipo, Ted Jones. Ya les contaré...

—No me digas lo que...

—...a acabar contigo, Charlie, a agobiarte. Espera y...

«¡Decker!»

—Sal ahora, Charlie.

—Por favor, ¿no ves que le pones nervioso...? «¡Decker!»

—...las cenas de la Asociación de Padres y Profesores y toda esa basura de...

—...a hacerte pedazos si les dejas...

«¡Decker!»

—...aplastarte y acabar contigo, Charlie... «No queremos vernos forzados a disparar.»

—...hasta que estés preparado...

—Déjale en paz, Ted.

—Si supierais lo que todos vosotros...

—Callad.

«Sal fuera.»

Apunté la pistola hacia la ventana, empuñándola con ambas manos, y apreté el gatillo cuatro veces. Los estampidos retumbaron en el aula como bolas de boliche. El cristal de la ventana estalló en mil pedazos. Los policías desaparecieron de la vista, mientras las cámaras de televisión se arrojaban al suelo. El grupo de espectadores se dispersó, corriendo en todas direcciones. Las astillas de cristal brillaron y titilaron sobre la hierba verde del exterior como

diamantes sobre el terciopelo de un escaparate, como gemas más brillantes que cualquier joya de la tienda del señor Frankel.

No hubo disparos de respuesta. Lo que decía aquel policía era un farol. Ya lo sabía; era mi estómago, mi maldito estómago. ¿Qué otra cosa podían hacer, sino echarse faroles?

Ted Jones no jugaba ningún farol. Ya había recorrido la mitad del pasillo entre su asiento y el escritorio cuando al fin logré volver la pistola hacia él. Quedó paralizado, y noté que estaba seguro de que iba a dispararle. Su mirada se perdió en la oscuridad, más allá de mis ojos.

—Siéntate —ordené.

Ted no se movió. Cada uno de sus músculos parecía petrificado.

—Siéntate.

Empezó a temblar. Pareció empezar por las piernas y continuar luego por el cuerpo hasta extenderse por los brazos y el cuello. El temblor llegó a su boca, que empezó a sollozar en silencio. Luego le subió a la mejilla derecha, que pareció retorcerse en una mueca. Sus ojos, en cambio, seguían clavando la mirada en los míos. He de reconocer ese detalle, y con admiración. Una de las escasas cosas que dice mi padre cuando ha bebido un poco, y con la cual estoy de acuerdo, es que a los muchachos de esta generación les falta coraje. Algunos todavía tratan de iniciar la revolución colocando bombas en los lavabos del gobierno estadounidense, pero ninguno de ellos se atreve a lanzar cócteles molotov al Pentágono.

Los ojos de Ted, aunque llenos de oscuridad, roe miraban con fijeza.

—Siéntate —repetí.

Ted Jones retrocedió y tomó asiento.

Ninguno de los presentes había gritado. Algunos se habían llevado las manos a los oídos y ahora las apartaban de ellos poco a poco, comprobando el nivel acústico del aire. Me palpé el estómago. Seguía allí. Volvía a estar bajo control.

El hombre del altavoz habló de nuevo, pero esta vez no se dirigía a mí. Recomendaba a la gente que presenciaba el espectáculo desde el otro lado de la avenida que se apresurara a retirarse. Todos le obedecieron. Muchos corrían con la espalda encorvada, como Richard Widmark en alguna película de la Segunda Guerra Mundial.

Una ligera brisa se colaba por las dos ventanas rotas y arrastró un papel que Harmon Jackson tenía sobre el pupitre, arrojándolo al suelo. Harmon se agachó y lo recogió.

—Cuéntanos algo, Charlie —propuso Sandra Cross.

Noté que una sonrisa extraña se formaba en mis labios. Quise entonar el estribillo de una canción popular, una sobre unos ojos azules bonitos, preciosos, pero no logré recordar la letra; probablemente no me habría atrevido de todos modos. Canto muy mal. Así pues, me limité a mirarla, dedicándole una sonrisa misteriosa. Sandra se ruborizó un poco, pero no bajó la mirada. La imaginé casada con algún patán, con cinco trajes de dos botones y papel higiénico de color pastel, muy a la moda, en el cuarto de baño. Me dolió la inexorabilidad de su destino. Tarde o temprano todas descubren que resulta poco sofisticado menear el culo en el grupo de danza de Sadie Hawkins o esconderse en el maletero del coche para entrar sin pagar en el cine al aire libre. Entonces dejan de tomar pizzas e introducir monedas en la máquina tocadiscos del bar de Fat Jimmy. Y dejan de besarse con los chicos en el huerto de los arándanos. Y siempre terminan pareciéndose a las muñequitas recortables de las revistas juveniles. «Doblar por la pestaña A, la pestaña B y la pestaña C. Observa cómo se hace mayor ante tus propios ojos.» Por un instante pensé que echaría a llorar, pero evité tal indignidad preguntándome si Sandra también llevaría braguitas blancas ese día.

Eran las 10.20. Entonces empecé a hablar.

Librodot

22

Yo tenía doce años cuando mi madre me compró el traje de pana. Para entonces papá ya me había dejado por imposible, y mi existencia era responsabilidad exclusiva de mi madre. Acudía a la iglesia los domingos y a las lecturas bíblicas los jueves por la tarde con el traje y una de mis tres pajaritas con cierre automático. Absolutamente a la antigua.

Sin embargo jamás habría pensado que me obligaría a ponérmelo para asistir a aquella maldita fiesta de cumpleaños. Intenté todo. Razoné con ella, amenacé con no ir, incluso le mentí diciendo que la fiesta se había anulado porque Carol tenía la varicela. Una llamada a la madre de Carol aclaró que no era así. Nada dio resultado. Mamá me dejaba vestir como quisiera la mayor parte del tiempo, pero cuando se le metía una idea en la cabeza, no había manera de quitársela. Escuchad esto: un año, por Navidad, el hermano de mi padre le regaló un enorme rompecabezas rarísimo. Creo que tío Tom se había confabulado en eso con mi padre. Mamá realizaba muchos rompecabezas —yo la ayudaba—, y los dos hombres consideraban tal afición una pérdida de tiempo. Así pues, mi tío le envió un rompecabezas de quinientas piezas que tenía un único arándano en la esquina inferior derecha; el resto era blanco, sin más dibujos ni tonos de color. Mi padre se desternilló de risa al verlo. «Vamos a ver si eres capaz de hacer éste, madre», dijo. Siempre la llamaba «madre» cuando creía que le había hecho una buena jugada, y ella siempre se enfadaba. El día de Navidad por la tarde, mamá se sentó y volcó las piezas en la mesa de su dormitorio (para entonces, dormían en habitaciones separadas). Los días 26 y 27 de diciembre, papá y yo tomamos comidas preparadas para almorzar y cenar, y en la mañana del 28 el rompecabezas estaba terminado. Mamá le sacó una fotografía Polaroid para enviarla a tío Tom, que vive en Wisconsin. Luego recogió el rompecabezas y lo guardó en la buhardilla. Eso fue hace dos años, y por lo que sé todavía sigue allí. Mi madre era una persona agradable, culta y con buen sentido del humor. Trata bien a los animales y los mendigos que tocan el acordeón, pero no la incordies, o te lanzará una coz... generalmente dirigida a la entrepierna.

Yo empezaba a irritarla. De hecho le repetí mis argumentos por cuarta vez, pero poco podía hacer ya. La pajarita me rodeaba ya el cuello de la camisa como una araña rosa con patas de metal ocultas, la americana me quedaba demasiado estrecha, y mamá me había obligado a ponerme los zapatos de punta redondeada, que eran los de lucir el domingo. Mi padre no estaba; había ido al bar de Gogan para recordar viejos tiempos con algunos amigos; de haberse encontrado en casa, habría dicho que mi aspecto era de «perfecto orden de re-• vista». Yo no quería pasar por idiota.

—Escucha, mamá...

—No quiero oír una palabra más, Charlie. Yo tampoco quería oír una palabra más, pero era yo quien se jugaba el título de Huevón del Año, no ella. Por eso me vi forzado a refunfuñar:

—Lo único que intento explicarte es que nadie acudirá a la fiesta con traje, mamá. Esta mañana he telefoneado a Joe McKennedy y me ha comentado que pensaba llevar...

—Calla ya —interrumpió sin levantar la voz. Obedecí. Cuando mi madre dice «calla», habla en serio—. Calla, o no te dejaré salir.

Yo sabía qué significaba eso. «No salir» abarcaría mucho más que la fiesta de Carol Granger. Probablemente se refería al cine, el parque de atracciones de Harlow y las clases de natación del mes siguiente. Mamá es tranquila, pero tiene un pronto terrible cuando se la desobedece. Me acordé del rompecabezas, que se titulaba «El último arándano del huerto». Aquel juego que la había puesto de tan mal humor llevaba dos años encerrado en la buhardilla. Como alguno ya sabrá, en aquella época yo sentía cierta atracción por Carol. Le había comprado un pañuelo con sus iniciales y lo había envuelto yo mismo. Mamá se había

ofrecido a hacerlo, pero no la dejé. Además, no se trataba de ninguna baratija de medio dólar. Era una preciosidad que costaba cincuenta y nueve centavos en la tienda Lewiston J. C. Penney y tenía una puntilla alrededor.

—Está bien —gruñí—. Está bien, está bien.

—Y no vuelvas a intentar engañarme —me advirtió con expresión ceñuda—. Tu padre todavía es muv capaz de propinarte una buena paliza.

—No lo sabré yo... —repliqué—. Cada vez que estamos juntos en la misma habitación me lo recuerda.

—Charlie...

—He de irme ya, mamá —interrumpí, dando por zanjada la conversación—. Hasta luego.

—¡No te ensucies! —exclamó cuando yo casi estaba en la puerta—. ¡No te manches los pantalones de helado! ¡Acuérdate de dar las gracias cuando te vayas! ¡Saluda a la señora Granger!

No contesté a ninguna de esas órdenes, considerando que hacerlo sería darle nuevos ánimos para continuar. Me limité a hundir aún más en el bolsillo la mano en que no llevaba el paquete y bajar la cabeza.

—¡Pórtate como un caballero! ¡Señor!

—¡Y no empieces a comer hasta que lo haya hecho Carol!

¡Dios santo!

Me apresuré a desaparecer de su vista antes de que decidiera echar a correr detrás de mí para comprobar si me había meado encima.

Pero no era un día para sentirme mal. El cielo estaba despejado, el sol calentaba lo suficiente y soplaba una ligera brisa que hacía más agradable el camino. Estábamos en vacaciones de verano, y quizá Carol mostraría incluso cierto interés por mí. Naturalmente yo no sabía qué haría si Carol, en efecto, lo mostraba; quizá llevarla en el asiento posterior de mi bicicleta. En cualquier caso, ya me ocuparía de cómo cruzar ese puente si llegaba a él. Tal vez sobreestimaba las cualidades negativas del traje de pana. Si a Carol le gustaba algún actor que los usara, yo le encantaría.

Entonces vi a Joe y empecé a sentirme de nuevo como un estúpido. Llevaba unos téjanos blancos muy gastados y una camiseta. Observé que me miraba de arriba abajo y fruncí el entrecejo. Mi chaqueta tenía botones de cobre con figuras en relieve, absolutamente pasados de moda.

—Vaya traje —dijo—. Pareces ese tipo del programa de Lawrence Belch, el del acordeón.

—Myron Floren —dije—. Exacto. Me ofreció un chicle y retiré el envoltorio.

—Idea de mi madre.

Me llevé el chicle a la boca. Era un BlackJack. No lo hay mejor. Me lo pasé por la lengua e hice globos con él. Volvía a sentirme mejor. Joe era un amigo, el único que había tenido. Nunca parecía tenerme miedo ni le molestaban mis extrañas costumbres (por ejemplo, cuando me viene una buena idea a la cabeza, tengo tendencia a hacer las muecas más espantosas sin siquiera darme cuenta;
¿no pronunció el señor Grace una conferencia acerca de cosas así en una clase?). Yo superaba a Joe en el terreno intelectual, pero él me aventajaba mucho en cuestión de trabar amistades. La mayoría de los chicos no concede ningún valor al cerebro; un tipo con un cociente intelectual alto que no sabe jugar al béisbol, o al menos acabar tercero en una paja en grupo, es un cero a la izquierda. En cambio a Joe le gustaba mi modo de pensar. Nunca lo dijo, pero sé que era así. Y como Joe caía bien a todo el mundo, sus amigos toleraban mi presencia. No puedo decir que adorara a Joe McKennedy, pero sí algo parecido. Era como una droga para mí.

Caminábamos mascando los BlackJack, cuando una mano se posó en mi hombro de

Librodot

pronto. A punto estuve de tragarme el chicle. Trastabillé y me volví. Era Dicky Cable.

Dicky era un chico bajo y robusto que siempre me recordaba, en cierto modo, a una segadora de césped, una gran Briggs & Stratton con el tubo de escape abierto. Tenía una gran sonrisa cuadrada que exhibía unos dientes grandes, blancos y cuadrados que encajaban en las encías como los dientes de un engranaje. Parecían mascar y roer entre sus labios como las cuchillas de una segadora cuando giran a tal velocidad que parecen no moverse. Tenía aspecto de comer niños. Por lo que yo sabía, así era.

—¡Hijo de perra, qué guapo vas! —Dicky hizo un guiño de complicidad a Joe—. ¡HIJO de perra, estás más guapo que una mierda de búho!

Y me dio una palmada en la espalda. Me sentí muy pequeño. Le tenía miedo; creo que sospeché que tendría que pegarme con él antes de que terminara el día, y que probablemente me echaría atrás.

—Déjame la espalda en paz —dije. Pero él no estaba dispuesto a dejarla en paz. Continuó dándome palmadas hasta que llegamos a casa de Carol. Mis peores temores se vieron confirmados en el instante en que crucé la puerta. Nadie iba bien vestido. Carol se hallaba en medio de la habitación y estaba realmente guapísima, radiante. Se la veía bonita y relajada, con una leve pátina de sofisticación en su adolescencia apenas iniciada. Probablemente aún lloraba, y le daban pataletas y se encerraba en el baño; seguramente todavía escuchaba discos de los Beatles y tenía una foto de David Cassidy, que aquel año estaba magnífico, en una esquina del espejo. Sin embargo no ofrecía en absoluto esa impresión, lo que me dolió y me hizo sentirme como un enano. Ataviada con un vestido marrón, reía entre un grupo de chicos, gesticulando.

Dicky y Joe se acercaron para entregarle sus regalos, y ella rió y les dio las gracias. Dios santo, qué guapa estaba.

Decidí marcharme. No quería que me viera con la pajarita y el traje de pana con botones metálicos. No deseaba verla hablar con Dicky Cable, que a mí me recordaba una segadora humana pero que por lo visto a ella le caía muy bien. Como Lamont Cranston, me limitaría a nublar unas pocas mentes y escurrir el bulto. Tenía un dólar en el bolsillo, una propina por haber limpiado de hierbajos el jardín de la señora Katzent el día anterior, de modo que podría entrar en algún cine de Brunswick si alguien me subía a su coche; allí, sentado en la oscuridad, podría administrarme una buena dosis de autocompasión.

Sin embargo antes de que pudiera marcharme, la señora Granger me vio.

No era mi día. Imaginad una falda plisada y una blusa de gasa translúcida sobre un tanque Sherman con dos tórrelas de cañones. Su cabello parecía un huracán, recogido en sendos moños a ambos lados de la cabeza y sostenidos de algún modo por un gran lazo de satén de un venenoso color amarillo.

—¡Charlie Decker! —cloqueó.

Y abrió unos brazos que parecían dos grandes rebanadas de pan. Por poco salgo corriendo presa del pánico. Era un alud a punto de desplomarse. Era todos los monstruos que han creado los japoneses reunidos en uno; era Ghidra, Mothra, Godzilla, Rodan y Tukan el Terrible cargando a través del salón de los Granger. Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue que todo el mundo se volvió para mirarme...

La señora Granger depositó un beso baboso en mi mejilla y graznó:

—¡Pero qué guapo estás!

Y por un instante temí que añadiera: «Estás más guapo que una mierda de buho.»

Bien, no os torturaré con los detalles. ¿De qué serviría? Ya os habréis hecho una idea. Tres horas de puro infierno. Dicky se acercaba siempre que tenía oportunidad con un «¡Pero qué guapo estás!». Un par de chicos se aproximó para preguntarme quién había muerto.

El único que permaneció a mi lado fue Joe, pero incluso eso me molestó un poco. Le oí decir a más de un chico que me dejara en paz, lo que no me gustó mucho. Me hizo sentirme el tonto del pueblo.

Creo que la única que no reparó en mi presencia fue CaroL Me hubiera molestado que me preguntara si quería bailar cuando pusieron los discos, pero más me molestó que no lo hiciera. Yo no hubiera podido bailar, pero la intención era lo que contaba.

De modo que deambulé por allí mientras los Beatles cantaban *The Bailad of John and Yoko y Let It Be,* mientras los Adreizi Brothers cantaban *Hey, Mr. Sun* en su soberbio estilo desentonado. Ofrecí mi mejor impresión de maceta ambulante. Entretanto, la fiesta continuaba. Pareció que duraría eternamente, que los años pasarían como hojas arrastradas por el viento, que los coches se convertirían en montones de chatarra, que las casas se habrían derrumbado, que los padres se habrían transformado en polvo, que las naciones habrían vivido períodos de auge y decadencia. Tuve la sensación de que aún seguiríamos allí cuando el arcángel Gabriel apareciera sobre nosotros con la trompeta del juicio en una mano y un matasuegras en la otra. Se sirvieron helado y un gran pastel con la frase FELIZ CUMPLEAÑOS, CAROL en azúcar verde y rojo, y hubo más baile. Un par de chicos propuso jugar a hacer rodar la botella, pero la señora Granger lanzó una gran carcajada y dijo:

—No, ah, no.

¡Oh, no!

Por fin Carol dio unas palmadas y anunció que saldríamos todos al jardín para jugar a seguir al rey, ese juego que se basa en la cuestión más candente del momento; ¿estás preparado para la sociedad del mañana?

Todo el mundo salió al exterior. Vi a los invitados correr de un lado para otro pasándoselo bien, o haciendo lo que se entiende por pasárselo bien cuando se forma parte de un grupo de jóvenes recién llegados a la pubertad. Yo me entretuve un minuto antes de salir, pensando que Carol tardaría un segundo en hacerlo, pero ella fue de las primeras en dirigirse al jardín. Crucé la puerta y me quedé en el porche, observando la escena. Joe permaneció a mi lado, sentado en la barandilla del porche con una pierna colgando y la otra apoyada en el suelo, y ambos contemplamos el ambiente de la fiesta. No sé cómo se las arreglaba para estar siempre donde yo me colocaba, sentado sobre cualquier cosa, observando.

—Carol es una presumida —dijo finalmente,

—No. Sólo está muy ocupada. Hay mucha gente.

—Una mierda —replicó Joe. Permanecimos en silencio unos instantes. Luego alguien exclamó:

—¡Eh, Joe!

—Si juegas, te ensuciarás el traje y a tu madre le dará un ataque —afirmó Joe.

—O dos —añadí.

—¡Vamos, Joe!

Esta vez le llamó Carol. Se había puesto unos pantalones de algodón, probablemente diseñados por Edith Head, y se la veía alegre y bonita. Joe me miró. Se empeñaba en cuidar de mí, y de pronto me sentí más aterrorizado que nunca desde aquella noche en que desperté en la tienda de campaña durante la cacería con mi padre. Cuando llevas un rato bajo la protección de alguien, empiezas a detestar esa situación; además, temía que Joe me odiara algún día por ello. En aquel instante, con mis doce años, no tenía muy claras tales ideas, pero las intuía.

—Ve —le animé.

—¿Estás seguro de que no prefieres...?

—Sí, sí. De todos modos debo regresar pronto a casa.

Le observé alejarse, un poco dolido porque no se había ofrecido a acompañarme, pero

Librodot

aliviado también. A continuación me dispuse a cruzar el césped en dirección a la calle.

Dicky se fijó en mí.

—¿Te vas ya, guapito?

Debería haberle respondido algo ocurrente, pero sólo fui capaz de decirle que se callara.

Me cerró el paso como si hubiera estado esperando esa oportunidad, con su gran sonrisa de cortadora de césped. Olía a verdor y reciedumbre, como las lianas de la selva.

—¿Cómo has dicho, guapito?

Todas las emociones de la tarde se acumularon en mi interior, y me sentí furioso, realmente furioso. Habría escupido al mismísimo Hitler. Así de furioso me sentía.

—He dicho que te calles. Apártate de mi camino.

(En la clase, Carol Granger se cubrió los ojos con las manos... pero no me pidió que dejara el tema. Se lo agradecí en silencio y la respeté por esa actitud.)

Todos me miraban, pero nadie decía nada. La señora Granger se hallaba en el interior de la casa, cantando *Swanee* a voz en grito.

—Quizá piensas que puedes hacerme callar—replicó Dicky, mesándose el cabello engominado.

Le aparté a un lado de un empellón. Estaba fuera de mis casillas. Era la primera vez que me sentía así. Era otro yo, otra persona, quien impulsaba mis actos. Yo me limitaba a seguir sus iniciativas, nada más.

Dicky se abalanzó sobre mí, asestándome un puñetazo en el hombro que casi me paralizó los músculos del brazo. ¡Qué daño me hizo! Era como si me hubiese golpeado una bola de nieve dura.

Le agarré, porque nunca he sabido boxear, y le empujé hacia atrás. Su gran sonrisa humeaba, exhalaba el aliento hacia mi rostro. Con un rápido movimiento de pies, me pasó un brazo en torno al cuello como si se dispusiera a darme un beso, al tiempo que descargaba una y otra vez el otro puño sobre mi espalda, pero fue como si alguien golpeara en una puerta muy lejana. Tropezamos con una figura de piedra que representaba un flamenco y caímos sobre el césped.

Dicky era fuerte, pero yo estaba desesperado. De pronto golpear a Dicky Cable se convirtió en mi única misión en la vida. Era como si hubiera venido a la Tierra para eso. Recordé el pasaje de la Biblia sobre la lucha de Jacob con el ángel y solté una risita demente ante el rostro de Dicky. Lo tenía debajo y me esforzaba por mantenerlo en aquella posición.

De pronto se escurrió de debajo de mi cuerpo—era un tipo terriblemente escurridizo— y me golpeó en el cuello con un brazo.

Emití un breve grito y quedé tendido de bruces. En un abrir y cerrar de ojos, Dicky se sentó a horcajadas sobre mi espalda. Intenté darme la vuelta, pero no lo conseguí.

No lo conseguí. Dicky se disponía a sacudirme porque era incapaz de quitármelo de encima. Todo resultaba horrible y carente de sentido. Me pregunté dónde estaba Carol; contemplando la escena, probablemente. Todos debían estar mirando. Noté que el traje de pana se desgarraba bajo las axilas y que los botones metálicos con figuras grabadas saltaban uno tras otro a medida que me arrastraba por la tierra. Pero no logré darme la vuelta.

Dicky reía. Me agarró por la cabeza y la golpeó contra el suelo como si de una pelota se tratara.

—¡Eh, guapito! —Pam. Estrellitas y el sabor de la hierba en la boca. Ahora era yo la segadora de césped—. ¡Eh, guapito, eres una monada!

Me cogió por el cabello y me hundió el rostro en el césped. Empecé a gritar.

—¡Estás hecho un auténtico dandi! —exclamaba Dicky entre risas mientras seguía aplastándome la cabeza contra el suelo—. ¡Tienes un aspecto estupendo!

De pronto desapareció de encima de mí porque Joe le había arrancado de su posición.

Librodot

—¡Basta ya, maldita sea! —vociferaba Joe—. ¿No ves que ya es suficiente?

Me puse en pie, llorando. Tenía el cabello sucio de tierra. La cabeza no me dolía lo suficiente para justificar las lágrimas, pero allí estaban. No podía contenerlas. Todos los presentes tenían ese curioso aire perruno que adoptan los chicos cuando se han excedido, y noté que evitaban mirarme. Fijaban la vista en las puntas de sus pies como si quisieran asegurarse de que aún estaban allí. Miraban la valla cerrada con una cadena como para cerciorarse de que nadie la robaba. Algunos miraban hacia la piscina del jardín vecino por si alguien estaba ahogándose y necesitaba un rápido rescate.

Carol se hallaba en primera fila y se disponía a avanzar un paso. Entonces miró alrededor para comprobar si alguien estaba dispuesto a seguirla, pero no encontró a nadie. Dicky Cable se pasaba un peine por el cabello. No se había ensuciado en absoluto. Carol movió los pies con gesto nervioso;
el viento le agitaba la blusa.

La señora Granger había dejado de cantar *Swanee.* Se encontraba en el porche, boquiabierta.

Joe se acercó y me puso una mano en el hombro.

—¡Eh, Charlie! ¿Qué tal si nos vamos? Intenté apartarle con un brazo y sólo conseguí caer tendido al suelo.

—¡Déjame en paz! —espeté con voz ronca y furiosa. Más que gritar, estaba sollozando. En el traje de pana sólo quedaba un botón, que colgaba de la americana sujeto apenas por un hilo. Los pantalones estaban húmedos y manchados de hierba. Empecé a gatear sobre el césped aplastado, llorando todavía, en busca de los botones que habían saltado. La cara me ardía.

Dicky murmuraba una rápida letanía que no entendí al tiempo que se pasaba el peine por el cabello nuevamente. Reconozco que le admiro por ello. Al menos no ponía cara de cocodrilo llorón después de lo sucedido.

La señora Granger se acercó a mí caminando como un pato.

—Charlie... Charlie, cariño...

—¡Cállate, vieja gorda! —exclamé. No veía nada. Todo aparecía borroso ante mis ojos, y todos los rostros parecían abalanzarse sobre mí. Las manos tendidas hacia mí semejaban garras. No alcanzaba a ver lo suficiente para encontrar el resto de los botones.

—¡Vieja gorda! —repetí antes de salir corriendo.

Me detuve tras una casa desocupada de la calle Willow y decidí sentarme ante ella hasta que se hubieran secado las lágrimas. Bajo la nariz tenía una capa de mucosidad seca. Desdoblé el pañuelo, me limpié y me soné la nariz. Se acercó un gato callejero e intenté acariciarlo. El animal rehuyó mi mano. Yo sabía exactamente cómo debía sentirse.

El traje había quedado realmente maltrecho, pero no me importaba. Ni siquiera me preocupaba qué diría mi madre; probablemente más adelante llamaría a la madre de Dicky para protestar por la conducta de su hijo. En cambio, sí me preocupaba mi padre. Le imaginé sentado, observándome detenidamente con cara de póquer y antes de preguntar: «¿Cómo ha quedado el otro chico?»

E imaginé mis mentiras.

Permanecí sentado alrededor de una hora; planeé acercarme a la autopista y poner el dedo, a la espera de que alguien me sacara de la ciudad para nunca volver.

Finalmente regresé a casa.

23

En el exterior de la escuela parecía celebrarse una verdadera convención policial. Coches patrulla azules, vehículos blancos del Departamento de Policía de Lewiston, otros blancos y negros de Brunswick y dos más de Auburn. Los agentes responsables de aquella exposición automovilística avanzaban de un lado a otro agachados tras los vehículos. Aparecieron más periodistas con cámaras equipadas con teleobjetivos que apoyaban como cobras sobre el techo de sus coches. Se habían instalado vallas para detener el tráfico en la carretera a ambos lados de la escuela, junto a una doble hilera de esos recipientes de queroseno que producen tanto hollín y siempre me recuerdan esas bombas de los anarquistas que salen en los tebeos. Los empleados del Departamento de Obras Públicas municipal habían colocado un rótulo con la palabra DESVIACIÓN. Supongo que no tenían en el almacén nada más apropiado, como MARCHA LENTA. LOCO SUELTO, por ejemplo. Don Grace y el bueno de Tom Denver charlaban animadamente con un tipo enorme, fornido, que vestía uniforme de la policía del estado. Don parecía casi enfadado. El tipo fornido le escuchaba, moviendo la cabeza en gesto de negación. Supuse que era el capitán Frank Philbrick, de la policía del estado de Maine. Me pregunté si sabría que estaba ofreciéndome un blanco perfecto.

Carol Granger rompió el silencio con voz temblorosa y expresión avergonzada. Yo no había contado aquella historia para avergonzarla.

—Yo era apenas una niña, Charlie.

—Ya lo sé —repliqué con una sonrisa—. Aquel día estabas muy bonita. Desde luego, no parecías ninguna niña.

—Y me gustaba Dicky Cable.

—¿Incluso después de la fiesta? Carol se azoró aún más.

—Más que nunca. Asistí con él a la fiesta campestre de octavo curso. Lo encontraba muy... muy osado, supongo, e impetuoso. En esa fiesta campestre intentó... intentó propasarse, ¿entendéis?, y yo me dejé... un poco. Esa fue la única vez que salí con él. Ahora ni siquiera sé por dónde anda.

—Está en el cementerio de Placerville —explicó Dick Keene con voz neutra.

La noticia me sorprendió desagradablemente. Era como si acabara de ver el fantasma de la señora Underwood. Todavía habría sido capaz de señalar los lugares donde Dicky me había golpeado. Pensar que estaba muerto me provocó un terror extraño, casi nebuloso. Al mismo tiempo percibí en el rostro de Carol un reflejo de lo que yo sentía. «Intentó propasarse y yo me dejé... un poco.» ¿Qué significa eso para una estudiante destacada como Carol? Quizá Dicky la había besado. Tal vez incluso la había llevado a un prado apartado y explorado el territorio virgen de sus pechos florecientes. En la fiesta campestre de octavo curso. Dios nos valga. Dicky había sido osado e impetuoso.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Don Lordi. Dick habló lentamente:

—Le atropello un camión. Resulta curioso. Se sacó el carnet de conducir en octubre pasado y llevaba el coche como un loco, como un auténtico chalado. Supongo que quería demostrar a todo el mundo que tenía... pelotas, ¿entendéis? Conducía de tal manera que casi nadie quería subir al coche con él. Tenía un Pontiae de 1966, y se encargaba de todos los arreglos. Lo pintó de verde botella y hasta dibujó un as de espadas en la portezuela del copiloto.

—Sí —confirmó Melvin—. Vi ese coche varias veces en el parque de atracciones de Harlow.

—Le acopló sin ayuda un cambio de marchas Hearst —continuó Dick—. Carburador de cuatro cilindros, leva de culata y carburante a inyección. El coche ronroneaba. Zumbaba a noventa en segunda. Yo le acompañaba una noche en que tomó a ciento treinta la calle

Librodot

Stackpole en Harlow. Llegamos a las curvas de Brisset y empezamos a derrapar. Lo pasé fatal. Tienes razón, Charlie, cuando sonreía, Dicky tenía un aire extraño. No sé si se parecía realmente a una segadora de césped, pero desde luego tenía un aspecto muy extraño. Mientras derrapábamos, no dejaba de sonreír. Y repetía una y otra vez: «Puedo dominarlo, puedo dominarlo.» Y lo consiguió; entonces le hice detenerse y volví a casa caminando. Tenía las piernas como-si fueran de goma.

»Un par de meses después le atropello un camión de reparto en Lewiston mientras cruzaba la calle Lisbon. Randy Milliken, que iba con él, dijo que Dick no estaba bebido o colocado. La culpa fue del camionero. Le condenaron a tres meses de prisión, pero Dick está muerto. Es curioso.

Carol parecía aturdida. Estaba muy pálida. Temí que se desmayara y, para desviar su atención hacia otras cosas, pregunté:

—¿Se enfadó conmigo tu madre, Carol?

—¿Eh?

Ella miró alrededor con aquel aire desconcertado que solía adoptar y que resultaba tan gracioso,

—La llamé vieja. Vieja gorda, creo recordar.

—¿Eh? —Carol arrugó la nariz; creo que luego sonrió agradecida al darse cuenta de mi maniobra—. Desde luego, se enfadó y mucho. Pensó que toda la culpa de la pelea era exclusivamente tuya.

—Tu madre y la mía acudían juntas a un club, ¿verdad?

—¿Al Club de Lectura y Bridge? En efecto. —No había cruzado las piernas, y sus rodillas estaban algo separadas. Echó a reír—. Seré sincera, Charlie; tu madre no me caía bien, aunque únicamente la había visto un par de veces y sólo habíamos intercambiado unos saludos. Mi madre siempre hablaba de lo inteligente que era la señora Decker, de lo bien que captaba el sentido de las novelas de Henry James y cosas así. Y del espléndido caballerete que eras tú.

—Ya sé, más guapo que una mierda de búho —asentí con gesto seno—. Mi madre también decía cosas parecidas de tí, ¿sabes?

—¿De verdad?

—Es cierto.

De pronto me asaltó una idea que me produjo el mismo efecto que un puñetazo en la nariz. ¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta antes, con lo que me gustaba dar vueltas a las cosas? Eché a reír, repentinamente complacido y con cierta amargura. Luego añadí:

—Apuesto a que ahora entiendo por qué esa insistencia en que llevara el traje. Ya sabes, trataban de hacer de casamenteras. «¿No formarían una parejita estupenda?» «Hay que pensar en una descendencia inteligente.» Las mejores familias juegan a eso, Carol. ¿Quieres casarte conmigo?

Carol me miró boquiabierta.

—¿Acaso pretendían...? —Pareció incapaz de terminar la frase.

—Eso creo.

Ella sonrió y se le escapó una risita. Después lanzó una franca carcajada. Lo consideré una ligera falta de respeto hacia los muertos, pero lo dejé correr, aunque, a decir verdad, la señora Underwood nunca estaba lejos de mis pensamientos. Después de todo, casi pisaba su cuerpo.

—Ese tipo grandullón viene hacia aquí—anunció Bill Sawyer.

Así era. Frank Philbrick avanzaba hacia el edificio de la escuela con la vista fija al frente. Deseé que los fotógrafos de prensa le tomaran el lado bueno; quién sabe, quizá querría utilizar algún retrato para las postales navideñas de aquel año. Entró por la puerta principal, oí sus pasos procedentes del fondo del vestíbulo, amortiguados, como si provinieran de otro mundo,

y le oí subir a continuación hacia el despacho. Tuve el extraño pensamiento de que sólo allí dentro era una persona real. Todo cuanto había al otro lado de las ventanas era pura televisión. El espectáculo eran ellos, no yo. Mis compañeros pensaban lo mismo. Lo leía en sus rostros.

Un silencio.

Clic. El intercomunicador.

—¿Decker?

—¿Sí, señor?

El tipo respiraba pesadamente. Le oía aspirar y exhalar, como si fuera un enorme animal sudoroso. Nunca me ha gustado ese sonido. Mi padre hace lo mismo cuando habla por teléfono; te llega su profundo jadeo, hasta el punto de que casi se puede percibir el olor a whisky y Pall Malí de su aliento. Siempre me ha parecido un acto antihigiénico y un tanto homosexual.

—En menuda situación nos has metido, Decker.

—Supongo que así es, señor.

—No nos entusiasma la idea de tener que disparar contra ti.

—A mí tampoco, señor. Y no le aconsejo que lo intente.

Un profundo jadeo.

—Bueno, salgamos de una vez de dudas. ¿Cuál es tu precio?

—¿Precio?—repetí—. ¿Precio?

Por un instante tuve la impresión de que me había tomado por una interesante pieza de mobiliario parlante, una silla Morris, quizá, equipada para suministrar al presunto comprador toda la información pertinente. Al principio encontré la idea divertida. Luego me enfureció.

—El precio por dejarles en libertad. ¿Qué quieres? ¿Salir por televisión? De acuerdo. ¿Hacer alguna declaración para los periódicos? Concedido. —Un bufido, otro y otro—. Bien, hagámoslo y terminemos de una vez, antes de que esto se convierta en una ensalada de tiros. Sólo tienes que decirnos qué quieres.

—Le quiero a usted —respondí. El jadeo se interrumpió. Luego se reanudó. Empezaba a crisparme los nervios.

—Tendrás que explicarme eso —replicó el policía.

—Desde luego, señor. Podemos hacer un trato. ¿Le gustaría hacer un trato? ¿Intenta proponerme eso?

No hubo respuesta. Sólo unos jadeos. Philbrick salía en el noticiario de las seis cada víspera de una fiesta importante para leer un mensaje del estilo «por favor, conduzca con prudencia» con cierta ineptitud tosca que resultaba fascinante y casi cautivadora. Durante el diálogo con él había notado algo familiar en su voz, algo que tenía cierto tufo a *deja vu.* Por fin comprendí de qué se trataba. Era ese jadeo. Incluso por televisión, sonaba como un toro dispuesto a montar un buen ejemplar de vaca.

—¿Cuál es el trato?

—Antes dígame una cosa —repuse—. ¿Alguien ahí fuera piensa que tal vez decidiré comprobar cuánta gente soy capaz de matar aquí abajo? ¿Quizá Don Grace?

—Esa mierda de tío —murmuró Sylvia antes de llevarse una mano a la boca.

—¿Quién ha dicho eso? —rugió Philbrick. Sylvia palideció.

—Yo —contesté—. Tengo ciertas tendencias transexuales, señor. —Pensé que no sabría a qué me refería y estaría demasiado preocupado para preguntarlo—. ¿Podría responder a mi pregunta?

—En efecto, hay gente que te considera capaz de cualquier cosa que te pase por la cabeza.

Al fondo del aula alguien rió entre dientes. Creo que el intercomunicador no lo captó.

—Muy bien, pues. El trato es éste; usted será el héroe. Baje aquí, desarmado, entre con las manos en alto, y dejaré salir a todo el mundo. Luego le volaré su jodida cabeza, señor. ¿Le parece un buen trato? ¿Compra?

Jadeos.

—Tienes una boca muy sucia, muchacho. Ahí abajo hay chicas, chicas muy jóvenes.

Irma Bates miró alrededor, sorprendida, como si alguien acabara de llamarla por su nombre.

—El trato —insistí—. El trato.

—No —dijo Philbrick—. Podrías matarme y seguir reteniendo a los rehenes. —Más jadeos—. Pero bajaré, si quieres. Quizá podríamos encontrar alguna solución.

—Amigo —dije con tono paciente—, si deja usted de hablar por ese micrófono y no le veo salir en un plazo de quince segundos, alguien probará el sabor del plomo aquí abajo.

Nadie pareció especialmente preocupado por la perspectiva de probar el sabor del plomo.

Más jadeos.

—Tus oportunidades de salir de ésta con vida se reducen cada vez más.

—Frank, señor mío, nadie sale con vida de ésta. Hasta mi padre lo sabe.

—¿Abandonarás esa clase?

—No.

—Si lo prefieres así... —No parecía inquieto—. Tienes ahí a un chico llamado Jones. Quiero hablar con él.

Me pareció bien.

—Tu turno, Ted —dije—. Es tu gran oportunidad. No la desaproveches. Chicos, Ted va a jugarse las pelotas ante vuestros ojos.

Ted miraba fijamente el enrejado negro del intercomunicador.

—Soy Ted Jones, señor. —En su voz, el «señor» sonaba mejor.

—¿Se encuentra todo el mundo bien ahí abajo, Jones?

—Sí, señor.

—¿Cómo juzga la estabilidad de Decker?

—Creo que está dispuesto a todo, señor —contestó Ted, mirándome directamente a los ojos.

En los suyos se apreciaba un destello fiero. Carol se mostró súbitamente irritada. Abrió la boca para protestar y luego, recordando quizá sus futuras responsabilidades como oradora de fin de curso y faro del mundo occidental, cerró la boca con gesto brusco.

—Gracias, señor Jones.

Ted pareció absurdamente complacido por recibir el tratamiento de «señor».

—¿Decker?

—Aquí estoy.

—Nos veremos —afirmó el policía con un nuevo jadeo.

—Será mejor que le vea pronto —repuse—, en quince segundos. —A continuación, como si acabara de ocurrírseme algo, añadí—: ¿Philbrick?

—¿Sí?

—Tiene usted una costumbre asquerosa, ¿sabe? Ya me había percatado al ver esos anuncios de seguridad vial que presenta en televisión. Jadea usted en los oídos de los demás. Su respiración suena como la de un caballo en celo, Philbrick. Es una costumbre repugnante. Tendría que cuidar más

esas cosas.

Philbrick chasqueó la lengua y resopló, pensativo.

—Jódete, chico —masculló por fin, antes de desconectar el intercomunicador.

Exactamente doce segundos después apareció por la puerta principal, caminando con aire impasible. Cuando llegó hasta los coches estacionados en el césped, conferenció con los demás agentes. Philbrick gesticulaba de una forma exagerada.

En la clase nadie habló. Pat Fitzgerald se mordía una uña con gesto reflexivo. Pocilga había sacado otro lápiz y lo estudiaba con atención, y Sandra Cross me miraba fijamente; parecía existir una especie de niebla entre ambos que la hacía resplandecer.

—¿Y el sexo? —inquirió Carol de pronto. Cuando todos se volvieron para mirarla, se ruborizó.

—Yo, varón —exclamó Melvin, y al fondo de la clase sonaron un par de carcajadas masculinas.

—¿A qué te refieres? —pregunté. Carol tenía aspecto de desear haberse cosido la boca para no hablar.

—Creía que cuando alguien empieza a portarse... bueno, ya sabes... de manera extraña... —Se interrumpió, turbada.

Susan Brooks se apresuró a tomar la palabra.

—Es cierto —afirmó—. Y todos vosotros deberíais dejar de sonreír. Todo el mundo piensa que el sexo es sucio. Y eso es sólo la mitad de la canción por lo que a nosotros respecta. A nosotros nos preocupa.

Susan miró a Carol con aire protector.

—Eso quería decir yo —asintió la segunda—. ¿Eres... bueno, has tenido alguna experiencia desagradable?

—Nada, desde que dejé de acostarme con mamá —respondí suavemente.

Una expresión de absoluto asombro se apoderó de su rostro, y luego comprendió que estaba burlándome. Pocilga soltó una risita cargada de tristeza y continuó observando su lápiz.

—No, en serio —insistió Carol.

—Bueno —dije con el entrecejo fruncido—, hablaré de mi vida sexual si tú hablas antes de la tuya.

—¡Oh...!

Se mostró sorprendida de nuevo, pero agradablemente en esta ocasión. Grace Stanner echó a reír.

—Te ha pillado, Carol —bromeó. Yo siempre había tenido la impresión de que esas dos chicas no simpatizaban, pero Grace reía desenfadadamente, como si se hubiera borrado alguna desigualdad sabida pero nunca mencionada.

—¡Bravo, bravo! —exclamó Corky Herald, sonriendo.

Carol se había ruborizado por completo.

—Lamento haberlo preguntado.

—Vamos —animó Don Lordi—, no te dolerá.

—Se enteraría todo el mundo —explicó Carol—. Ya sé cómo los chi... cómo la gente comenta esas cosas.

—Secretos —se burló Mike Gavin con un ronco susurro—, contad más secretos. Todo el mundo rió.

—No sois justos —protestó Susan Brooks.

—Es cierto —asentí—. Dejémoslo.

—¡Oh!... No importa —replicó Carol—. Hablaré. Os contaré algo.

Ahora fui yo quien se sorprendió. Todos la miraron con expectación. No sé qué esperaban oír en realidad; un caso terrible de envidia de pene, quizá, o diez noches con una vela. Sospeché que se llevarían un chasco; nada de látigos, cadenas o sudores nocturnos. Una virgen provinciana, inteligente, bonita y que quizá un día se largaría de Placerville y

conocería una vida intensa. A veces las chicas como ella cambian en la universidad. Algunas descubren el existencialismo, la destrucción de las estructuras sociales y las pipas de hachís. Otras se limitan a integrarse en fraternidades femeninas de estudiantes y continuar el mismo dulce sueño que iniciaron en la escuela secundaria, un sueño tan corriente entre las bonitas vírgenes de ciudad pequeña que casi podría recortarse de un patrón de revista, como una blusa sin mangas o una faldita de deporte. Los chicos y chicas del estilo de Carol tienen un pero: si llevan dentro una fibra torcida, aparece; si no la llevan, uno puede descifrarlos con la misma facilidad con que resolvería una raíz cuadrada. Las chicas como Carol tienen un novio formal y gustan de un poquito de besuqueo (pero, como dicen The Tubes, «No me toques ahí»), nada exagerado. Uno esperaría más, pero lo siento, eso es todo. Las muchachas de esa clase son como las cenas preparadas para ver la televisión. Está bien, no me explayaré más en este tema. Esas chicas son un tanto obtusas.

Y Carol Granger ofrecía esa imagen. Salía en seno con Buck Thorne (el perfecto hombre norteamericano). Buck era el central de los Galgos de Placerville, que habían logrado un récord de victorias en la temporada de otoño, hecho que el entrenador, Bob Stoneham, se encargaba de repetirnos en las frecuentes asambleas para potenciar el espíritu competitivo.

Thorne era un patán bonachón que pesaba sus buenos cien kilos; no era la cosa más brillante que camina a dos patas, aunque sí buen material para la escuela, desde luego, y probablemente a Carol no le costaba demasiado mantenerle a raya. He advertido que las chicas bonitas son también las mejores domadoras de leones. Además, siempre he tenido la sensación de que para Buck Thorne no hay nada más sensual que una entrada del repartidor de juego por el centro de la línea contraria.

—Soy virgen —declaró Carol, desafiante, sacándome de mis pensamientos. Cruzó las piernas como para demostrarlo simbólicamente y luego, bruscamente, volvió a descruzarlas—. Y no creo que sea tan terrible. Ser virgen es como ser buen estudiante.

—¿De veras? —preguntó Grace Stanner, titubeante.

—Es preciso esforzarse por serlo —aclaró Carol—. A eso me refiero; hay que esforzarse por serlo.

La idea parecía agradarle. A mí me produjo un escalofrío.

—¿Te refieres a que Buck nunca...?

—¡Oh!, antes lo deseaba, y supongo que aún lo desea, pero yo se lo dejé muy claro desde el principio. Y no soy frígida, ni puritana, es sólo que... —Se interrumpió, buscando el modo de terminar la frase.

—Que no quieres quedarte embarazada —dije yo.

—¡No! —replicó ella, casi desdeñosa—. Lo sé todo respecto a eso.

Comprendí un tanto sorprendido que estaba enfadada y molesta por serlo. La irritación es una emoción muy difícil de dominar para una adolescente programada. Carol añadió:

—No vivo de libros todo el tiempo. He leído todo acerca del control de natalidad en... —Se mordió el labio al comprender la contradicción en que acababa de caer.

—Bien —dije, dando unos golpecitos con la empuñadura de la pistola sobre el cuaderno del escritorio—. Esto es grave, Carol, muy grave. Creo que una chica debería saber por qué es virgen, ¿no te parece?

—¡Yo sé por qué!

—¡Ah! —asentí, cortés.

Varias chicas la observaban con interés.

—Porque...

Silencio. Se oía el silbato de Jerry Kesserling, que dirigía el tráfico.

—Porque...

Carol echó un vistazo alrededor. Varias muchachas fruncieron el entrecejo y bajaron la

vista hacia sus pupitres. En ese momento hubiera dado casa y hacienda, como dicen los viejos labradores, por saber cuántas vírgenes había entre nosotros.

—¡No tenéis por qué mirarme! ¡No os he pedido que me mirarais! ¡No pienso seguir hablando de esto! ¡No tengo por qué hacerlo! —Me miró con acritud—. La gente te machaca, te agobia si les dejas, como ha dicho antes Pocilga. Todos quieren rebajarte y ensuciarte. Mira qué están haciendo contigo, Charlie.

Yo creía que no me habían hecho nada hasta entonces, pero mantuve la boca cerrada.

—El año pasado, poco antes de Navidad, paseaba por la calle Congress, en Portland, en compañía de Donna Taylor. Estábamos haciendo unas compras navideñas. Acababa de adquirir un pañuelo para mi hermana en Porteus-Mitchell, e íbamos charlando y riendo. Tonterías. Lanzábamos risitas. Eran aproximadamente las cuatro, y empezaba a oscurecer. Nevaba. Las luces de colores estaban encendidas, y los escaparates exhibían paquetes y adornos... muy bonitos... Y había un Santa Claus del Ejército de Salvación que tocaba la campana y sonreía en la esquina de la librería Jones. Me sentía muy bien; ya sabéis, el espíritu de la Navidad, y esas cosas. Estaba pensando que, en cuanto llegara a casa, me prepararía un chocolate caliente con nata batida por encima. Y entonces se acercó un coche y el conductor sacó la cabeza por la ventanilla y exclamó: «¡Eh, coñito!»

Anne Lasky dio un respingo. Debo reconocer que la palabra sonaba muy curiosa en boca de alguien como Carol Granger.

—Exactamente eso —confirmó agriamente—. Todo se rompió, todo se vino abajo. Como cuando muerdes una manzana que parece sana y encuentras el agujero de un gusano. «¡Eh, coñito!» Como si no hubiera allí nada más, como si yo no fuera una persona, sino sólo un... un... —En su boca se formó una mueca temblorosa—. Y también eso es como ser una buena estudiante. Intentan meterte cosas en la cabeza hasta que está llena del todo. Es otro agujero, nada más. Nada mas.

Sandra Cross tenía los ojos casi cerrados, como si estuviera soñando.

—¿Sabéis? —dijo—. Me siento rara. Creo que... Deseé saltar y decirle que callara, que no se involucrara en aquel desfile de locos, pero no podía.

Repito, no podía. Si yo no respetaba mis propias reglas, ¿quién lo haría?

—Creo que eso explica todo —concluyó Sandra.

—O cerebro, o cono —afirmó Carol con titubeante buen humor—. No hay margen para mucho más, ¿no?

—A veces me siento muy vacía —admitió Sandra.

—Yo... —empezó a decir Carol. De pronto se volvió hacia Sandra, sorprendida—. ¿De veras?

—Sí. —La chica miró pensativa por los cristales rotos—. Me gusta tender la ropa en los días de viento, y a veces me parece que sólo soy eso, una sábana colgada del tendedero. Y trato de interesarme por diversas cosas... la política, la escuela... El semestre pasado participé en el Consejo Estudiantil... pero resulta terriblemente insulso. Y por aquí no hay minorías o cosas así por las que luchar o..., bueno, ya me entendéis, cosas importantes. Por eso dejé que Ted me lo hiciera.

Observé atentamente a Ted, que contemplaba a Sandra con expresión severa. Empezó a caer sobre mí una gran negrura. Noté que la garganta se me cerraba.

—Y no fue para tanto —continuó Sandra—. No sé por qué arman tanto alboroto con eso. Es...

Sandra me miró con los ojos muy abiertos, pero apenas alcancé a verla. En cambio veía muy bien a Ted. Le tenía perfectamente enfocado. De hecho, parecía estar rodeado por un extraño fulgor dorado que resaltaba sobre la oscuridad recién formada ante mí como un halo, como un aura sobrenatural.

Levanté la pistola con mucho cuidado. Por un instante pensé en las cavidades internas de mi cuerpo, en los mecanismos vivientes que funcionan sin cesar en la interminable oscuridad.

Me disponía a disparar contra él, pero ellos dispararon antes contra mí.

Librodot

24

Ahora sé qué sucedió, pero entonces lo ignoraba.

Allí fuera se encontraba el mejor francotirador del estado, un policía llamado Daniel Malvern, de Kent's Hill. El *Sun* de Lewiston publicó su foto cuando el episodio hubo terminado. Era un tipo bajito, con un corte de pelo estilo militar y pinta de contable. Le habían entregado un enorme Mauser con mira telescópica. Daniel Malvern se dirigió con el arma a una gravera, a varios kilómetros de distancia, y efectuó algunos disparos de tanteo antes de regresar a la escuela y situarse con el fusil escondido ba)o la pernera del pantalón, tras uno de los vehículos policiales estacionados en el césped. Se tendió de bruces detrás del guardabarros delantero, oculto en la sombra. Comprobó la fuerza del viento mojándose el pulgar. Nulo. Se llevó la mira telescópica al ojo. A través de la lente de treinta aumentos, mi figura debió aparecer grande como una excavadora. Ni siquiera había un cristal que le molestara con un reflejo, pues los había roto yo mismo un rato antes, al disparar la pistola para acallar al policía que utilizaba el altavoz.

Un disparo fácil, pero Dan Malvern se tomó su tiempo. Después de todo, quizá era el tiro más importante de su vida. Yo no era un plato de barro. Mis tripas se esparcirían por el encerado que tenía detrás cuando la bala hiciera el agujero. El crimen nunca queda impune. El loco muerde el polvo. Y cuando me incorporé, inclinándome un poco sobre el escritorio de la señora Underwood para descerrajar un tiro contra Ted Jones, llegó la gran oportunidad de Dan. Mi cuerpo estaba medio vuelto hacia él. Disparó y colocó la bala justo donde había esperado y deseado ponerla; en el bolsillo izquierdo de mi camisa, situado directamente encima del mecanismo viviente de mi corazón.

Y allí impactó contra el duro acero de Titus, el útil candado.

25

Seguí empuñando la pistola.

El impacto del disparo me envió hacia atrás, contra el encerado, donde la bandeja de la tiza me golpeó cruelmente en la espalda. Los mocasines de cuero salieron despedidos de mis pies. Caí al suelo de culo. Ignoraba qué había sucedido. Me ocurrieron demasiadas cosas al mismo tiempo. Un enorme dolor me taladró el pecho, seguido de una súbita insensibilidad. Me resultó imposible respirar, y ante mis ojos aparecieron unas brillantes lucecitas.

Irma Bates empezó a gritar con los ojos cerrados, los puños apretados y el rostro enrojecido por la tensión. La veía lejana e irreal, como si saliera de una montaña o un túnel.

Ted Jones saltaba de nuevo de su asiento, o flotaba, con un movimiento parsimonioso e irreal. Esta vez se dirigía hacia la puerta.

—¡Han cazado a ese hijo de perra! —Su voz sonaba increíblemente lenta y arrastrada, como un disco de 78 r.p.m. pasado a 33--. ¡Han dado a ese loco...!

—Siéntate.

No me oyó, lo que no me sorprendió, pues apenas si tenía aliento para hablar. Ted tenía ya la mano en el picaporte cuando disparé. La bala se estrelló en la madera, junto a su cabeza, y Ted se agachó. Al volverse, su rostro reflejaba diversas emociones; rotundo asombro, angustiosa incredulidad y odio furibundo, asesino.

—No es posible... Estás...

—Siéntate. —Esta vez me salió un poco mejor. Quizá habían pasado seis segundos desde que el impacto me había arrojado al suelo—. Deja de chillar, Irma.

—Te han disparado, Charlie —dijo Grace Stanner con toda calma.

Miré hacia el exterior. Los policías corrían hacia el edificio. Abrí fuego dos veces y me obligué a respirar. El dolor volvió de nuevo, amenazando con hacer estallar mi pecho.

—¡Atrás! ¡Atrás o les mato!

Frank Philbrick se detuvo y miró alrededor nervioso, como si esperara una llamada telefónica del cielo. Parecía lo bastante confuso para intentar continuar el avance, de modo que disparé una vez más, apuntando al aire.

—¡Atrás! —exclamé de nuevo—. ¡Todos hacia atrás ahora mismo!

Se retiraron con mayor celeridad con que se habían echado al suelo.

Ted Jones avanzaba hacia mí. Aquel chico, sencillamente, no formaba parte del universo real.

—¿Quieres que te vuele la cabeza? —pregunté. Se detuvo, pero su rostro todavía lucía aquella expresión terrorífica, retorcida.

—Estás muerto —susurró—. Acaba ya de una vez, maldito.

—Siéntate, Ted.

El dolor de mi pecho era algo vivo, horrible. El costado izquierdo de la caja torácica parecía haber sido machacado por el martillo de plata de Maxwell de la canción de los Beatles. No me atrevía a mirarme por miedo a lo que pudiera encontrar. Toda la clase cautiva me contemplaba con expresión de preocupado horror. El reloj marcaba las 10.55.

«¡Decker!» —Siéntate, Ted.

Levantó el labio en un rictus inconsciente que me recordó un galgo delgadísimo que había visto de niño en una calle muy transitada, tendido en el suelo con una herida mortal. Ted vaciló un instante antes de obedecer. Sendos cercos de sudor se extendían desde sus axilas.

«¡Decker! ¡El señor Denver va a subir al despacho!»

Era Philbrick quien hablaba por el altavoz, y ni siquiera la asexuada sexualidad del aparato conseguía ocultar la terrible conmoción que le dominaba. Una hora antes me habría

sentido complacido; ahora, en cambio, no sentí nada.

«¡Quiere hablar contigo!»

Tom salió de detrás de un coche y echó a andar por el césped lentamente, como si esperara recibir un disparo en cualquier instante. Parecía diez años más viejo. Ni siquiera eso me complació, ni siquiera eso.

Me levanté poco a poco, luchando contra el dolor, y me calcé los mocasines. Me tambaleé y tuve que agarrarme al escritorio con la mano libre para sostenerme.

—¡Oh, Charlie! —gimió Sylvia.

Llené de nuevo el cargador de la pistola, esta vez apuntando hacia ellos (no creo que ni siquiera Ted supiera que no podía dispararse con el cargador sacado); lo hice con parsimonia para retrasar al máximo el momento de mirarme. El pecho me latía dolorosamente. Sandra Cross parecía de nuevo perdida en algún sueño difuso.

El cargador se acopló con un chasquido, y bajé la vista hacia el pecho casi con despreocupación. Llevaba una camisa azul y esperaba encontrarla totalmente bañada en sangre, pero no lo estaba.

En medio del bolsillo había un gran orificio oscuro, rodeado de una rociada desigual de agujeros más pequeños, como uno de esos mapas del sistema solar que muestran los planetas girando en torno al sol. Me llevé la mano al bolsillo con mucho cuidado. Fue entonces cuando me acordé de Titus, que había rescatado de la papelera. Lo extraje con suma delicadeza, y todos al unísono lanzaron un «¡ahhhh!», como si acabara de serrar por la mitad a una mujer o hubiera sacado un billete de cien dólares de la nariz de Pocilga. Nadie me preguntó por qué llevaba el candado en el bolsillo. Me alegré. Ted observaba a Titus con acritud y, de pronto, me sentí muy enfadado con él. Y me pregunté si le gustaría tomar al pobre Titus como almuerzo.

La bala había destrozado el dial de plástico duro, enviando fragmentos de metralla a través de la camisa. Ninguno de tales fragmentos me había tocado. El acero tras la placa de plástico había detenido la bala, convirtiéndola en un mortífero capullo de plomo con tres brillantes pétalos. El candado había quedado retorcido, como si hubiera estado al fuego. El gancho semicircular se había derretido como melcocha. La parte posterior se había abollado, pero la bala no la había atravesado[1].

¡Clic! en el intercomunicador.

—¿Charlie?

—Un momento, Tom. No me atosigues.

—Charlie, tienes que...

—¡Cierra esa maldita boca!

Me desabroché la camisa y la abrí. Mis compañeros emitieron un nuevo «¡ahhhh!». Titus había quedado impreso en mi pecho, que había adquirido un color púrpura muy subido, y la carne había quedado aplastada formando una cavidad que parecía lo bastante profunda para

[1]Un año y medio más tarde vi por televisión un anuncio en que un tipo apunta con un fusil un candado colgado en un tablero. Incluso aparece un plano a través de la mira telescópica. El candado es de una marca conocida, no recuerdo cuál. El individuo aprieta el gatillo, y se ve saltar el candado, mellado y aplastado, con el mismo aspecto que el viejo Titus cuando lo saqué del bolsillo. El anuncio muestra lo que sucede a velocidad normal y luego lo repite a cámara lenta. Ea primera y única vez que lo vi tuve que meter la cabeza entre las piernas y vomitar entre mis tobillos. Entonces me llevaron a mi habitación. Y al día siguiente mi psiquiatra favorito, que había encontrado una nota referida al hecho, me dijo:
«Me he enterado de que ayer sufriste una recaída, Charlie. ¿Quieres que hablemos de ello?» Pero no pude hacerlo. Nunca he sido capaz de hablar de ese asunto. Hasta hoy.

contener agua. No me gustaba lo que veía, como tampoco me gusta ver a los viejos borrachos con la bolsa de papel que contiene la botella bajo la nariz, como esos que siempre rondan cerca del bar de Gogan, en el centro de la ciudad. La visión de mi pecho me provocó náuseas y volví a abotonarme la camisa.

—Tom, esos cerdos han intentado matarme.

—No pretendían...

—¡No me vengas con lo que pretendían o no hacer! —interrumpí a voz en grito, con un tono demente que aún me hizo sentir peor—. Saca tu viejo culo agrietado ahí fuera y di a ese cabrón de Philbrick que ha estado a punto de causar un baño de sangre aquí abajo, ¿Me has entendido?

—Charlie... —Tom gimoteaba al otro lado del intercomunicador.

—¡Calla! Estoy harto de perder el tiempo contigo. Ahora soy yo quien dice cómo se hacen las cosas, no tú, ni Philbrick, ni el inspector escolar, ni el mismo Dios. ¿Lo has entendido?

—Charlie, de)a que te explique...

—¿Lo has entendido? —vociferé.

—Sí, pero...

—Muy bien. Sal ahí fuera, pues, y transmítele este mensaje; no quiero ver a él ni a nadie hacer el menor movimiento durante la próxima hora. Nadie volverá a entrar para utilizar este maldito intercomunicador, y nadie intentará disparar contra mí otra vez. Quiero hablar de nuevo con Philbrick a mediodía. ¿Te acordarás de todo, Tom?

—Sí, Charlie. Está bien, Charlie. —Parecía aliviado y estúpido—. Ellos sólo quieren que te expliqué que se ha tratado de un error, Charlie. A uno de los agentes se le ha disparado el arma accidentalmente y...

—Otra cosa más, Tom, muy importante.

—¿Cuál es, Charlie?

—Es preciso que conozcas cuál es tu posición respecto a ese Philbrick. El tipo te ha dado una pala y te ha ordenado que vayas detrás del carro de bueyes para recoger la mierda. Y precisamente eso estás haciendo. Yo le ofrecí la oportunidad de arriesgar el culo, pero se negó. Despierta, Tom. Imponte. Hazte respetar.

—Charlie, has de entender la terrible posición en que nos has colocado a todos.

—Lárgate, Tom.

El señor Denver desconectó. Todos le vimos salir por la puerta principal y encaminarse hacia los coches. Philbrick se aproximó a él y le puso la mano en el brazo. Tom se la quitó de encima con gesto brusco. Muchos de los chicos echaron a reír al verlo. Yo no tenía ánimos ni para reír. Quería estar en casa, en mi cama, soñando todo aquello.

—Sandra —dije—, creo que estabas contándonos tu *affaire de coeur* con Ted.

Este me dirigió una mirada sombría y masculló:

—Sandy, no cuentes nada. Charlie sólo pretende hacernos parecer tan sucios como él. Está enfermo y lleno de gérmenes. No dejes que te infecte.

Sandra sonrió. Cuando esbozaba aquella sonrisa infantil estaba realmente radiante. Experimenté una amarga nostalgia, no de ella, exactamente, ni de cualquier imaginaria pureza (las braguitas de Dale Evans y todo eso), sino de algo que no acababa de concretarse en mi mente. Fuera lo que fuese, me causaba un sentimiento de vergüenza.

—El caso es que me apetece hacerlo —replicó Sandra—. Yo también quiero armarla buena. Siempre lo he querido.

Eran las once en punto en el reloj. En el exterior parecía haber cesado toda actividad. Me había sentado a bastante distancia de las ventanas. Consideré que Philbrick me concedería la hora que había exigido. No se atrevería a hacer nada más por el momento. Me sentía mejor, y el dolor del pecho había remitido ligeramente. Sin embargo, notaba una sensación extraña en

la cabeza, como si mi cerebro se recalentara como el motor de un gran coche de competición por el desierto. En algunos momentos casi me sentía tentado de creer (vana presunción) que era yo quien les mantenía a raya, por pura fuerza de voluntad. Ahora, naturalmente, sé que nada había más lejos de la verdad. Esa mañana sólo tenía un rehén de verdad, y era Ted Jones.

—Sencillamente lo hicimos —explicó Sandra, con la mirada fija en el pupitre, siguiendo las marcas de la superficie de éste con la cuidada uña del pulgar. Observé la raya de su cabello. La llevaba a un lado, como los chicos—. Ted me preguntó si quería ir al baile de Wonderland con él, y acepté. Ya tenía un nuevo novio. —Levantó el rostro hacia mí con una expresión de reproche—. Tú nunca me lo preguntaste, Charlie.

¿Era posible que me hubieran disparado en el candado apenas diez minutos antes? Tuve el loco impulso de preguntar si había sucedido realmente. ¡Qué extraños eran aquellos chicos y chicas!

—De modo que fuimos allí y luego pasamos por la Cabana Hawaiana. Ted conoce al encargado, que nos preparó unos cócteles como los que toman los adultos.

Resultaba difícil distinguir si en su voz había un tono de sarcasmo. El rostro de Ted exhibía una estudiada impasibilidad mientras los demás le observaban como si se tratara de un bicho extraño. Era un joven como ellos, apenas entrado en la adolescencia, y conocía al encargado de aquel antro. Corky Herald meditaba sobre aquel descubrimiento, que evidentemente no le agradaba en absoluto.

—Pensaba que no me gustarían las copas, pues todo el mundo dice que el alcohol tiene un sabor horrible las primeras veces, pero lo encontré bueno. Tomé un *ginfizz, y* las burbujas me picaron en la nariz. —La mirada de Sandra se tornó pensativa—. En la copa había unas pajitas de color rojo, y no sabía si eran para beber o sólo se utilizaban para agitar el combinado, hasta que Ted me lo aclaró. Pasamos un rato estupendo. Ted me habló de lo magnífico que resultaba jugar al golf en Poland Spnngs, y prometió llevarme allí alguna vez para enseñarme a jugar, si me apetecía.

Ted volvía a levantar y bajar el labio, como un perro.

—No se portó como... como un fresco, ¿entendéis?, aunque me dio un beso al despedirnos. No le noté nervioso al hacerlo. Hay chicos que se sienten muy mal mientras acompañan a su pareja a casa, dudando entre si darle o no un beso de despedida. Yo siempre se lo doy a todos, para que no se sientan mal. Y si son unos bobos o no me gustan, sencillamente imagino que estoy lamiendo un sello.

Me acordé de la primera vez que salí con Sandy Cross y fuimos al baile habitual del sábado por la noche en la escuela. Me había sentido fatal mientras la acompañaba a su casa, dudando entre si darle o no un beso de despedida. Finalmente no lo hice.

—Después de ese día salimos tres veces más. Ted era muy agradable. Siempre tenía algo ocurrente que decir, pero nunca contaba chistes verdes o cosas así. Nos besuqueamos un poco, nada más. Luego estuvimos una larga temporada sin vernos fuera de clase, hasta el pasado abril, cuando me preguntó si quería ir con él a la pista de patinaje de Lewiston.

Yo había querido invitarla al baile de Wonderland, pero no me había atrevido. Joe, que siempre consigue una cita cuando se lo propone, no hacía más que preguntarme por qué no me lanzaba, y yo me ponía cada vez más nervioso y le decía que me dejara en paz. Finalmente reuní el valor suficiente para llamarla a su casa, pero tuve que colgar el teléfono después del primer timbrazo y correr al baño para vomitar. Como ya he dicho, tengo un estómago muy delicado.

—Estábamos pasándolo muy bien charlando cuando, de repente, un grupo de chicos se enzarzó en una discusión en medio de la pista —continuó Sandra—; chicos de Harlow y

Lewiston, supongo. Se armó una buena pelea. Algunos se pegaban con los patines puestos, pero la mayoría se los había quitado. El encargado del local salió para anunciar que, si no paraban, cerraría inmediatamente. Muchos sangraban por la nariz y seguían patinando, propinando patadas a los que habían caído al suelo y vociferando cosas horribles. Mientras tanto, el tocadiscos sonaba a todo volumen con la música de los Rolling Stones. —Sandra hizo una pausa y luego prosiguió—: Ted y yo estábamos en un rincón de la pista, cerca de la plataforma para el conjunto. Los sábados por la noche tienen música en directo, ¿sabéis? Entonces se acercó patinando un chico con una chaqueta negra, el cabello largo y el rostro lleno de granos. Riendo, hizo un gesto a Ted al pasar ;unto a nosotros y exclamó: «¡Fóllatela, tío! ¡Yo lo he hecho!» Ted lanzó el puño y le golpeó en un lado de la cabeza. El muchacho avanzó hasta la mitad de la pista, tropezó con los pies de otro patinador y cayó al suelo. Ted se volvió hacia mí, y los ojos casi se le salían de las órbitas. Sonreía. Ésa fue la única vez que le he visto sonreír de verdad, como si estuviera pasándolo en grande.

»Entonces Ted me dijo: "Vuelvo enseguida", y avanzó hasta el centro de la pista, donde el chico que nos había increpado trataba de incorporarse. Ted le agarró por la parte posterior de la chaqueta y... empezó a agitarle hacia adelante y hacia atrás... y el otro no podía volverse... Ted continuó sacudiéndole; el melenudo movía la cabeza de un lado a otro, y se le rompió la chaqueta por la mitad. Entonces exclamó: "Te mataré por romperme mi mejor chaqueta, hijo de p..." Ted volvió a sacudirle, y el chico se desplomó. Por último Ted le arrojó a la cara el pedazo de chaqueta que le había quedado entre las manos y se reunió conmigo. Enseguida nos marchamos, y me llevó en el coche hasta una gravera que él conocía, cerca de Auburn. Creo que está en la carretera a Lost Valley. Y entonces lo hicimos. En el asiento de atrás.

Sandra volvía a recorrer con la uña las marcas grabadas sobre el pupitre.

—No me dolió mucho. Pensaba que me dolería, pero no. Fue agradable.

Lo explicaba como si estuviera hablando de una película de dibujos de Walt Disney, con am-malitos simpáticos y parlanchines, con la diferencia de que en ésta el protagonista era Ted Jones.

Por encima del cuello de la camisa caqui de Ted empezaba a asomar un progresivo rubor que se le extendió por las orejas y las mejillas. Su rostro seguía encolerizadamente inexpresivo.

Las manos de Sandra hicieron unos gestos lentos, lánguidos. De pronto comprendí que su habitat natural debía de ser una hamaca bajo un porche en los días más calurosos de agosto, con una temperatura de treinta y cinco grados a la sombra, leyendo un libro (o acaso mirando simplemente el aire caliente que se eleva del suelo), con una lata de limonada de la que surgía una pajita flexible, vestida con unos pantalones blancos cortos, cortísimos, muy frescos, y una breve camiseta de tirantes, con éstos bajados y pequeñas gotas de sudor como diamantes esparcidas por el nacimiento de los pechos y el vientre...

—Después me pidió disculpas. Se sentía incómodo, y me compadecí un poco de él. Repetía que se casaría conmigo si... en fin, si quedaba embarazada. Estaba realmente preocupado, de modo que dije: «Bueno, no nos preocupemos sin motivo, Teddy.» Y él replicó: «No me llames así; es nombre de niño pequeño.» Creo que le sorprendió que lo hubiera hecho con él. Y no quedé embarazada.

»En ocasiones me siento como una muñeca, no como una persona real. Me arreglo el cabello y de vez en cuando tengo que coser el dobladillo de una falda o cuidar de los pequeños cuando papá y mamá salen a divertirse una noche. Y todo se me antoja muy falso. Como si pudiera asomarme tras la pared del salón y fuera a descubrir que todo es de cartón piedra, con un director y un cámara preparados para rodar la escena siguiente; como si la hierba y el cielo estuvieran pintados en una lona lisa. Todo falso. —Sandra me miró directamente—. ¿Te has sentido alguna vez así, Charlie?

Librodot

Medité detenidamente la respuesta.

—No —contesté al fin—. No recuerdo haber tenido nunca esa sensación, Sandra.

—Pues yo sí. Y aún más después de lo de Ted. Pero no quedé preñada. Antes pensaba que todas las chicas quedaban embarazadas la primera vez, sin excepción. Imaginaba cómo sería comunicárselo a mis padres. Papá montaría en cólera y querría saber quién había sido el hi)o de perra, y mi madre lloraría y diría: «Creía que te había educado bien.» Eso sí sería real. Más adelante de)é de pensar en ello. No podía recordar exactamente cómo había sido eso de... de tenerle... bueno, dentro de mí. Por eso volví a la pista de patinaje. El aula estaba en absoluto silencio. Ni en sus mejores sueños habría podido la señora Underwood imaginar que le prestaran tanta atención como la que recibía Sandra Cross.

—Un chico ligó conmigo. Le dejé que ligara. —Los ojos de Sandra reflejaban un extraño fulgor—. Yo llevaba mi falda más corta, la azul celeste, y una blusa fina. Un rato después, salimos del local. Y esa vez sí pareció real. El chico no era demasiado considerado, sino más bien... inquietante. No le conocía de nada. No dejé de pensar que quizá era un maníaco sexual, que quizá llevaba una navaja, que acaso me obligaría a tomar droga, o que tal vez me dejaría embarazada. Me sentí viva.

Ted Jones se había vuelto finalmente y observaba a Sandra con una cara que parecía tallada en madera, con expresión de horror y absoluta repulsión. Todo parecía un sueño, una escena sacada de la Edad Media, una obra teatral de oscuras pasiones.

—Era un sábado por la noche y tocaba el conjunto. La música llegaba muy amortiguada hasta el aparcamiento. La pista de patinaje no parece gran cosa desde la parte posterior; sólo hay cajas y embalajes amontonados, además de cubos de basura llenos de botellas de coca-cola. Tenía miedo, pero también estaba excitada. El chico respiraba de forma acelerada y me agarraba de la muñeca con fuerza, como si temiera que intentara escapar. Entonces...

Ted lanzó en ese instante un horrible bramido gutural. Resultaba difícil creer que una persona de mi edad pudiera sentirse tan dolorosamente afectada por algo que no fuera la muerte de sus padres. Volví a sentir admiración hacia él.

—El chico tenía un viejo coche negro que me recordó la advertencia que me hacía mi madre cuando yo era pequeña; si un desconocido me invitaba a subir a un automóvil con él, debía negarme. Aquello también me excitó. Recuerdo que pensé; ¿y si me rapta, me lleva a una vieja cabaña del desierto y me retiene allí para pedir un rescate? El abrió la portezuela posterior y entré. Empezó a besarme. Tenía la boca aceitosa, como si hubiera comido pizza. Dentro venden raciones por veinte centavos. Empezó a sobarme y vi que me manchaba la blusa de restos de pizza. Luego nos tendimos y me levanté la falda para él...

—¡Calla! —exclamó Ted con fiereza. Golpeó el pupitre con los puños cerrados, y todo el mundo dio un respingo—. ¡Maldita zorra! ¡No debes contar eso delante de la gente! ¡Cierra esa boca o te la cerraré yo! ¡Eres...!

—¡Calla tú, Teddy, o haré que te tragues los dientes! —interrumpió Dick Keene con frialdad—. Tú ya tuviste lo tuyo, ¿verdad?

Ted le miró boquiabierto. Él y Dick solían jugar juntos al billar en los salones recreativos de Harlow y, a veces, salían a ligar en el coche de Ted. Me pregunté si seguirían siendo amigos cuando todo terminara. Tenía mis dudas.

—El tipo no olía muy bien —continuó Sandra, como si no hubiera habido ninguna interrupción—. Pero era fuerte, más corpulento que Ted. Además, no estaba circuncidado. Eso lo recuerdo
muy bien. Cuando echó hacia atrás el... el prepucio, ya sabéis, su glande me pareció una ciruela. Pensé que me dolería, aunque ya no era virgen. También pensé que podría aparecer la policía y detenernos, pues sabía que los agentes recorrían el aparcamiento para asegurarse de que nadie robara tapacubos o cosas así.

Librodot

«Entonces empezó a suceder algo curioso dentro de mí, antes incluso de que el chico me bajara las bragas. Jamás había sentido algo tan bueno. O tan real. —Sandra tragó saliva. Tenía el rostro encendido—. Me acarició apenas, y me corrí. Y lo más curioso fue que ni siquiera llegó a penetrarme. Estaba tratando de hacerlo, y yo intentaba ayudarle. No hacía más que frotarme su cosa contra el muslo y de repente..., ya sabéis. Quedó encima de mí un minuto y luego me susurró al oído: "Pequeña zorra, lo has hecho a propósito." Y eso fue todo.

Sandra hizo un gesto vago con la cabeza antes de añadir:

—Pero fue todo muy real. Recuerdo cada detalle; la música, su manera de sonreír, el ruido de la cremallera cuando se la bajó... todo.

Me dedicó aquella sonrisa extraña, soñadora.

—Aunque lo de hoy ha sido mejor, Charlie. Y lo extraño fue que no supe si me sentía enfermo o no. Creo que no, pero estaba muy cerca de ello. Supongo que cuando uno se desvía de la ruta principal, debe estar preparado para descubrir algunas cosas curiosas.

—¿Cómo sabe la gente que es real?—murmuré

—¿Qué dices, Charlie?

—Nada...

Observé a mis compañeros con atención. Ninguno de ellos parecía enfermo. Sus miradas poseían un brillo perfectamente sano. En mi interior, algo (quizá una herencia directa del *Mayflower)* buscaba una respuesta a la pregunta de cómo había sido Sandra capaz de explicar todo aquello ante los demás, de relatarlo públicamente. Sin embargo no vi en la cara de mis compañeros de clase una expresión que reflejara unos pensamientos semejantes. Habría podido encontrarlo en el rostro de Philbrick, o el pobre Tom Denver. Probablemente, no habría aparecido en el de Don Grace, aunque seguro que éste también lo habría pensado. En mi fuero interno, y pese a los noticiarios nocturnos de televisión, yo mantenía hasta entonces la creencia de que las cosas cambian, pero las personas no. Me causaba cierto horror empezar a comprender que durante todos aquellos años había estado jugando a béisbol en un campo de fútbol. Pocilga seguía observando la desagradable silueta de su lápiz. Susan Brooks parecía dulcemente comprensiva. Dick Keene exhibía una expresión entre interesada y lujuriosa. Corky fruncía el entrecejo y mantenía baja la mirada mientras trataba de asimilar lo que acababa de escuchar. Grace se mostraba ligeramente sorprendida. Irma Bates seguía con su expresión ausente; creo que no se había recuperado de la conmoción sufrida al verme disparar. ¿Eran tan sencillas las vidas de nuestros mayores como para que el relato de Sandy pudiera constituir para ellos un motivo de escándalo? ¿O llevaban todos los presentes unas vidas tan extrañas y llenas de un aterrador follaje mental que la aventura sexual de su compañera de clase no resultaba más excitante que obtener una partida gratis en la máquina del millón? Prefería no saberlo. No estaba en condiciones de valorar implicaciones morales.

Sólo Ted parecía enfermo y horrorizado, pero él ya no contaba.

—No sé qué va a suceder —comentó Carol Granger de pronto, ligeramente preocupada, mientras miraba alrededor—. Tengo miedo de que todo esto cambie las cosas, y no me gusta. —Dirigiéndome una mirada acusadora, añadió—: Me gustaba cómo estaban las cosas, Charlie, y no quiero que cambien cuando todo esto termine.

—¡Ah! —respondí.

Aquella clase de comentario no ejercía influencia alguna sobre la situación. Las cosas habían escapado a todo control. No había modo de negar tal realidad. Sentí el súbito impulso de reírme de todos ellos y declarar que yo había empezado aquello como la atracción principal y había acabado siendo el telonero de la función.

—Necesito ir al baño —dijo de pronto Irma Bates.

—Aguántate —repuse.

Sylvia se rió.

—Es justo que cumplamos lo prometido —añadí—. Antes aseguré que os hablaría de mi vida sexual si también lo hacía Carol. En realidad no hay mucho que explicar, a menos que sepáis leer las líneas de la mano. No obstante, hay una pequeña anécdota que quizá encontréis interesante.

Sarah Pásteme bostezó, y sentí la súbita y penosísima necesidad de volarle la cabeza de un disparo. Hay chicas que van muy deprisa, pero Decker sabe aspirar todas las colillas de cigarrillo psíquicas de los ceniceros de la mente.

Me vino de pronto a la cabeza esa canción de los Beatles que empieza:

Hoy he leído las noticias, chico...

Y comencé a hablar.

26

El verano antes del penúltimo curso en la Escuela Secundaria de Placerville, yo y Joe fuimos a pasar un fin de semana a Bangor con su hermano, que había conseguido un trabajo de verano en el Departamento de Higiene Pública de esa ciudad. Pete McKennedy tenía veintiún años (una edad fantástica, pensaba yo, que entonces estaba en dura pugna con esa cloaca abierta que significan los diecisiete) y estudiaba en la Universidad de Maine, donde intentaba licenciarse en inglés.

Todo apuntaba a que sería un gran fin de semana. El viernes por la noche me emborraché por primera vez en mi vida, en compañía de Pete, Joe y un par de amigos del primero. A la mañana siguiente no tenía mucha resaca. Pete no trabajaba los sábados, de modo que nos llevó al campus y nos enseñó la universidad. Es un sitio realmente agradable en verano, aunque en un sábado del mes de julio no había muchas chicas bonitas que poder mirar. Pete nos contó que la mayor parte de los estudiantes de verano se largaba a Bar Harbor o Clear Lake los fines de semana.

Nos disponíamos a regresar a casa de Pete cuando éste se encontró con un conocido que se encaminaba cansinamente hacia el sofocante aparcamiento.

—¡Scragg! —exclamó Pete—, ¡Eh, Scragg!

Scragg era un tipo grande que vestía téjanos descoloridos salpicados de pintura y una camisa azul de trabajo. Llevaba un bigote de color arena y fumaba un pequeño habano de aspecto horrible que más adelante identificó como un auténtico Smokv Perote; olía como ropa interior que se quema lentamente.

—¿Qué tal?—preguntó Scragg.

—Vamos tirando —respondió Pete—. Este es mi hermano, Joe, y éste es su amigo Charlie Decker. Os presento a Scragg Simpson.

—¿Cómo va todo? —di)o Scragg, estrechándonos la mano para después olvidarse de nosotros—. ¿Qué haces esta noche, Pete?

—Pensaba ir al cine con ellos dos.

—No lo hagas. Pete —replicó Scragg con una sonrisa—. No lo hagas, chico.

—¿Hay algún plan mejor? —inquirió Pete, también sonriendo.

—Dana Collette ofrece una fiesta en la casa que sus padres tienen cerca de Schoodic Point junto a la playa. Habrá un millón de chicas sueltas. Lleva material.

—¿Sabes si Jerry Moeller tiene hierba? —preguntó Pete.

—La última vez que hablé con él, tenía un buen montón. Extranjera, doméstica, local... de todo, salvo filtros para los canutos.

—Nos encontraremos allí esta noche, a menos que suceda algo muy grave —asintió Pete.

Scragg hizo un gesto con la cabeza y se despidió agitando la mano, preparándose para reanudar su versión de la fórmula más tradicional de locomoción por el campus; el caminar indolente del aspirante a la graduación.

—Nos veremos —dijo mientras se despedía de Joe y de mí.

A continuación visitamos a Jerry Moeller, quien, según Pete, era el más importante camello del triángulo Orono-Oldtown-Stillwater. Procuré aparentar tranquilidad cuando lo explicó como si fuera un experto fumador de Placerville, pero interiormente me sentía

Librodot

excitado y bastante receloso. Según recuerdo, casi esperaba encontrar al tal Jerry sentado desnudo en el retrete, con una cinta de goma atada y una hipodérmica clavada en la vena hinchada del antebrazo.

Jerry poseía un pequeño piso en Oldtown, que limita con el campus. Oldtown es una población pequeña con tres rasgos característicos; la industria papelera, una fábrica de canoas, y doce de los antros de peor fama de esta gran región risueña. También había allí un campamento de auténticos indios de las reservas, la mayoría de los cuales te miraba como preguntándose cuánto pelo te habría salido ya en el culo y si merecería la pena arrancártelo como si de una cabellera se tratara.

Jerry no era uno de esos nefastos camellos que organizan su corte entre el hedor del incienso y la música Ravi Shankar, sino un tipo menudo con una sonrisa permanente como una rodaja de limón. Iba vestido de pies a cabeza y razonaba con toda coherencia. Su único adorno consistía en una chapa de color amarillo brillante con la frase A LAS RUBIAS LES ENCANTA. En lugar de Ravi y su insoportable sitar, disponía de una gran colección de música *country,* del género *bluegrass.* Al ver sus discos de los Greenbriar Boys le pregunté si había oído a los Tarr Brothers. Siempre he sido un gran aficionado al *bluegrass.* Después de eso continuamos charlando. Pete y Joe permanecieron callados, un tanto aburridos, hasta que Jerry sacó un pequeño cigarrillo envuelto en papel marrón.

—¿Quieres encenderlo? —preguntó a Pete. Éste lo encendió. El aroma era intenso, casi acre, y muy agradable. Le dio una profunda calada, retuvo el humo en los pulmones y pasó el canuto a Joe, que expulsó entre toses la mayor parte del humo que había aspirado. Jerry se volvió hacia mí.

—¿Has oído alguna vez a los Clinch Mountain Boys?

—No, pero he oído hablar de ellos —respondí.

—Tienes que escuchar esto —aconsejó él—. Es de primera, chico.

Puso un LP de un sello discográfico desconocido. Llegó a mis manos el cigarrillo de marihuana.

—¿Fumas tabaco? —me preguntó Jerry con aire paternal.

Negué con la cabeza.

—Entonces aspira poco a poco, o no te enterarás.

Di una lenta calada. El humo era dulzón, bastante pesado, acre y seco. Lo retuve en los pulmones y pasé el canuto a Jerry. Los Clinch Mountain Boys empezaron a tocar *Blue Ridge Breakdown.*

Media hora más tarde habíamos dado cuenta de dos canutos más y estábamos escuchando a Flatt and Scruggs en una cancioncilla titulada *Russian Around.* Me disponía a preguntar cuándo empezaría a notar los efectos y de pronto advertí que podía visualizar realmente los acordes del banjo en mi cerebro. Eran brillantes, como largos hilos de acero y se movían hacia adelante y hacia atrás como piezas de un telar. Aunque el movimiento era rápido, podía seguirlo perfectamente si me concentraba lo suficiente. Intenté explicárselo a Joe, quien me miró con perplejidad, y los dos echamos a reír. Pete, mientras tanto, estudiaba detenidamente una fotografía de las cataratas del Niágara colgada en la pared.

Nos quedamos allí hasta casi las cinco de la tarde, y al marcharnos, yo estaba absolutamente colocado. Pete compró a Jerry treinta gramos de hierba, y emprendimos la marcha hacia Schoodic. Jerry salió a la puerta del piso para despedirnos y me invitó a visitarle de nuevo con alguno de mis discos.

Fueron los únicos momentos realmente agradables que recuerdo.

El trayecto hasta la costa fue bastante largo. Los tres estábamos todavía bastante colocados, y aunque Pete no tenía problemas para conducir, ninguno de nosotros parecía capaz de abrir la boca sin que le entrara la risa. También recuerdo que pregunté a Pete qué tal era Daña Collette, la organizadora de la fiesta, y él se limitó a mirarme de soslayo con aire socarrón. Eso me hizo reír hasta que temí que me estallara el estómago. Todavía tenía la cabeza llena de música bluegrass.

Pete había asistido a otra fiesta celebrada en el lugar en la primavera. La casa se hallaba al final de un estrecho sendero de tierra al pie del cual se alzaba un letrero donde se leía CAMINO PARTICULAR. Se oía el retumbar de la música desde casi medio kilómetro. Se habían reunido allí tantos coches que hubimos de aparcar bastante lejos de la casa.

Empecé a sentirme inseguro y cohibido (en parte debido a la hierba que había fumado, en parte a mi carácter); me preocupaba lo joven y estúpido que parecería probablemente a todo aquel grupo de universitarios. Jerry Moeller tenía que ser un bicho raro en comparación con la mayoría. Decidí quedarme cerca de Joe y mantener la boca cerrada en todo momento.

Tal y como se desarrollaron los acontecimientos, podría haberme ahorrado la inquietud. La casa estaba abarrotada de gente borracha, drogada o ambas cosas a la vez. El aroma a marihuana flotaba en el aire como una niebla espesa, acompañado del vino y un guirigay de conversaciones, risas y música rock and roll. Del techo colgaban dos luces, una roja y otra azul, que completaban la primera impresión que me había producido el lugar; la de una casa de la risa en un parque de atracciones.

Scragg nos saludó agitando la mano desde el otro extremo del salón.

—¡Pete! —exclamó una voz casi junto a mi oído.

Di un respingo y a punto estuve de morderme la lengua.

Era una chica bajita, casi bonita, de cabello rubio muy claro, que llevaba el vestido más corto que yo había visto nunca; era de un color anaranjado fluorescente, y casi parecía tener vida propia bajo la extraña iluminación.

—¡Hola, Dana! —exclamó Pete por encima del ruido—. Estos son mi hermano, Joe, y su amigo, Charlie Decker.

La chica nos saludó a ambos.

—¿No es una fiesta estupenda? —me preguntó. Cuando se movía, el dobladillo del vestido se
balanceaba, enseñando el remate del encaje de sus
braguitas.

Respondí que, en efecto, era una fiesta magnífica.

—¿Has traído algo bueno, Pete?

Este sonrió antes de mostrarle la bolsa de hierba. A Dana le brillaron los ojos. Se hallaba de pie a mi lado con la cadera apoyada despreocupadamente contra la mía. Noté el contacto de su muslo derecho y empecé a ponerme más caliente que un alce macho.

—Venid por aquí —indicó Dana.

Encontramos un rincón relativamente desocupado detrás de un altavoz y Daña sacó una gran pipa de agua adornada con arabescos de una estantería baja, llena de libros de Hesse y Tolkien, así como ejemplares del *Reader's Digest,* que, sospeché, pertenecían a sus padres. Nos sentamos a fumar. La hierba pasaba mucho mejor en la pipa de agua, de modo que conseguí retener el humo más fácilmente. Comencé a sentirme muy colocado. Notaba la cabeza como si la tuviera llena de helio. La gente entraba y salía. Me presentaron a muchos jóvenes, nombres y caras que olvidé rápidamente. Lo que más me gustó de esas presentaciones fue que, cada vez que se acercaba algún sujeto. Daña se levantaba para agarrarle antes de que se alejara; al hacerlo quedaba ante mi vista aquella morada celestial apenas cubierta por el levísimo velo de sus braguitas de nailon azules. Los presentes in-

tercambiaban discos. Yo les observaba ir y venir (algunos parecían hablar de Miguel Ángel, Ted Kennedy o Kurt Vonnegut). Una mujer me preguntó si había leído *Violador de mujeres,* de Susan Brownmiller. Contesté que no, y ella me informó de que era muy fuerte. Cruzó los dedos delante de los Ojos para mostrarme cuan fuerte era y se alejó. Contemplé el cartel fluorescente de la pared de enfrente, que mostraba a un tipo con-una camiseta de manga corta sentado frente a un televisor; al individuo le resbalaban lentamente los globos oculares por las mejillas, y en su boca había una gran sonrisa. Bajo el dibujo se leía una frase: ¡MIIIERDA!.

¡VIERNES POR LA NOCHE Y OTRA VEZ COLOCADO!

Observé a Dana, que cruzaba y descruzaba las piernas una y otra vez. Del remate de encaje de sus braguitas sobresalía ahora un poco de vello púbico, nueve tonos más oscuros que su cabello. Creo que jamás he estado tan caliente como entonces y dudo de que vuelva a estarlo en el futuro. Tenía un órgano que me parecía lo bastante grande y largo para saltar a pértiga con él. Empecé a preguntarme si el órgano sexual masculino podía estallar.

Dana se volvió hacia mí y, de pronto, me susurró al oído. El estómago se me calentó al instante, como si acabara de engullir una enchilada. Un momento antes, la chica había estado hablando con Pete y un tipo que no recordaba me hubieran presentado. Y allí estaba, susurrándome al oído, y su aliento me cosquilleaba en el canal auditivo.

—Sal por la puerta trasera —indicó— Allí. La señaló. Resultaba difícil entender sus palabras, de modo que me limité a seguir con la mirada la dirección que indicaba su dedo. Sí, allí estaba la puerta. Una puerta real, sólida, palpable, con un gran picaporte. Solté una risita, convencido de que acababa de tener un pensamiento muy ocurrente. Daña rió suavemente junto a mi oído y dijo:

—Te has pasado la noche mirándome las piernas. ¿Qué significa eso?

Y antes de que yo pudiera responder, me dio un suave beso en la mejilla y un ligero empujón para que me pusiera en marcha hacia la puerta.

Busqué a Joe con la mirada, pero no le vi por ninguna parte. Lo siento, Joe. Me puse en pie y oí crujir mis rodillas. Tenía las piernas dormidas después de haber estado tanto rato sentado en la misma posición. Sentí el impulso de cruzar el salón de puntillas, de soltar una estentórea carcajada y anunciar a los presentes que Charles Everett Decker creía sinceramente que estaba a punto de echar un polvo; que Charles Everett Decker estaba a punto de romper el velo de su virginidad.

Pero no hice nada de eso.

Salí por la puerta posterior.

Me hallaba tan colocado y cachondo que estuve en un tris de caer desde casi diez metros de altura sobre la fina arena blanca de la playa situada bajo la casa. La parte trasera de ésta se alzaba sobre un escarpado promontorio a cuyo pie se abría una pequeña cala que parecía sacada de una postal. Un tramo de escalones erosionados por el aire y el agua conducía hasta ella. Avancé con cuidado, agarrado al pasamanos. Notaba mis pies a kilómetros de distancia. Desde allí, la música sonaba distante y se confundía con el rítmico batir de las olas hasta quedar casi cubierta por éste.

La luna semejaba una fina raja de melón, y soplaba una levísima brisa. El paisaje poseía una helada belleza, y por un instante, pensé que me había colado en una postal en blanco y negro. La casa, arriba y a mi espalda, era apenas una borrosa silueta. Los árboles escalaban el promontorio a ambos lados de los peldaños; pinos y abetos se agarraban a las grietas de los dos brazos de roca desnuda que cerraban la playa en forma de media luna, donde las olas besaban suavemente la arena. Delante de mí aparecía el Atlántico, tachonado por una red vacilante de luces, reflejo de la luna. Mar adentro, hacia la izquierda, atisbo el leve bulto de una isla y me pregunté quién andaría por ella de noche, además del viento. Tal pensamiento me produjo un ligero escalofrío.

Me descalcé y la esperé.

No sé cuánto tardó en llegar. No llevaba reloj y estaba demasiado colocado para calcularlo. Al poco empezó a invadirme la inquietud, una sensación que tenía algo que ver con la sombra de los árboles sobre la arena húmeda y compacta, y el sonido del viento. Quizá era el océano, enorme malévolo, lleno de formas de vida invisible y cubierto de aquellos leves destellos luminosos. Quizá no se debía a ninguna de esas cosas, o quizá a todas ellas y más. Fuera como fuese, cuando Daña me puso la mano en el hombro, la erección había desaparecido por completo. Era como si Wyatt Earp se internara en OK Corral sin su pistola.

La chica me hizo volverme hacia ella, se puso de puntillas y me besó. Noté el calor de sus muslos, pero de pronto no significaba nada especial para mí.

—Te he visto mirarme —afirmó—. ¿Eres buen chico? ¿Sabrás serlo?

—Lo intentaré —respondí, sintiéndome un poco ridículo.

Le acaricié los pechos mientras ella me abrazaba con fuerza. Sin embargo la erección seguía ausente.

—No comentes nada a Pete —susurró, tomándome la mano—. Me mataría. Él y yo estamos... liados.

Me llevó bajo los escalones, donde la hierba estaba fresca y cubierta de aromática pinaza. La sombra de los escalones formaba una especie de fría persiana cuando Dana se quitó el vestido.

—Es una locura —murmuró excitada. Pronto rodamos por el suelo, y yo ya no llevaba mi camisa. Ella se ocupaba de la bragueta abierta de mis pantalones, pero mi pájaro parecía haberse tomado el descanso para el desayuno. Dana me acarició, deslizó la mano bajo mis calzoncillos, y los músculos de esa zona se estremecieron... no de placer o repulsión, sino con una extraña especie de terror. Su mano me parecía de goma, fría, impersonal y aséptica.

—Vamos —susurraba—, vamos, vamos, vamos...

Intenté pensar en algo excitante, en cualquier cosa. Recordé cuando miraba las piernas a Darleen Andreissen en la sala de estudio y ella se daba cuenta y se marchaba; la baraja de cartas pomo de Maynard Quinn. Imaginé a Sandy Cross en ropa interior negra, muy erótica, y eso empezó a mover algo por allá abajo... y de pronto, de entre todas las imágenes que se agolpaban en mi mente, apareció la de mi padre con su machete de caza, hablando de la solución nasal de los cherokees.

(«¿De qué?», preguntó Corky Herald. Le expliqué en que consistía la solución nasal de los cherokees. «¡Oh!», exclamó Corky, y reanudé mi relato.)

Aquello fue definitivo. Todo cesó, y el pájaro se me encogió de nuevo. Desde ese instante no hubo nada que hacer, nada de nada. Mis téjanos hacían compañía a mi camisa, y tenía los calzoncillos alrededor de los tobillos. Dana se estremecía debajo de mí; la sentía allí, tensa como la cuerda de un instrumento musical. Me llevé la mano a la entrepierna, me agarré el pene y tiré de él, como si pretendiera preguntarle qué sucedía. Pero el señor pene no respondía. Deslicé la mano por la cálida conjunción de sus muslos, palpé su vello púbico, un poco crespo, asombrosamente parecido al mío, introduje en ella un dedo, explorando, al tiempo que pensaba. Este es el lugar. Este es el punto sobre el cual hacen broma los hombres como mi padre cuando salen de caza o están en la barbería. Los hombres matan por esto; lo abren a la fuerza, lo roban o lo fuerzan, lo toman... o lo dejan.

—¿Dónde está? —susurró Daña en voz alta, jadeante—. ¿Dónde está? ¿Dónde...?

De modo que lo intenté, pero era como el viejo chiste del tipo que intenta meter fruta confitada en la hucha. Nada. Y entretanto me llegaba el continuo y suave sonido del océano batiendo sobre la playa, como la banda sonora de una película sentimental.

Entonces me aparté a un lado.

—Lo siento— declaré con mi voz sorprendentemente alta, estridente.

Oí suspirar a Dana. Un sonido breve e irritado.

—Está bien —asintió—. A veces sucede.

—A mí no —repliqué, como si después de varios miles de encuentros sexuales fuera la primera vez en que me fallaba el equipo.

A lo lejos sonaba la voz de Mick Jagger y los Stones cantando *Hot Stuff.* Una de esas ironías de la vida. Me sentía fatal, pero se trataba de un sentimiento frío, sin profundidad. La certidumbre de que era un afeminado me invadió como una marea. En alguna parte había leído que no se precisa haber tenido ninguna experiencia homosexual para ser un afeminado. Uno podía serlo sin tener conciencia de ello, hasta que el marica oculto en el armario se abalanzaba sobre uno como la madre de Norman Bates en *Psicosis,* una figura grotesca que se pavonea y contonea con el maquillaje y los zapatos de tacón de mamá.

—No importa —insistió ella—. Pete...

—Escucha, lo siento...

Ella me dedicó una sonrisa que se me antojó artificial. Desde entonces me he preguntado si lo era. Me gustaría creer que fue una sonrisa sincera.

—Es la hierba. Has fumado demasiado. Estoy segura de que eres un amante maravilloso cuando estás bien.

—Follemos —propuse, y me estremecí ante el sonido ronco, mortecino, de mi voz.

—No —replicó Dana, incorporándose—. Yo vuelvo a la casa. Espera un poco antes de subir.

Quise pedirle que se quedara, que me dejara probar otra vez, pero sabía que no podría aunque todos los mares se secaran y la luna se convirtiera en óxido de cinc. Dana se subió la cremallera del vestido y desapareció. Permanecí allí, bajo los escalones, y la luna me observaba atentamente, quizá esperando que empezara a llorar. Pero no lo hice. Al cabo de un rato me vestí y sacudí las hojas que se habían adherido a mi camisa. Luego ascendí por la escalera. Pete y Dana habían desaparecido. Joe se encontraba en un rincón, liado con una chica realmente despampanante que tenía las manos hundidas en la rubia cabellera de mi amigo. Me senté, aguardando a que la fiesta terminara. Finalmente concluyó.

Cuando los tres emprendimos el regreso hacia Bangor, el amanecer había sacado ya la mayor parte de sus trucos de la bolsa y un arco de sol encarnado asomaba por entre las chimeneas de la hermosa fábrica de cerveza del centro de la ciudad. Apenas hablamos. Yo me sentía cansado y malhumorado, incapaz de calibrar cuánto daño había sufrido esa noche. Tenía la penosa sensación de que era más del que realmente necesitaba.

Subí por la escalera del piso y me derrumbé sobre el sofá cama del salón. Lo último que vi antes de dormirme fueron los rayos del sol que se colaban por las persianas y se posaban en la pequeña alfombra situada junto al radiador.

Soñé con la Cosa Que Crujía, como cuando era pequeño. Yo, en mi cama; las sombras del árbol del jardín sobre las paredes y el techo; el sonido uniforme y siniestro. En esa ocasión, sin embargo, el ruido seguía acercándose más y más, hasta que la puerta del dormitorio se abrió de golpe CQH un terrible chirrido, como el sonido de la muerte.

Era mi padre. Llevaba en brazos a mi madre, que tenía la nariz hendida, abierta en dos, y la sangre rodaba por sus mejillas como pinturas de
guerra.

«¿La quieres? —preguntaba mi padre—. Ven y tómala, inútil. Ven y tómala.»

Luego la arrojó sobre la cama, junto a mí, y vi que estaba muerta. Entonces desperté gritando. Y con una erección.

27

Después de este relato nadie habló, ni siquiera Susan Brooks. Me sentía cansado. Al parecer no quedaba gran cosa que decir. La mayoría de los chicos y chicas miraba de nuevo hacia el exterior, aunque no había nada que ver que no hubiera estado allí una hora antes; en realidad había menos que ver, ya que los curiosos habían sido alejados de la zona. Llegué a la conclusión de que la historia sexual de Sandra había sido mejor que la mía;
en la suya había habido un orgasmo.

Ted Jones me miraba con la habitual intensidad (aunque de pronto creí adivinar que la repulsión había cedido paso a un odio radical, lo cual resultaba ligeramente satisfactorio). Sandra Cross seguía absenta en su propio mundo. Pat Fitzge-raid se dedicaba a doblar meticulosamente una hoja de papel de ejercicios de matemáticas, dándole la forma de un avión aerodinámicamente defectuoso.

De repente, Irma Bates declaró, desafiante:

—¡Necesito ir al baño!

Dejé escapar un suspiro, cuyo sonido me recordó en gran manera al de Dana Collette aquella noche en Schoodic Point, bajo los escalones.

—Ve, pues.

Irma me observó con incredulidad. Ted parpadeó. Don Lordi soltó una risita sofocada.

—Me matarías si lo hiciera. Mirándola fijamente, pregunté:

—¿Necesitas ir al baño o no?

—Puedo aguantarme —afirmó ella, malhumorada.

Hinché los carrillos como hace mi padre cuando está irritado.

—Escucha, Irma, ve al baño o deja de bailar en el pupitre. No queremos ver un charco de orina
bajo tu asiento.

Corky soltó una carcajada ante mis palabras, y Sarah Pasterne alzó la mirada, sorprendida.

Como si con ello quisiera fastidiarme, Irma se puso en pie y avanzó con paso firme y enérgico hacia la puerta. Al menos yo había conseguido algo: Ted la miraba ahora a ella, en lugar de a mí. Cuando Irma llegó a la puerta, se detuvo con aire dubitativo y puso la mano en el picaporte. Tenía el aspecto de la persona que acaba de recibir una pequeña descarga eléctrica mientras ajustaba la antena del televisor y duda entre intentarlo de nuevo
o no.

—¿No me dispararás?

—¿Vas al baño o no? —insistí.

No estaba seguro de si dispararía contra ella. Todavía me sentía molesto (¿o celoso?) por el hecho de que la historia de Sandra hubiera resultado más atractiva que la mía. Tenía la impresión de que, en cierto modo, ellos habían ganado la última •mano de la partida. Por un momento se me ocurrió la disparatada idea de que, en lugar de retenerles yo a ellos, la situación era la contraria; salvo en lo que se refería a Ted, naturalmente. Todos nosotros reteníamos a Ted como rehén.

Quizá sí dispararía contra Irma. Desde luego, no tenía nada que perder. Acaso incluso resultaría conveniente. Quizá con ello me libraría de la desquiciada sensación de haber despertado en mitad de un nuevo sueño.

Irma abrió la puerta y salió. No levanté la pistola del cuaderno situado sobre el escritorio. La puerta del aula se cerró, y oímos los pasos de Irma, que avanzaba por el vestíbulo, sin apresurarse. Todos teníamos la vista fija en la puerta, como si algo increíble hubiera asomado

su cabeza, hecho un guiño y desaparecido.

Por lo que a mí respecta, experimenté una extraña sensación de alivio; una sensación tan difusa que jamás he podido explicarla.

Los pasos se alejaron hasta hacerse inaudibles.

Silencio. Esperaba que algún otro pidiera ir al baño, o ver a Irma Bates salir presurosa por la puerta principal de la escuela y lanzarse de cabeza hacia la primera página de un centenar de periódicos. Pero no sucedió ninguna de las dos cosas.

Pat Fitzgerald sopló sobre las alas de su avión de papel para ver cómo vibraban. El sonido resultó perfectamente audible en toda la clase.

—Deja ya ese maldito juguete —exclamó Billy Sawyer irritado—. No se debe hacer aviones de papel con las hojas de la sala de estudio.

Pat no hizo ademán de lanzar el maldito avión. Billy no añadió ningún comentario más.

De nuevo se oyeron pisadas, esta vez acercándose al aula.

Levanté la pistola y apunté con ella hacia la puerta. Ted me sonreía, creo que sin darse cuenta de ello. Observé su rostro; estudié sus finos rasgos, de una belleza convencional; me fijé en su frente, tras la cual quedaban contenidos tantos recuerdos de los días estivales en el club de campo, los bailes, los coches y los pechos de Sandy; aprecié su calma, su sentido de la justicia. Y entonces comprendí de pronto cuál era el meollo del asunto. Quizá aquél era el único asunto que había estado en juego durante toda la mañana. Y algo todavía más importante; supe que la suya era la mirada del halcón, y que su mano era de piedra. Aquel chico podía haber sido mi padre, pero no importaba. Tanto éste como Ted eran personas remotas y olímpicas, verdaderos dioses. Pero mis brazos estaban demasiado cansados para derribar templos. Yo no había sido modelado para ser un Sansón.

Su mirada era franca, directa, temiblemente decidida; era la mirada de un político.

Cinco minutos antes el sonido de los pasos no habría significado una mala señal, ¿entendéis? Cinco minutos antes los habría recibido con alivio, habría dejado la pistola sobre el cuaderno del escritorio y habría salido a su encuentro, quizá con una mirada temerosa a la clase que dejaba atrás. En cambio ahora los pasos me asustaban. Temía que Philbrick hubiera decidido aceptar mi oferta, que hubiera acudido para cerrar la línea principal y dejara inconcluso nuestro asunto. Ted Jones mostraba una sonrisa de voracidad, Todos los demás aguardaban con la vista fija en la puerta. Los dedos de Pat se habían quedado inmóviles en el avión de papel. Dick Keene miraba con la boca abierta, y en aquel instante aprecié en él por primera vez el parecido familiar con su hermano Flapper, un caso de cociente intelectual justo en el límite inferior de la normalidad que había conseguido terminar sus estudios en Placerville después de seis largos años. Flapper realizaba en aquellos momentos un curso de posgrado en la prisión estatal de Thomaston y estaba a punto de licenciarse en mantenimiento de lavandería.

Una sombra informe apareció en el cristal, difusa e inconcreta en la superficie rugosa y translúcida. Mantuve la pistola en alto, y preparándome para disparar. Con el rabillo del ojo derecho veía a mis compañeros, que me observaban absortos, fascinados, como el último rollo de las películas de James Bond, donde el número de muertos aumenta de forma considerable.

Un sonido sofocado, una especie de gimoteo, surgió de mi garganta.

Se abrió la puerta, y entró Irma Bates. Lanzó una mirada malhumorada alrededor, molesta de encontrar a todo el mundo observándola. George Yannick soltó una risita y murmuró:

—¿Adivina quién viene a cenar? Nadie rió; era un chiste privado de George. Los demás continuaron mirando fijamente a Irma.

—¿Qué narices estáis mirando? —preguntó ella, enfadada, con la mano todavía en el picaporte—. A veces la gente necesita ir al baño, ¿no?

Cerró la puerta, avanzó hasta su pupitre y se sentó con gesto recatado.
Era casi mediodía.

Librodot

28

Frank Philbrick fue puntual. «Clic», y empezó a hablar por el intercomunidador. Su respiración no era tan pesada como antes. Quizá quería mantenerme apaciguado. O tal vez había reflexionado sobre mi consejo al respecto y decidido seguirlo. Cosas más raras se han visto.

—¿Decker?

—Aquí estoy.

—Escucha, ese disparo perdido que penetró antes por la ventana no fue intencionado. Un agente de Lewiston...

—No nos preocupemos por esos detalles, Frank —interrumpí—. Nos has avergonzado, a mí y a todos los presentes aquí dentro, que han visto muy bien lo sucedido. Si tienes un mínimo de integridad, y estoy seguro de que así es, también tú estarás avergonzado de ello.

Un silencio. Quizá el policía trataba de recobrar la calma.

—Está bien. ¿Qué quieres?

—No mucho. Todo el mundo saldrá de aquí a la una en punto, dentro de exactamente.... —Eché un vistazo al reloj de la pared—. Dentro de cincuenta y siete minutos según el reloj de la clase. Saldrán sin un rasguño, lo garantizo.

—¿Por qué no ahora mismo?

Observé a mis compañeros. El ambiente era tenso, casi solemne, como si entre nosotros se hubiera firmado un pacto con la sangre de alguien.

—Tenemos que tratar de un último asunto aquí dentro —dije cuidadosamente—. Hemos de terminar lo que hemos empezado.

—¿Qué significa eso?

—No te importa; todos sabemos de qué se trata. No hubo un solo par de O)QS que expresara in-certidumbre. Todos entendían muy bien a qué me había referido, y eso era magnífico, pues nos ahorraría tiempo y esfuerzo. Me sentía agotado.

—Ahora, Philbrick, escucha atentamente para que no haya malentendidos. Voy a explicarte el último acto de esta pequeña comedia. Dentro de tres minutos, se bajarán todas las persianas del
aula.

—No harás eso, Decker —exclamó el policía con voz severa y seca.

Dejé salir el aire entre los labios con un silbido. Qué hombre más sorprendente. No me extrañaba que le hubieran encargado aquellos anuncios sobre seguridad vial.

—¿Cuándo se te meterá en la cabeza que aquí mando yo? —repliqué—. Alguien bajará las persiana, no seré yo, Philbrick, de modo que si disparáis a quien lo haga, ya puedes colgarte la chapa en el culo y despedirte de ambos.

Ninguna respuesta.

—Quien calla otorga —añadí, tratando de aparentar alegría—. Tampoco yo podré ver qué hacéis, pero no pretendas pasarte de listo, ya que si lo haces algunos de los aquí presentes lo pagarán. Si todo el mundo permanece tranquilo hasta que llegue la una, el asunto terminará satisfactoriamente, y tú seguirás siendo un valiente policía. ¿Qué me respondes?

Un prolongado silencio.

—¡Que me cuelguen si no estás loco! —espetó finalmente.

—¿Qué me respondes?

—¿Cómo sé que no cambiarás de idea, Decker? ¿Y si luego decides esperar hasta las dos? ¿O hasta las tres?

—¿Qué me respondes? —insistí, inexorable. Un nuevo silencio.

—Está bien. Pero si haces daño a alguno de esos chicos...

—Ya lo sé, me quitarás el carnet de estudiante. A la mierda, Frank.

Le imaginé intentando encontrar una frase fuerte, rotunda y ocurrente que resumiera su posición para la posteridad, algo como «jódete, Decker», o «a tomar por el culo, Decker», pero no se atrevió a soltarla. Después de todo, allí dentro había niñas que no debían oír semejantes cosas.

—A la una —repitió.

El intercomunicador quedó desconectado de nuevo. Un momento después el policía saltó por la puerta principal y atravesó el césped hasta situarse tras los coches.

—¿Qué asquerosas fantasías masturbatorias se te han ocurrido, Charlie? —-preguntó Ted, sonriendo todavía.

—¿Por qué no te quedas calladito, Ted? —intervino Harmon Jackson con tono distante.

—¿Algún voluntario para bajar las persianas? —pregunté. Varias manos se alzaron. Señalé a Melvin Thomas y añadí—: Hazlo lentamente. Es probable que estén nerviosos ahí fuera.

Melvin bajó despacio las persianas hasta el alféizar, y el aula quedó sumida en la penumbra. Unas sombras sin contorno definido se adueñaron de los rincones, como murciélagos hambrientos. El ambiente no me gustaba. Las sombras me ponían muy nervioso.

Señalé a Tanis Gamón, cuyo pupitre se hallaba en la fila más próxima a la puerta.

—¿Te importaría encender las luces, Tanis? Me dedicó una tímida sonrisa antes de dirigirse hacia los interruptores. Un momento después los fríos fluorescentes arrojaron su luz, que no era mucho mejor que las sombras. Añoré el sol y la visión del cielo azul, pero no dije nada. No había nada que decir. Tanis regresó a su pupitre y se alisó cuidadosamente la falda por detrás de los muslos al tiempo que se sentaba.

—Utilizando la oportuna frase de Ted —afirmé entonces—, sólo queda una fantasía masturbatoria antes de volver al asunto central. O, si así lo preferís, podemos decir que nos quedan dos mitades de un todo. Se trata de la historia del señor Carlson, nuestro último profesor de física y química; la historia que el viejo Tom Denver logró ocultar a los periódicos, pero que, como suele decirse, permanece en nuestros corazones. »Y se trata también de lo que sucedió entre mi padre y yo cuando fui castigado con la expulsión temporal.

Observé a mis compañeros mientras un dolor sordo y espantoso me laceraba la nuca. Todo el asunto había escapado de mis manos en algún momento. Me acordé de Mickey Mouse como aprendiz de brujo en la vieja película de Disney, *Fantasía.* Yo había dotado de vida a todas las escobas, pero ¿dónde se había metido el viejo mago amable, capaz de decir «abracadabra» al revés para detenerlas?

Estúpido, estúpido.

Ante mis ojos se arremolinaron innumerables imágenes, fragmentos de sueños y fragmentos de realidad. Resultaba imposible separar unos de otros. La locura empieza cuando uno no puede ver ya las suturas que mantienen unido el mundo. Por un instante creí que todavía existía la posibilidad de despertar en mi cama, sano y salvo, y aún —al menos— medio cuerdo, sin haber dado (o al menos, todavía no) el paso irrevocable; entonces todos los personajes de aquella especial pesadilla se retirarían a las cavernas de mi subconsciente. Sin embargo no habría apostado gran cosa a que así fuera.

Las manos morenas de Pat Fitzgerald manoseaban el avión de papel, moviendo los dedos, con la tristeza de la muerte.

Entonces empecé a hablar.

29

No hubo ninguna razón especial para que trajera la llave inglesa a la escuela.

Ni siquiera ahora, después de todo lo ocurrido sabría precisar la razón más importante. El estómago me dolía siempre, y solía sospechar que la gente quería pelearse conmigo, aun cuando no era así. Tenía miedo de caer desmayado durante los ejercicios de educación física y, al recobrar el sentido, encontrar a todos mis compañeros alrededor de mí, riendo y señalándome... o masturbándose en corro encima de mí. No dormía muy bien por las noches. Poco tiempo antes había tenido una serie de sueños condenadamente extraños y estaba asustado porque bastantes de ellos eran sueños húmedos, aunque no del estilo que hace que te despiertes con las sábanas manchadas. En uno yo caminaba por el sótano de un viejo castillo que parecía sacado de una película de la Universal. Había un ataúd con la tapa levantada, y cuando miraba en su interior veía a mi padre con las manos cruzadas sobre el pecho. Estaba vestido con su uniforme de media gala de la marina y tenía una estaca clavada en el escroto. De pronto abría los ojos y me miraba. Sus dientes eran colmillos. En otro sueño, mi madre estaba aplicándome una lavativa, y yo le suplicaba que se apresurara porque Joe estaba fuera, esperándome. Sin embargo Joe estaba allí, mirando por encima del hombro de mamá, y tenía las manos puestas en sus pechos mientras ella manipulaba el pequeño bulbo de goma roja que bombeaba jabonaduras en mi ano. Tuve otros, una serie interminable, pero prefiero no explicarlos ahora. Eran típicos sueños estilo Napoleón XIV.

Encontré la llave inglesa en el garaje, en una vieja caja de herramientas. No era muy grande, y su mango, oxidado, parecía muy adecuado para mi mano, y su peso el justo para la fuerza de mi muñeca. Cuando la descubrí era invierno, y yo solía llevar cada día a la escuela un jersey muy holgado y largo. Una tía mía me envía dos cada año, uno por Navidad y otro por mi cumpleaños. Los confecciona ella y me llegan por debajo de las caderas. Así pues, empecé a llevar permanentemente la llave inglesa en el bolsillo trasero del pantalón. Iba a todas partes con ella. Si alguien se dio cuenta alguna vez, no dijo nada. Tener la llave en el bolsillo me ayudó a equilibrarme durante un tiempo, pero no mucho. Algunos días volvía a casa sintiéndome como una cuerda de guitarra tensada cinco octavas por encima de su posición adecuada. Esos días decía «hola» a mamá, subía a mi habitación y echaba a llorar o reír descontroladamente sobre la almohada hasta que creía que mis tripas iban a reventar. Aquello me asustaba. Cuando uno hace cosas así, está a punto para el manicomio.

El día en que casi maté al señor Carlson fue el 3 de marzo. Llovía, y las últimas nieves desaparecían convertidas en sucios regatos de agua. Supongo que no debo entrar en detalles sobre lo sucedido, pues la mayoría de vosotros estaba allí y fue testigo de ello. Yo llevaba la llave inglesa en el bolsillo trasero del pantalón. Carlson me hizo salir a la pizarra para solucionar un problema; siempre he odiado tener que hacerlo, porque soy muy malo en química. Cada vez que tenía que salir al encerado, empezaba a sudar como un loco.

El problema trataba de la relación peso/esfuerzo en un plano inclinado, no recuerdo qué exactamente, pero me hice un lío. Recuerdo que pensé que Carlson tenía muy mala leche al hacerme salir allí, delante de todos, para ponerme nervioso con una tontería sobre planos inclinados que, en realidad, era un problema de física. Probablemente se le había olvidado explicarlo en la última clase. Y entonces empezó a burlarse de mí. Me preguntó si sabía cuántos eran dos y dos, si había oído hablar alguna vez de la división con parciales, un invento maravilloso, dijo, «ja, ja, vaya un cerebro tenemos aquí». Cuando me equivoqué por tercera vez, Carison comentó: «Vaya, esto es magnífico, Charlie, magnífico.» Su voz me parecía idéntica a la de Dicky Cable, hasta el punto de que di media vuelta para ver si era él. Se le parecía tanto que, de manera inconsciente, me llevé la mano al bolsillo trasero, donde guardaba la llave inglesa. Tenía el estómago hecho un nudo y temí comenzar a vomitar y

Librodot

dejar el suelo perdido con las galletas que había comido un rato antes.

Golpeé el bolsillo de atrás del pantalón con la mano, y la llave inglesa cayó al suelo con un estruendo.

El señor Carlson posó la vista en el objeto.

—Vaya, ¿qué es eso? —preguntó, inclinándose para recogerla.

—No la toque —ordené.

Me agaché rápidamente y la recogí.

—Déjame ver eso, Charlie —insistió, tendiendo la mano hacia mí.

Me sentí como si fuera en doce direcciones distintas a la vez. Una parte de mi mente gritaba... gritaba de verdad, chillaba como un niño en un cuarto oscuro lleno de hombres del saco horribles,

sonrientes.

—No —dije.

Y todos me miraban.

—Si no me la das a mí, tendrás que dársela más tarde al señor Denver. Tú decides —afirmó el señor Carlson.

Y entonces me sucedió algo muy curioso... En cada uno de nosotros debe de existir una línea muy clara, como la que separa el lado iluminado de un planeta del lado de sombras. Creo que esa línea se denomina el «terminador». Es una palabra magnífica para describir qué me ocurría, porque en un instante me sentía absolutamente excitado, y al instante siguiente estaba más frío que un témpano.

—Yo sí te daré a ti, maldito —repliqué, haciendo sonar la parte superior de la herramienta en la palma de mi mano—. ¿Dónde quieres que te la dé?

Carlson me miró con los labios apretados. Con esas gruesas gafas de montura de carey que llevaba, parecía una especie de insecto enorme y estúpido. La idea me hizo sonreír. Golpeé de nuevo el extremo de la llave inglesa en la palma de la mano.

—Está bien, Charlie. Dame eso y sube inmediatamente al despacho. Yo iré cuando termine la clase.

—¡Una mierda! —exclamé, y eché la llave hacia atrás.

El metal chocó contra la capa de encerado que cubría la pared e hizo saltar unos fragmentos. El extremo de la llave quedó manchado de tiza amarilla. El señor Carlson, por su parte, dio un salto como si yo hubiese golpeado a su madre, en lugar de aquel maldito encerado, aquella máquina de tortura. Aquello demostró cuál era el carácter de Carlson, os lo aseguro. Por eso propiné otro golpe contra el encerado. Y otro.

—¡Charlie!

—Es un placer... golpear tu carne... en el fango del Misisipí —canturreaba mientras, siguiendo el compás, descargaba golpes sobre la pizarra.

A cada golpe que pegaba, el señor Carlson daba un brinco. Cada vez que el señor Carlson daba un brinco, yo me sentía un poco mejor. Análisis transaccional, amigo. Estúdialo. El Bombardero Loco, ese pobre desgraciado de Waterbury, Connecticut, debió ser el norteamericano mejor adaptado del último cuarto de siglo.

—Charlie, me ocuparé de que te expul...

Me volví y comencé a golpear la bandeja de las tizas. Ya había practicado un buen agujero en el encerado; no resultaba una superficie demasiado dura, sobre todo cuando le tomabas la medida. Tizas y borradores cayeron al suelo levantando nubes de polvo. Yo estaba a punto de descubrir que puedes tomar la medida a todo el mundo si cuentas con un palo suficientemente grande, cuando el señor Carlson me agarró.

Me volví hacia él y le asesté un golpe, sólo uno. Enseguida comenzó a manar mucha

sangre. Se desplomó, y las gafas de montura de carey saltaron al suelo y se deslizaron tres metros. Creo que eso rompió el hechizo; la visión de aquellas gafas resbalando por el suelo cubierto de polvo de tiza, dejando su rostro desnudo y sin defensas, con el aspecto que debía tener mientras dormía. Dejé caer la llave inglesa y salí de la clase sin volver la mirada atrás. Subí a las oficinas y expliqué cuanto acababa de suceder.

Jerry Kesserling me recogió en el coche patrulla, y una ambulancia condujo al señor Carlson al Hospital de Maine, donde las radiografías mostraron que tenía una fractura en la parte superior del lóbulo frontal. Según me enteré, tuvieron que extraerle del cerebro cuatro astillas de hueso;
unas decenas más y podrían haberlas pegado con cola de carpintero para formar la palabra IDIOTA, y regalársela en su aniversario con mis mejores
deseos.

Luego vinieron las charlas; con mi padre, el pobre Tom Denver, Don Grace y todas las combinaciones y permutaciones posibles de los tres citados. Mantuve charlas con todo el mundo, excepto con el señor Fazio, el conserje. Durante esas civilizadas conversaciones mi padre demostró una calma admirable —mi madre se encontraba totalmente alterada y recibía un tratamiento con tranquilizantes—, aunque de vez en cuando me dirigía una mirada helada, especulativa, que me hizo comprender que, al final, él y yo hablaríamos en privado. Me habría matado con sus propias manos sin el menor remordimiento. Estoy seguro de que en otra época menos complicada lo habría hecho.

También hubo una conmovedora escena en que pedí disculpas a un señor Carlson envuelto en vendajes y con los ojos morados, y a su esposa, que me miraba con absoluto odio («yo... trastornado... no sabía qué hacía..., lo siento más de lo que puedo expresar con palabras...»), pero nadie se disculpó conmigo por haber sido objeto de burlas en la clase de química mientras sudaba ante el encerado con todos aquellos números que semejaban signos púnicos del siglo v. No recibí ninguna disculpa de Dicky Cable o Daña Collette; ni de la amistosa Cosa Que Crujía, que, mientras regresábamos a casa desde el hospital, me dijo con los labios apretados que quería verme en el garaje cuando me hubiera cambiado de ropa.

Reflexioné sobre esto último mientras me quitaba la chaqueta y mis mejores pantalones para enfundarme unos téjanos y una vieja camisa de franela. Pensé en no ir, en largarme directamente a la carretera. Pensé en bajar al garaje y aceptar, sencillamente, lo que allí me aguardaba. Sin embargo algo dentro de mí se rebeló ante tal posibilidad. Me habían expulsado temporalmente de la escuela, me habían tenido cinco horas encerrado en la comisaría, hasta que mi padre y mi histérica madre («¿Por qué lo has hecho, Charlie? ¿Por qué? ¿Por qué?») pagaron la fianza. Las acusaciones habían sido retiradas por acuerdo conjunto de la escuela, la policía y el señor Carlson (no de su esposa, pues ésta habría deseado que me condenaran a un mínimo de diez años).
Fuera como fuese, pensé que mi padre y yo temamos una deuda pendiente. Por eso bajé al garaje.

Es un recinto húmedo que apesta a aceite, pero está muy bien ordenado. Es el rincón favorito de mi padre, quien lo mantiene en perfecto orden de revista; un lugar para cada cosa, y cada cosa en su lugar. La segadora de césped apoyada contra la pared, las herramientas de jardinería y ornamentación colgadas de sus correspondientes clavos; las tapas de los botes de clavos fijadas a las vigas del techo para poder abrirlos a la altura de los ojos; pilas de revistas atrasadas atadas con cordeles, *Argosy, Bluebook, True, Saturday Evening Post, y* la furgoneta aparcada en su lugar exacto, de cara a
la salida.

Mi padre ya estaba allí, de pie, con sus pantalones caqui descoloridos y una camisa de caza. Por primera vez me percaté que empezaba a envejecer. Siempre había tenido el vientre

liso como una tabla, pero ahora le sobresalía un poco. Demasiadas cervezas en el bar de Gogan. Parecía tener más venillas en la nariz, formando pequeños deltas púrpura bajo la piel, y las arrugas en torno a su boca y sus ojos se habían acentuado.

—¿Qué está haciendo tu madre? —preguntó.

—Duerme —respondí.

Esos días mamá dormía casi todo el tiempo con la ayuda de una receta de Librium. Cuando tomaba tranquilizantes, su respiración era áspera y seca, y su aliento olía como a sueños rancios.

—Bien —dijo mi padre, asintiendo con la cabeza—, tú te lo has buscado, ¿verdad? —Empezó a quitarse el cinturón—. Ahora voy a darte una buena paliza —añadió.

—No —repliqué—. No lo harás. Se detuvo un instante con el cinturón a medio sacar.

—¿Qué?

—Si te acercas con eso en la mano, te lo quitaré —advertí con voz trémula—. Lo haré por esa vez que me arrojaste al suelo cuando era pequeño y luego mentiste a mamá diciendo que me había tirado yo solo. Lo haré por cada vez que me cruzaste la cara de un bofetón por hacer algo mal, sin concederme una segunda oportunidad. Lo haré por esa salida de caza cuando aseguraste que cortarías la nariz a mamá si la encontrabas con otro hombre.

Mi padre había palidecido. Su voz temblaba cuando exclamó:

—¡Cobarde mequetrefe! ¿Acaso crees que puedes echarme la culpa de todo? ¡Explica esos cuentos a ese maricón de psiquiatra, al tipo de la pipa! ¡Pero a mí no me vengas con esas historias!

—Apestas —repuse—. Has jodido tu matrimonio y también a tu único hijo. Ven e intenta pegarme si te atreves. Me han expulsado de la escuela. Tu esposa está convirtiéndose en una adicta a las pastillas. Y tú no eres más que un bebedor empedernido. —Mi voz era ya un puro grito—. Ven aquí e inténtalo, imbécil de mierda.

—Será mejor que calles, Charlie —amenazó—, pues de lo contrario no sólo te castigaré, sino que tal vez desee matarte.

—Adelante, inténtalo —repliqué a voz en grito—. Llevo trece años deseando acabar contigo. Te odio, cerdo.

Entonces se acercó a mí como un personaje de una película de esclavos, con un extremo del cinturón de la marina enrollado en la muñeca y el otro, el de la hebilla, balanceándose en el aire. Lo lanzó contra mí, y lo esquivé. Me dio en el hombro, y la hebilla golpeó el techo de la furgoneta con un sonoro «clanc», dejando una marca en la pintura. Observé que se mordía la lengua y tenía los ojos casi desorbitados, como el día en que rompí las contravidrieras. De pronto me pregunté si ése sería su aspecto cuando hacía el amor (o lo que pasaba por tal) con mi madre, si eso era lo que ésta contemplaba cuando estaba inmovilizada debajo de él. El pensamiento me dejó paralizado con un estallido de asco tal que olvidé protegerme del siguiente golpe.

La hebilla me recorrió el rostro de arriba abajo, desgarrándome la mejilla y abriendo en ella un largo y profundo surco. Sangraba a borbotones. Tuve la sensación de que la mitad de la cara y el cuello recibían un baño de agua tibia.

—¡Oh, Señor! —exclamó—. ¡Oh, Señor, Charlie...!

Tenía el ojo de ese lado cerrado por las salpicaduras de la sangre, pero le vi venir hacia mí. Avanzando un paso, agarré el extremo del cintu-rón y tiré de él. No esperaba tal maniobra y perdió el equilibrio; cuando quiso dar unos pasos apresurados para recuperarlo, le puse la zancadilla y cayó al suelo de cemento manchado de grasa. Quizá había olvidado que yo ya no tenía cuatro años, que ya no tenía nueve años ni estaba encogido en una tienda de campaña, con la necesidad imperiosa de orinar, mientras él soltaba aquellas risotadas con sus amigos. Quizá había olvidado, o no había sabido nunca, que los niños crecen recordando cada golpe y

cada palabra burlona o desdeñosa, que los niños crecen y quieren devorar vivos a sus padres.

Un breve gemido áspero escapó de su boca cuando se desplomó en el suelo. Abrió las manos para amortiguar el golpe, y al instante me apoderé del cinturón. Lo doblé y lo descargué sobre su gran trasero caqui en un sonoro latigazo que, probablemente, no le hizo mucho daño; sin embargo profirió un grito de sorpresa, y yo sonreí. Me dolió la mejilla al hacerlo. Realmente me había destrozado aquel lado de la cara.

Se puso en pie cautelosamente.

—Deja eso, Charlie —masculló—. Iremos al médico para que te dé unos puntos en la herida.

—Será mejor que saludes a los marines que pasen a tu lado, si tu propio hijo puede derribarte en una pelea —repliqué.

Aquello le enfureció, y se precipitó hacia mí, pero yo le crucé la cara con el cinturón. Se llevó las manos al rostro. Dejé caer el cinto y le asesté un puñetazo en el estómago con toda la fuerza de que fui capaz. Soltó un profundo jadeo y se dobló hacia adelante. Tenía el vientre blando, más aún de lo que había supuesto. De pronto no supe si sentir asco o pena. Me pasó por la cabeza la idea de que el hombre a quien realmente quería hacer daño estaba perfectamente a salvo, fuera de mi alcance, protegido tras una coraza de años y años que jamás podría franquear.

Se incorporó de nuevo, pálido y mareado. Tenía una señal roja en la frente, en el lugar donde le había golpeado con el cinturón.

—Está bien —dijo, dando media vuelta. Cogió un rastrillo de púas duras que colgaba de la pared—. Si así lo quieres...

También yo tendí la mano hacia un lado para agarrar un hacha pequeña que sostuve en alto.

—Así lo quiero —respondí—. Da un paso y te corto la cabeza, si puedo.

Y así permanecimos, frente a frente, tratando de adivinar si hablábamos en serio. Luego él dejó el rastrillo, y yo solté el hacha. No hubo amor en el gesto, m en la mirada que nos cruzamos. Él no dijo: «Si hubieras tenido el valor de hacer algo así cinco años atrás, nada de esto habría sucedido, hijo... Vamos, te llevaré al bar de Gogan y pediré que te sirvan una cerveza en la trastienda.» Y yo no dije que lo lamentaba. Había sucedido porque yo ya era lo bastante fuerte. Lo ocurrido minutos antes no cambiaba nada. Ahora desearía haberle matado a él, si tenía que matar a alguien. Su cuerpo tendido en el suelo, entre mis pies, habría sido un caso clásico de desplazamiento de impulsos agresivos.

—Vamos —dijo—, a ver si te curan esa herida.

—Iré yo solo.

—No. Te llevaré yo.

Y así lo hizo. Acudimos al servicio de urgencias de Brunswick, y el médico me dio seis puntos en la mejilla. Conté que había tropezado con un tronco y me había cortado con una reja para la chimenea que mi padre estaba limpiando. A mamá le explicamos lo mismo. Y ahí terminó todo. No hemos vuelto a discutir ni hablar del tema. Jamás ha vuelto a decirme qué debo hacer. Seguimos viviendo en la misma casa, pero evitamos cruzarnos en el camino del otro, como un par de gatos viejos. Sospecho que él estaría muy bien sin mí...

La segunda semana de abril me admitieron de nuevo en la escuela con la advertencia de que mi caso continuaba en estudio y tendría que entrevistarme con el señor Grace diariamente. Se portaban como si estuvieran haciéndome un favor. ¡Un favor...! Era como si me hubieran arrojado otra vez al gabinete del doctor Caligari.

Las cosas no tardaron en empeorar; las miradas que la gente me lanzaba por los pasillos, los comentarios que suponía se hacían sobre mí en las salas de profesores, el hecho de que nadie, excepto Joe, quisiera hablar conmigo... Por otro lado, yo no me mostraba muy

colaborador con Grace.

Sí, chicos, las cosas se torcieron muy pronto, y desde entonces van de mal en peor. Sin embargo siempre he sido muy astuto y no olvido las lecciones que he aprendido. Desde luego, me sé al dedillo la lección de que uno puede tomar la medida a cualquiera si tiene un palo lo suficientemente grande. Mi padre agarró ese rastrillo con la intención, presumiblemente, de trepanarme el cráneo, pero cuando yo agarré el hacha se arredró.

Nunca he vuelto a ver esa llave inglesa, pero no importa. No he vuelto a necesitarla porque no era un palo lo bastante grande. Hace diez años descubrí que mi padre guardaba una pistola en su escritorio. A finales de abril empecé a traerla a la escuela.

Librodot

30

Eché un vistazo al reloj de la pared. Eran las 12.30. Expulsé todo el aire de mis pulmones mentales, preparándome para la recta final de mi carrera.

—Y así termina la saga, corta y brutal, de Charles Everett Decker —anuncié—. ¿Alguna pregunta?

En el aula, bajo la luz mortecina de los fluorescentes, Susan Brooks susurró:

—Lo siento por ti, Charlie.

Fue la voz del fuego eterno.

Don Lordi me miraba con una voracidad que me recordó *Tiburón* por segunda vez en el día. Sylvia fumaba el último cigarrillo del paquete. Pat Fitzgerald se concentraba en su avión, practicando cortes y dobleces en las alas de papel; su habitual expresión entre divertida y taimada había desaparecido de su rostro, sustituida por una mueca que parecía tallada en madera. Sandra Cross se hallaba sumida aún en un plácido aturdimiento. Y Ted Jones parecía pensar en otros asuntos, quizá en una puerta que había olvidado cerrar cuando tenía diez años, o un perro al que una vez había propinado un puntapié.

—Si eso es todo, ha llegado el momento de sacar las conclusiones finales de nuestra breve pero instructiva reunión —afirmé—. ¿Habéis aprendido algo hoy? ¿Quién sabría exponer las conclusiones finales? Veamos.

Les observé. Nada. Temí que no resultara, que no pudiera resultar. Todos ellos tan tensos y fríos. Cuando te haces daño a los cinco años, lo anuncias al mundo con gran alboroto; a los diez, lloriqueas, pero cuando cumples los quince empiezas a tragarte las manzanas envenenadas que crecen en tu árbol del dolor. Es el camino occidental hacia el conocimiento. Empiezas a meterte los puños en la boca para acallar los gritos, sangras por dentro. Ellos habían llegado ya tan lejos...

Y entonces Pocilga levantó la vista de su lápiz. Sonreía, una especie de mueca furiosa, la sonrisa de un hurón. La mano alzada al aire, los dedos aún cerrados en torno a su útil de escritura barato. *Be-bop-a-lula, she's my baby.*

Después resultó más fácil para los demás. Un electrodo empieza a formar el arco y chisporrotear y, ¡chan!, ¡mire, profesor, el monstruo ha salido de paseo esta noche!

Susan Brooks fue la siguiente en levantar la mano. Enseguida la imitaron Sandra, Grace Stan-ner, que la alzó delicadamente, e Irma Bates, que lo hizo con idéntica suavidad. Las siguieron Corky, Don, Pat, Sarah Pásteme... Algunos sonreían levemente; la mayoría tenía una expresión solemne. Tanis, Nancy Caskín, Dick Keene y Mike Gavm, estos dos últimos famosos en la defensa de los Galgos de Placerville; George y Harmon, que jugaban al ajedrez juntos en la sala de estudios; Mel-vin Thomas, Anne Lasky. Al final todos tenían la mano alzada, todos, menos uno.

Escogí a Carol Granger considerando que se merecía ese momento. Cualquiera habría pensado que ella sería quien más problemas tendría para hacer el cambio, para cruzar el terminador, por así decirlo, pero lo había hecho casi sin esfuerzo, como una niña que se muda de ropa entre los arbustos al caer el crepúsculo en la fiesta campestre de la clase.

—Carol, ¿cuál es la respuesta?

Mientras buscaba las palabras adecuadas, se llevó un dedo al hoyuelo del mentón, y una arruga apareció en su blanca frente.

—Hemos de ayudar —dijo al fin—, hemos de ayudar a mostrar a Ted dónde se ha equivocado.

Consideré que era una manera muy elegante de exponerlo.

—Gracias, Carol.

Ella se ruborizó.

Observé a Ted, que había regresado a la realidad. Los OJOS le brillaban de nuevo, pero esta vez reflejaban confusión.

—Creo que lo mejor será que me convierta en una especie de combinación de juez y fiscal —anuncié—. Los demás seréis testigos, y por supuesto tú serás el defensor, Ted.

Este lanzó una carcajada.

—¡Oh, Señor! —exclamó—. ¡Charlie! ¿Quién te crees que eres? Estás más loco que un cencerro.

—¿Tienes algo que decir? —pregunté. . —Conmigo no te valen trucos, Charlie. No pienso decir una maldita palabra. Guardaré mi declaración para cuando hayamos salido de aquí. —Su mirada barrió al resto de la clase con aire acusador y desconfiado—. Y tendré mucho que contar.

—¿Sabes qué les pasa a los soplones? —di)e con voz dura, a lo James Cagney. Levanté la pistola, la apunté a su cabeza y grité—: ¡Bang!

Ted lanzó un chillido.

Anne Lasky rió alegremente.

—¡Cállate! —exclamó Ted.

—¡No me digas que me calle! —replicó ella—. ¿De qué tienes tanto miedo?

—¿Deque...?

Ted abrió la boca. Los ojos casi se le salían de las órbitas. En aquel momento sentí lástima de él. En la Biblia se afirma que la serpiente tentó a Eva con la manzana. ¿Qué habría sucedido si Ted se hubiera visto obligado a comerla?

Ted se levantó del asiento, temblando.

—¿De qué tengo...? ¿De qué tengo...? —Señaló con un dedo trémulo a Anne, que no se encogió—. ¡Maldita golfa estúpida! ¡Charlie tiene una pistola! ¡Está loco! ¡Ha matado a dos personas! ¡Las ha matado! ¡Y nos retiene aquí como rehenes!

—A mí no —terció Irma—. Yo habría podido salir.

—Hemos aprendido algunas cosas muy interesantes sobre nosotros mismos, Ted —intervino Susan con frialdad—. No creo que hayas servido de gran ayuda, cerrándote en tí mismo y adoptando ese aire de superioridad. ¿No comprendes que ésta podría ser la experiencia más significativa de nuestras vidas?

—Es un asesino —insistió Ted con voz tensa—. Ha matado a dos personas. Esto no es la televisión. Esas personas no van a levantarse y regresar a los camerinos para esperar la siguiente toma. Están muertas de verdad. Y él las ha asesinado.

—¡Asesino de almas! —masculló de pronto Pocilga.

—¿Qué pretendes? —preguntó Dick Keene—. Todo esto ha removido la mierda de tu estricta vidita, ¿no es cierto? Pensabas que nadie se enteraría de que jodiste con Sandy, ¿verdad?, ni de lo de tu madre. ¿Has pensado alguna vez en hacerlo con ella? Te crees una especie de caballero. Yo te diré lo que eres: un pajillero.

—¡Testigo! ¡Testigo! —exclamó alegremente Grace, agitando la mano—. Ted Jones compra revistas de chicas desnudas. Le he visto hacerlo en el bazar de Ronnie.

—¡Niega eso, Ted! —retó Harmon con una sonrisa perversa.

Ted se revolvió como un oso atado a un poste para diversión de los lugareños.

—¡Yo no me masturbo! —declaró a voz en grito.

—Ya —murmuró Corky, asqueado.

—Apuesto a que en la cama apestas —apuntó Sylvia. Mirando a Sandra, agregó—: ¿Apesta en la cama?

—No lo hicimos en la cama —respondió Sandra—. Estábamos en un coche. Y todo terminó tan deprisa...

—Sí, me lo figuraba.

—Muy bien —intervino Ted poniéndose en pie. Sudaba—. Me marcho. Estáis todos locos. Les contaré... —Se interrumpió y, con una extraña y conmovedora falta de coherencia, añadió—: No pretendía decir lo que antes comenté de mi madre. —Tragó saliva—. Puedes disparar contra mí, Charlie, pero no podrás detenerme. Voy a salir.

Dejé la pistola sobre el cuaderno del escritorio.

—No tengo intención de disparar contra ti, Ted, pero déjame recordarte que aún no has cumplido con tu deber.

—Es cierto —dijo Dick.

Y cuando Ted había dado ya dos pasos hacia la puerta, Dick se levantó de su asiento, avanzó presuroso y le agarró por el cuello. En el rostro de Ted se reflejó una absoluta sorpresa.

—¡Eh, Dick! —murmuró.

—Se acabó eso de «¡eh, Dick!», hijo de perra.

Ted intentó propinarle un codazo en el vientre, pero sus brazos fueron inmovilizados rápidamente hacia atrás, uno por Pat y el otro por George Yannick.

Sandra Cross se levantó lentamente de su pupitre y se acercó a él recatada y tímida. Ted tenía los ojos desorbitados, como si estuviera medio loco. Saboreé lo que se avecinaba como se saborean los truenos antes de una tormenta de verano... y el pedrisco que a veces la acompaña.

Sandra se detuvo delante de él. Una expresión de devoción burlona, taimada, cruzó su rostro y desapareció de inmediato. Tendió una mano y agarró a Ted por el cuello de la camisa. Los músculos de la garganta de Ted se hincharon al intentar apartarse de ella. Dick, Pat y George le mantenían inmovilizado. Sandra introdujo lentamente la mano por el cuello de la camisa caqui y empezó a abrirla, desgarrando los botones uno por uno. En el aula sólo se oía el leve tic tic de éstos al caer al suelo y echar a rodar. Ted no llevaba camiseta. Su carne era lisa, y Sandra se inclinó como si fuera a besarla. Ted le escupió en la cara.

Pocilga sonrió por encima del hombro de Sandra, el mugriento bufón de la corte con la amante del rey.

—Podría sacarte los ojos —amenazó a Ted—. ¿Te das cuenta? Podría sacártelos, ¡pop!, como si fueran aceitunas.

—¡Soltadme! Charlie, haz que me...

—¡Es un copión! —declaró Sarah Pásteme—. Siempre mira mis hojas de respuestas en los exámenes de francés. ¡Siempre!

Sandra permanecía frente a él, ahora con la mirada baja y una sonrisa dulce que apenas le curvaba las comisuras de los labios. El índice y el corazón de su mano derecha tocaron ligeramente el resbaladizo salivazo que rodaba por su mejilla.

—Mira —susurró Billy Sawyer—, aquí tengo algo para ti, guapito.

Se acercó de puntillas a Ted por detrás y le tiró del cabello.

Ted lanzó un grito.

—Y también miente respecto a las vueltas que corre en clase de gimnasia —explicó Don con voz ronca—. En realidad dejaste el fútbol porque no tenías narices para jugar, ¿verdad?

—Por favor —suplicó Ted—, por favor, Charlie.

En su rostro había aparecido una sonrisa extraña, y los ojos le brillaban con las lágrimas. Sylvia se había sumado al pequeño círculo que lo rodeaba. Debió de ser ella quien le arañó la cara, aunque no llegué a verlo.

Se movían alrededor de Ted en una especie de danza lenta que resultaba casi hermosa. Los dedos pinchaban y estiraban, se formulaban preguntas, se lanzaban acusaciones. Irma Bates le introdujo una regla por la parte trasera de los pantalones. De repente su camisa se desgarró por la mitad, y los dos retales volaron hacia el fondo del aula. Ted respiraba con

profundos y agudos estertores. Anne Lasky empezó a frotarle el puente de la nariz con una goma de borrar. Corky se escurrió hasta su pupitre como un ratón, encontró una botella de tinta y se la arrojó sobre el cabello. Un montón de manos se alzaron como pájaros y le embadurnaron enérgicamente.

Ted rompió a llorar y proferir frases extrañas, inconexas.

—¿Hermano del alma? —exclamó Pat Fitzgerald, que, sonriente, golpeaba levemente los hombros desnudos de Ted con un cuaderno—. ¿Ser mi hermano del alma? ¿Un poco de ventaja? ¿Un poco de almuerzo gratis? ¿Sí? ¿Eh? ¿Eh? ¿Hermanos? ¿Ser hermanos del alma?

—Aquí tienes tu medalla, héroe —dijo Dick, al tiempo que levantaba la rodilla para golpearle en la entrepierna.

Ted lanzó un grito. Volvió la vista hacia mí. Sus ojos semejaban los de un caballo que se ha roto una pata al intentar saltar una valla alta.

—Por favor... por favooor, Charlie..., por favooor...

Y entonces Nancy Caskin le metió en la boca un puñado de hojas de cuaderno. Ted intentó escupirlas, pero Sandra volvió a embutírselas en la boca.

—Esto te enseñará a no escupir —afirmó con tono de reproche.

Harmon se arrodilló y le quitó un zapato. Restregó la suela contra el cabello entintado de Ted y luego la estampó en su pecho, dejando una enorme y grotesca huella en él.

—¡Prueba uno! —graznó.

Titubeante, casi con timidez, Carol se subió sobre el pie desnudo de Ted y le clavó el tacón del zapato. Se oyó un crujido, y Ted rompió a llorar a lágrima viva.

Parecía suplicar detrás de la mordaza de papel, pero no había manera de saberlo con seguridad. Pocilga se adelantó como una araña y, de pronto, le mordió la nariz.

Se produjo un repentino silencio. Advertí que había vuelto el cañón de la pistola, que ahora apuntaba hacia mi cabeza, pero, naturalmente, aquello no habría sido jugar limpio. Descargué el arma y la coloqué con cuidado en el cajón superior, sobre la guía del curso de la señora Under-wood. Estaba completamente seguro de que todo aquello no entraba en absoluto en el plan de clase para el día.

Todos sonreían a Ted, que había perdido ya su aspecto humano. En un abrir y cerrar de ojos todos parecían dioses, jóvenes, sabios y dorados. Ted no parecía un dios. La tinta le corría por las mejillas en gruesas lágrimas de color azul oscuro. Le sangraba el puente de la nariz, y un ojo le brillaba de forma extraña, sin mirar a ninguna parte. Entre sus dientes sobresalía la masa de papel. Resollaba.

La hemos armado buena de verdad, pensé. Ahora sí nos hemos lanzado de lleno.

La clase se abalanzó sobre Ted.

Librodot

31

Indiqué a Corky que subiera las persianas antes de que salieran. Lo hizo con movimientos rápidos y bruscos. En el exterior parecía haber cientos de coches patrulla, miles de personas. Faltaban tres minutos para la una.

El sol me hizo daño en los ojos.

—Adiós —dije.

—Adiós —murmuró Sandra.

Creo que todos se despidieron antes de salir. Sus pasos produjeron un ruido curioso, lleno de ecos, mientras se alejaban hacia el vestíbulo. Cerré los OJOS e imaginé un ciempiés calzado con zapatillas de baloncesto. Cuando volví a abrirlos, el grupo caminaba por el verde brillante del césped. Habría preferido que utilizaran el sendero, pues a pesar de todo lo que había sucedido, seguía siendo un césped magnífico.

La última imagen que recuerdo de ellos fue que sus manos estaban manchadas de tinta azul oscuro.

La gente les rodeó.

Un periodista, olvidando toda precaución, eludió a tres policías y corrió hacia los chicos.

La última a quien vi ser engullida por la multitud fue Carol Granger. Me pareció que se volvía un instante, pero no estoy seguro. Philbrick echó a andar impasible hacia el edificio. Por todo el lugar destellaban los flashes de las cámaras fotográficas.

El tiempo se acababa. Me acerqué a Ted, que estaba sentado, con la espalda apoyada contra el verde encerado y las piernas abiertas, bajo el tablón de anuncios, lleno de avisos de la Sociedad Matemática de Norteamérica que nadie leía nunca y tiras de comic de Snoopy (el colmo del humor, a juicio de la difunta señora Underwood), junto a un póster con el rostro de Bertrand Russell y una cita: «La gravedad por sí sola demuestra la existencia de Dios.» Sin embargo cualquier estudiante de creación aún no graduado podría haber explicado a Bertrand Russell que, según había quedado demostrado, la gravedad no existe; la Tierra, sencillamente, absorbe.

Me acuclillé junto a Ted. Le quité de la boca la bola de hojas de matemáticas arrugadas y la arrojé a un lado. Ted empezó a babear.

—Ted.

Tenía la mirada perdida.

—Ted —repetí, al tiempo que le daba unos golpecitos en las mejillas.

Él se encogió, mirando en todas direcciones, alocadamente.

—Te pondrás bien —dije—. Llegarás a olvidar que este día ha existido.

Ted emitió unos sonidos inarticulados, plañideros.

—O quizá no. Quizá aprenderás algo de este día, Ted, tal vez sacarás provecho de él. ¿Acaso es imposible?

Lo era, tanto para él como para mí. La proximidad con Ted empezaba a ponerme nervioso.

El intercomunicador quedó conectado con el habitual clic. Era Philbrick. De nuevo oí su pesada respiración.

—¿Decker?

—Aquí estoy.

—Sal con las manos en alto. Exhalé un suspiro.

—Baja tú a buscarme, Philbrick. Estoy agotado. Estos arrebatos psicóticos suponen un verdadero desgaste físico.

—Está bien —replicó con tono severo—. Empezaremos a lanzar gases dentro de un minuto.

—Será mejor que no —repuse mirando a Ted. El no me devolvió la mirada, que continuaba fija en el vacío. Viera lo que viese allí, debía ser algo muy sabroso, pues seguía babeando—. Os habéis olvidado de contar las narices. Si lo hubierais hecho, sabrías que todavía queda uno aquí, conmigo. Está herido.

Esto último era un eufemismo.

—¿Quién es? —preguntó Philbrick.

—Ted Jones.

—¿Qué heridas tiene?

—Se ha lastimado un pie.

—No está ahí. Mientes.

—Yo nunca te mentiría, Philbrick. ¿Por qué iba a querer estropear nuestra maravillosa relación con una mentira?

No hubo respuesta. Un jadeo, un soplido, un carraspeo.

—Baja aquí —invité—. La pistola está descargada, guardada en el cajón del escritorio. Podemos jugar un par de manos de póquer, y luego podrás sacarme ahí fuera y contar a los periodistas cómo me atrapaste tú solo, sin más ayuda. Quizá publiquen tu foto en la portada del *Time* si lo organizamos bien.

Clic. Philbrick había desconectado el intercomunicador.

Cerré los ojos y me pasé las manos por la cara. Lo veía todo gris, absolutamente gris. Ni siquiera un destello de luz blanca. Sin que viniera a cuento, pensé en la Nochevieja, cuando todo el mundo se agolpa en Times Square y grita como chacales mientras la bola luminosa desciende por la columna, dispuesta a alumbrar con su débil resplandor festivo los trescientos sesenta y cinco días siguientes en éste, el mejor de los mundos posibles. Siempre me he preguntado cómo sería encontrarse en medio de una multitud semejante, gritando sin poder oír tu propia voz, con tu individualidad borrada momentáneamente y reemplazada por la ciega marea empalica de la muchedumbre bamboleante, llena de airada expectación, cadera contra cadera, hombro contra hombro, junto a nadie en particular.

Empecé a llorar.

Cuando Philbrick entró por la puerta, dirigió la mirada a Ted, ausente y baboso, antes de posarla en mí.

—En nombre de Dios bendito, ¿qué...? empezó a decir.

Hice ademán de buscar algo tras el montón de libros y plantas colocados sobre el escritorio de la señora Underwood.

—¡Aquí tienes, policía de mierda! —exclamé.

Él disparó tres veces.

32

A QUIENES CORRESPONDA SER INFORMADOS DE ESTE ASUNTO SEPAN Y CONOZCAN POR LA PRESENTE QUE:

CHARLES EVERETT DECKER ha sido declarado culpable por el Tribunal Superior, en la vista celebrada hoy, 27 de agosto de 1976, del asesinato premeditado de Jean Alice Underwood, así como del asesinato premeditado de John Downes Vance.

Según han dictaminado cinco psiquiatras del estado, el citado Charles Everett Decker no puede ser considerado en el momento actual responsable de sus actos, por razón de desequilibrio mental. Por ese motivo este Tribunal ha decidido que sea internado en el hospital estatal de Augusta, donde se le someterá a tratamiento hasta el momento en que se le reconozca responsable de sus actos.

FIRMO de mi puño y letra la presente.

(Firmado) JUEZ SAMUEL K. N. DELEAVNEY.

En otras palabras, hasta que la luna se llene de mierda.

33

Informe interdepartamental

DE: Doctor Andersen
A: Rich Gossage, Sección Administración
TEMA: Theodore Jones

Rich:

Todavía soy reacio a someter a tratamiento de choque a este chico, aunque no acierto a explicarme las razones. Considéralo un presentimiento. Naturalmente, no puedo argüir como justificación «un presentimiento» ante el consejo de dirección o ante el tío de Jones, que paga la factura (la cual, en una institución privada como Woodlands, no resulta barata, como ambos sabemos). Si no observamos avances en las próximas cuatro o seis semanas, iniciaremos la acostumbrada terapia de electrochoques, pero de momento me gustaría continuar con el programa farmacológico habitual, completado con algunas drogas no tan habituales. He pensado probar con la mescalina sintética y la psilocibina, si tú lo autorizas. Will Greenberger ha logrado interesantes éxitos con pacientes semicatatónicos, como bien sabrás, y estos dos alucinógenos han desempeñado un papel muy importante en dicha terapia.

Jones es un caso muy extraño. ¡Maldita sea, si pudiéramos estar seguros de qué sucedió en esa aula después de que ese individuo, Decker, mandara bajar las persianas!

El diagnóstico no ha cambiado; estado catatónico profundo con signos de deterioro.

Debo reconocer con toda franqueza, Rich, que no albergo las mismas esperanzas que hace unos meses respecto a la recuperación de este muchacho.

3 de noviembre de 1976.

Librodot

34

5 de diciembre de 1976

Querido Charlie:

Me han comunicado que ya puedes recibir correspondencia, de modo que he decidido escribirte unas líneas. Quizá has reparado en que la carta lleva matasellos de Boston; tu viejo colega ha dado por fin el gran paso, y ahora tengo dieciséis horas de clase semanales en la universidad de aquí, la U.B. (que significa Universo de Basura). Todo es bastante soso, excepto la clase de inglés. El profesor nos ha mandado leer un libro titulado *El cartero siempre llama dos veces,* que es realmente bueno, y he conseguido un sobresaliente en el examen. La novela es de un tal James Cain. ¿La has leído? Tengo intención de graduarme en literatura inglesa. ¿Cómo te suena eso? Debe ser influencia tuya, pues siempre fuiste el cerebro de la pareja.

Vi a tu madre poco antes de dejar Placerville. Me comentó que ya estás casi curado y que te quitaron los últimos drenajes hace tres semanas. Me alegré mucho de saberlo. También me explicó que apenas hablas. Desde luego, sería una gran pérdida para el mundo si cerraras el pico y te pasaras el día encogido en un rincón.

Aunque no he vuelto por Placerville desde que empezó el semestre, Sandy Cross me envió una carta con muchas noticias sobre todos los de allí. (¿Serán capaces esos cerdos de censurar esta parte? Apuesto a que leen todas las cartas que recibes.) Sandy ha decidido no entrar en la universidad este año. Se limita a dar vueltas por ahí, esperando a que suceda algo, supongo. Salí con ella un par de veces el verano pasado, pero la noté un poco distante. Me pidió que te dijera «hola», de modo que «hola» de parte de Sandy.

Quizá sepas lo que sucedió con Pocilga. Nadie podía creerlo en Placerville. El y Dick Keene [la parte que sigue ha sido censurada por los posibles efectos nocivos sobre la tranquilidad del paciente], de manera que nunca se sabe por dónde va a salir la gente, ¿no te parece?

El discurso de final de curso de Carol Granger fue publicado en la revista *Adolescentes.* Si no recuerdo mal, se titulaba «La integridad personal y una respuesta normal a ésta», o alguna tontería por el estilo. Nos lo habríamos pasado bien criticando ese trabajo, ¿verdad, Charlie?

¡Ah, sí! Otra cosa; Irma Bates está saliendo con una especie de hippie de Lewiston. Creo que incluso participaron en una manifestación cuando Robert Dolé visitó Portland durante la campaña para las próximas elecciones presidenciales. Irma y su chico fueron arrestados, y les soltaron cuando Dolé se hubo marchado de la ciudad. Supongo que la señora Bates no entiende nada de lo que está sucediendo. ¿Imaginas a Irma intentando agredir a Robert Dolé con un cartel de Gus Hall, el comunista? Ja, ja, realmente me muero de risa. También tendremos que celebrarlo, Charlie. ¡Caramba!, a veces echo de menos tu maldito culo, muchacho.

Grace Stanner, ese encanto de chica, va a casarse. El acontecimiento también ha causado sensación en la ciudad. Nos ha dejado pasmados. [Lo que sigue ha sido censurado con el fin de evitar posibles efectos perjudiciales sobre el equilibrio del paciente.] En cualquier caso, nunca se sabe qué clase de tonterías hará la gente, ¿verdad?

Bueno, creo que esto es todo por el momento. Espero que te traten bien, amigo, y que salgas de ahí cuanto antes. Y si por fin te permiten recibir visitas, quiero que sepas que seré el primero en la cola.

Somos muchos los que te apoyamos, Charlie. Te apoyamos a tope.

La gente no ha olvidado, Charlie. Ya sabes a qué me refiero. Tienes que creerme.

Con cariño, tu amigo,

JOHN MCK.

35

Desde hace casi dos semanas no tengo sueños desagradables. Hago muchos rompecabezas. Me dan natillas de postre, y aunque me repugnan las como. Creen que me gustan. Así pues, vuelvo a tener un secreto. Por fin vuelvo a tener un secreto.

Mamá me ha enviado el anuario de la escuela. Todavía no lo he desenvuelto, pero quizá lo haga. Tal vez lo abriré la semana que viene. Creo que seré capaz de mirar todas las fotografías de los alumnos de último curso sin temblar en absoluto. Lo haré muy pronto, en cuanto me convenza de que no encontraré ninguna mancha en sus manos, que sus manos estarán perfectamente limpias, sin restos de tinta. Quizá la próxima semana estaré seguro de ello.

Respecto a las natillas, se trata sólo de un pequeño secreto, pero tenerlo me hace sentir mejor. Me hace sentir de nuevo como un ser humano.

Eso es todo. Ahora he de apagar la luz. Buenas noches.